

HÉCTOR LOZANO

YO, POL RUBIO



CROSS
BOOKS

La novela de **MERLÍ**

SAPERE AUDE

UNA SERIE ORIGINAL MOVISTAR+

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Yo, Pol
Dos deseos
Hawái
Carmina
«Match point»
El gran Rubio
Tardes de verano con tormenta
El valle de los leprosos
Bolaño, Rai, Calduch
Raimon Panikkar
35.628
Rojo / verde
Las cerezas
Demócrito de Abdera
Bodas de algodón
Pirronismo
La bofetada
Acabar siendo un Merlí
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Han pasado unos años para Pol Rubio, uno de los alumnos más populares del instituto Àngel Guimerà. Siguiendo los pasos de Merlí, su idolatrado profesor del instituto, ha decidido ingresar en la universidad para cursar la carrera de Filosofía. Allí conocerá a María Bolaño, una profesora que se convertirá en su mentora y la principal motivación para continuar con sus estudios.

YO, POL RUBIO

Héctor Lozano

DESTINO

Yo, Pol

Yo, Pol Rubio, el chulito de lágrimas dulces, aprendiz de filósofo y artista del gotelé, el querido discípulo del gran Merlí, el que era conocido entre sus amigos como «toro», «tete», «malote» y no sé cuántos mote más..., voy a explicaros cómo fue aquel primer verano sin nuestro gran maestro, mis pasos iniciáticos en la Facultad de Filosofía, mis aventuras inconfesables con Bruno Bergeron, y otras historias sexuales y amorosas interesantes.

¿Estás aquí? Sí..., noto tu presencia. Y no porque realmente estés aquí, sino porque ya te encargaste tú de formar parte de mí para siempre. Cierro los ojos y te veo frente a la pizarra. Vuelvo a escuchar tus lecciones. Río contigo. Estás tan cerca que casi podría abrazarte, algo que en realidad no hice nunca. ¿O quizá sí? Me gusta imaginar que lo hice, y disfrutar de cada instante en que hablo contigo a través del pensamiento.

Ahora que por fin tengo en mis manos el título de Graduado en Filosofía por la Universidad de Barcelona, resulta que me dedico a pintar paredes por cuatro pavos. Ya lo decía la Bolaño, la profesora de ética que se convirtió en mi «segunda Merlí»: «Bienvenidos a la carrera sin salidas». No solía equivocarse, pero aquel día lo hizo, porque sí que había una salida: poner un anuncio en internet que ofreciera «Pintor barato, Barcelona». Son las palabras clave. Por supuesto, tendría más clientes si utilizara palabras más originales... «Pintor filosófico explica el mito de la caverna mientras pinta de azul la habitación de sus hijos con gaviotas y globos». Puede que sí,

pero ¿quién me contrataría? ¿Alguien querría que un iluminado le decorase la casa con estucado veneciano? Si pretendes encontrar un trabajo de lo que sea, es mejor que no digas que tienes estudios superiores. Y así lo hice. Recuerdo que un día, hace muchos años, me prometí a mí mismo que no acabaría como mi padre y mi hermano, trabajando en algo que no me gustara. Ahora, brocha en mano, otorgo el indulto a arañas de patas largas mientras sueño con que mi deseo se haga realidad: algún día seré profe de instituto. Ganas no me faltan. He enviado currículums a escuelas privadas y concertadas. Y no he recibido ni una miserable respuesta. Me gustaría trabajar en la escuela pública, pero me han dicho que tardaré dos o tres años en ser admitido en un instituto de secundaria para dar clases de bachillerato. ¡Es que nos están obligando a irnos a Canadá, joder! Esta frase podría ser de Merlí, y sonrío al pensar que algo de él se me ha acabado contagiando.

Bruno Bergeron y yo somos novios, y vivimos juntos desde hace un año. Dimos el paso después de la graduación. Esta noche hemos salido al teatro. La Calduch estrenaba *La reina Lear*, de Shakespeare, en el Teatro Romea. Algunos directores cambian el sexo del protagonista, y estoy seguro de que fue ella la que convenció al director de que Shakespeare se había equivocado y que realmente quería escribir sobre una reina y no sobre un rey. Hemos conseguido las mejores entradas, justo en el centro, fila cinco, junto al pasillo. Ventajas de ser el nieto y el novio del nieto de la reina protagonista. Por desgracia, a Tania y a Marc Vilaseca, que también son pareja, les ha tocado en las últimas filas, y encima en un lateral. Lástima, porque mola compartir fila con el Vilaseca. Se le pone cara de *empanao* viendo la función, y Tania le cierra la boca y le dice que parece un poco tonto. Si la obra es aburrida, siempre te puedes distraer mirándolo a él.

Bruno llevaba toda la tarde callado, y a mí ya me estaba poniendo nervioso... Este es de los que dicen más por lo que callan que por lo que no callan. Sabía que el *pájaro* tenía algo dentro, y que podía explotar en cualquier momento. Justo cuando ha comenzado a bajar la intensidad de la luz en la sala y todo el mundo estaba en silencio, ha soltado su bomba:

—¿No va siendo hora de que nos casemos, malote?

Un segundo antes de que se hiciera la oscuridad total, he podido distinguir una sonrisa maliciosa en sus labios. A menudo le gusta jugar conmigo como si fuera su pajarito enjaulado, y la verdad es que a mí también me gusta. He de reconocer que en el fondo me pone cachondo pensar en la noche de bodas. ¿Dónde iríamos de viaje? ¿Nueva York? ¿Marbella? ¿Venecia? Con la poca pasta que tenemos, no llegamos ni a Valencia. Si la oscuridad hubiera durado más tiempo, le habría morreado y muchas cosas más. Me da morbo jugar en la oscuridad. Pero eso ya lo contaré más adelante.

—¡Joder, Brunete! —le he dicho en voz baja, protestando por su atraco emocional. Y él ha visto cómo yo volvía a mi jaula, dando saltitos.

Bruno me ha pedido que Merlí, desde el más allá, sea mi suegro. El muy cabronazo me ha soltado la bomba de la boda justo antes de que se levantara el telón, y yo me he pasado toda la función tratando de desactivarla, pero no he encontrado la forma... Eso de cortar el cable azul o el rojo no funciona cuando te lanzan dinamita al cerebro. Joder, macho, ¡es que una cosa es vivir juntos y otra, casarnos! ¿Firmar un contrato? Pfff... Con el tiempo me he convertido en un experto en comerme el tarro. Antes no me daba cuenta de la cantidad de cosas que tenía en la cabeza... Debe de ser consecuencia de estudiar las teorías sobre el ser, la metafísica y la lógica. Ya podía estar la reina Calduch en el escenario,

repartiendo la herencia entre sus tres hijas, que yo me encontraba en otro reino: el de la confusión, el de la incertidumbre y el del pasado que me atrapaba.

Rodeado por la luz tenue que llegaba a la platea, cerca del hijo y de la madre de Merlí, he comenzado a recordar momentos bonitos de mi vida (como la primera vez que llamé Brunete a Bruno), vivencias que me han marcado para siempre y que me han traído hasta aquí... Y siento muy dentro de mí que el máximo responsable de que hoy yo sea graduado en Filosofía y amante de Bruno es Merlí Bergeron, a quien dijimos adiós hace cinco años.

Voy dando vueltas a los miedos, a las inseguridades, a la huella del pasado, a las escenas morbosas... Por supuesto, siempre hay una parte que se debe ocultar. ¿Acaso no soy humano? ¿No soy una cosa que piensa, como la *res cogitans* de Descartes? ¿No dudo, afirmo, odio, amo, quiero, imagino y siento? Y, por tanto, como persona humana, ¿no tengo mis secretos? Cómo se nota que soy graduado en filo, ¿eh? Ja, ja... Pues resulta que en este momento, impregnado de todo aquello que he aprendido y que todavía no puedo transmitir a ningún alumno, necesito recordar algunos secretos metafísicos.

Yo, Pol Rubio, el alumno de filo con quien todos querían follar, creo sinceramente que la mía es una historia interesante y chula. Y aunque suene fatal, hay historias guapas que empiezan en un tanatorio, despidiendo al mejor profesor del mundo.

Dos deseos

Teníamos la edad de aprender mucho y con ganas, y también de pasarlo muy bien sin pensar en las clases. Lo teníamos todo, y no teníamos nada. Aquella época era muy parecida a la actual, porque cuando paso por la puerta de cualquier instituto puedo oír los mismos comentarios de los alumnos de bachillerato, mientras fuman y hablan a gritos junto a los semáforos.

Sucedió cuando comenzaba a apretar el calor y las aulas se vaciaban. Todo el mundo se sentaba en el suelo, buscando la sombra de los plataneros del patio en primavera. Fue entonces cuando Merlí Bergeron se dejó caer suavemente sobre la mesa de la clase, como si un ángel caído le hubiese dado un toque en la cabeza y se lo hubiera llevado a otra dimensión para que, allí, siguiera tocando los cojones a todo el mundo. Así me gusta imaginarlo.

En realidad, murió en el hospital, pero sus últimas palabras las pronunció en el aula, delante de Eugeni. Parece que dijo en voz alta la frase que acostumbraba a decir la Calduch..., un pensamiento relacionado con la soledad. Suerte que ninguno de nosotros estaba allí en ese fatídico momento. No habríamos podido soportar ver cómo nuestro profesor moría de golpe sentado ante la misma mesa en la que nos había explicado Aristóteles, Epicuro, Hegel o Montaigne. Los peripatéticos, que era como nos había bautizado Merlí el primer día de clase, le habíamos ofrecido un merecido homenaje unas horas antes en la cocina del insti. El curso se

acababa, y con una longaniza y un diploma le habíamos agradecido su inmensa generosidad. Poco después, mientras estábamos ocupados con los planes de verano y las miradas huidizas de amores secretos que se desvanecían, nos llegó la gran hostia. Merlí había sufrido un derrame cerebral y muerto al cabo de pocas horas, en el hospital.

Los tanatorios son como centros comerciales pero de mal rollo. En lugar de salas de cine y tiendas con escaparates llenos de fundas de móviles, allí tienen lo que llaman velatorios. Son lugares donde los familiares observan al muerto, como quien se deleita ante una de esas peceras de restaurante caro donde flota un estoico centollo esperando el fatal desenlace. Son espacios incómodos, y la gente que los ha diseñado lo ha hecho con la intención de que te sientas lo mejor posible en el peor momento posible. El personal de esos sitios va bien vestido, habla en susurros y se mueve con discreción, pero nada, no hay manera... Tú estás allí porque eres pariente o amigo íntimo de esa persona que ya nunca tendrás a tu lado. Cuando entré y vi a tanta gente, no pude evitar preguntarme cuál de los peripatéticos sería el próximo. ¿Quién de nosotros será el último en recordar a Merlí? Era la primera vez que se me ocurría una idea tan perversa. A lo mejor me estaba convirtiendo en un filósofo tenebroso, y observaba a la humanidad en una gran sala a la espera de que la muerte me viniese a buscar. Como si todos fuéramos muertos que caminan hacia un destino inevitable. Pensar de esa forma me daba muy mal rollo. Rápidamente hice un gesto con la mano, como dándome una bofetada, para sacarme de dentro esos ataques de existencialismo rollo Sartre. Ese era el que decía que la muerte, igual que el nacimiento, es algo inesperado y absurdo. Con la muerte, las personas pierden su libertad y se quedan sin posibilidad de realizarse. Estoy de acuerdo,

especialmente en el caso de Merlí. ¿Cuántos años le arrebató la parca en los que podría haber disfrutado como profesor o haber organizado acciones polémicas en el instituto? ¿Cuántas veces podría haberme dicho aquello de «¡Pol, no me acabes las frases, coño, escucha y aprende, burro!».

Pensaba en todo esto abrazado a Tania. Hacía poco que éramos pareja y estábamos enamorados. Nunca habría imaginado que Tania sería la primera persona de la que me enamoraría. Ahora, pasado el tiempo, veo que la razón era muy sencilla: ella me hizo ver que todos estamos hechos de muchas capas emocionales. Pero lo que no pudo hacer es arrancar la máscara que ocultaba mi bisexualidad. Y allí, en el tanatorio, mientras me escondía del dolor de la muerte, a la vez que necesitaba a Tania a mi lado, también deseaba al pequeño Bergeron como nunca había deseado a nadie. Desde que empezamos primero de bachillerato, yo no hacía más que clavarle la mirada. Y, con el tiempo, la cosa fue a más: no solo estaba pendiente de su cara, sino que no perdía detalle de sus labios, sus brazos y su culazo.

Mi padre siempre me lo ha dicho: «Eres muy pillo, Pol...». Confieso que me movía por un camino muy pillo jugando a dos bandas entre mis dos amigos. Está claro que *merlineaba*. Y si el maestro había sido más pillo que yo y Zeus no lo había atravesado con un rayo, ¿quién decía que su discípulo no podía hacer lo mismo? Esconderme entre aquellos dos deseos me aligeraba y me provocaba placer. Me sorprendía al actuar como un mortal que se debatía en medio de una tempestad hormonal y no hacía caso de las advertencias de los oráculos. Para un tío como yo era una tentación desviarse del camino de rectitud donde uno más uno son dos. Para mí, en el amor y el sexo, uno más uno son cuatro. ¿O cinco? Las mates nunca se me han dado bien.

Aquel día todavía no había visto a Bruno. Imaginé que estaría pendiente de toda la gente que le daba el pésame. Como Oksana, la que menos había disfrutado de Merlí como alumna, pero a la que se veía muy afectada. La acompañaba mi hermano Oscar, con el que salía desde hacía pocas semanas. Su historia de amor es una de las más rápidas y triunfales que he conocido nunca. Meteórica, si la comparo con la mía con Bruno, que es compleja, intermitente y agotadora hasta hoy. Claro que también está llena de sabor y de un morbo infinito.

Los alumnos peripatéticos necesitábamos estar juntos para superar aquel mal trago que no merecíamos. Éramos demasiado jóvenes y, en aquel momento, creíamos que la muerte era cosa de adultos. A nuestro alrededor veíamos a mucha gente famosa del mundo del teatro, que había venido a dar ánimos a Carmina Calduch.

La veíamos tras su apariencia de reina de Troya, ante la pira de su primogénito, derramando lágrimas que, por desgracia, eran muy reales, mientras de vez en cuando pegaba un trago al orujo de hierbas que llevaba en una petaca de plata oculta en su bolso. No se puede ser más melodramática, pero es que si ella no fuera así, su hijo Merlí no habría sido quien fue. Tanto una como el otro eran personas que destacaban de manera natural. Y el nieto también destaca, con ese aire de tío que clava miradas intensas y te deja como flotando, como me pasó a mí cuando lo vi aparecer entre la multitud. Cuando un tío es guapo, lo es hasta cuando acaba de llorar. La madre que lo parió, cuando pienso en ese momento, y lo veo vestido de negro, delgado de no haber comido... lo habría cogido y me lo habría llevado al infierno para calentarnos. Pero como era habitual en mí, aquella emoción se enfrió de golpe y volví a la realidad: la sangre no tenía tiempo de llegar a todas las partes

de mi cuerpo. Además, qué coño, en aquel momento se mezclaban tantas cosas que la presencia física de Bruno Bergeron solo tenía el efecto de alegrarme la vista en medio de un panorama tristísimo. Y el tío venía sonriendo porque había visto el trago de «manzanilla» que se acababa de meter su abuela. Se le escapó un poco la risa. Conocía a la Calduch como nadie, y sabía que a aquella mujer no le paraba los pies ni el Batallón Sagrado de Tebas. Entonces me salió de pronto, sin pensar, aquello de decirle suavemente:

—¿Qué tal, *Brunete*?

Por su leve movimiento de cejas entendí que aquel diminutivo le sorprendía. Sonaba sensible, casi un puntito gay, y él respondió con uno de sus tímidos «je, je» que aún hoy me dan calentón. Me puse nervioso, porque me había mostrado especialmente sensible con un tío delante de todos los compañeros de clase. Tania, sin embargo, no reaccionó de ninguna manera especial, acostumbrada como estaba a mi ambigüedad sexual. El *loco* de Vilaseca, como siempre, se autoimpuso la amarga responsabilidad de arrancar una sonrisa al personal. Hizo una especie de gesto teatral y divertido tratando de aligerar el ambiente triste que nos rodeaba.

—Tu abuela es la hostia, Bruno. Tío, dile que venga de botellón con nosotros algún día.

Todos reímos discretamente, menos Gerard, claro, que se meaba de risa haciendo ruiditos infantiles, porque él ha de dar la nota allá donde vaya. Es así, no se puede hacer nada. Su grado de maduración es el de un vino tempranillo. Lo cierto es que ninguno de nosotros podía presumir entonces de ser maduro, pero Merlí nos había mostrado el camino que debíamos seguir. Él nos animaba a celebrar la edad que teníamos, a saborearla a cada instante. A sacar lo mejor de nosotros, aunque fuera en momentos intrascendentes. En aquella situación tan dura, todos estábamos

viviendo una borrachera emocional que, de vez en cuando, alteraba la actuación de Gery, que decía tonterías para no acabar llorando. Yo me esforzaba por no escucharle, pero era inevitable oír, entre el rumor de la gente, las conversaciones surrealistas que tenían Gerard y Marc Vilaseca.

—Tío, ¿y si entramos a saco a ver el cuerpo de Merlí? Solo un segundo, para comprobar que es él.

—¿Tú eres tonto, Gerard? ¿Cómo quieres que no sea él?

—Bueno, tío —insistía Gery—, hace unos años leí que en un pueblo de Vigo incineraron el cadáver de una abuela por error. ¡A saco! Y los funcionarios de la funeraria, para no levantar sospechas, la sustituyeron por un maniquí de una tienda del pueblo, de esos que tienen los brazos torcidos y la mirada perdida. Lo chungo fue que el hijo quiso darle un beso de despedida a su madre... ¡Eh! ¡Que esto es verídico!

Mientras Gerard explicaba su paranoia, una empleada del tanatorio se acercó y nos recomendó susurrando que saliéramos al jardín a tomar café. El *show* de Gerard debía de llegar a todos los rincones del tanatorio como una onda expansiva. Pero él tenía que terminar su historia y no había quien lo parase...

—Seguro que debían tener prisa para ir a desayunar y... «¡Venga, Bartolo, a quemar a la abuela, que nos pilla la borrasca!».

Su discurso se fue apagando, porque se dio cuenta de que se quedaba solo y vio que los demás lo mirábamos mal. Entonces me acerqué a él.

—Cierra la boca, joder. ¡Pareces imbécil!

Reconozco que me pasé con Gerard. Nadie dijo nada. Se hizo un silencio que no era nuevo para mí. Ya había vivido aquellos silencios incómodos durante la muerte de mi abuela y de mi madre, aunque en aquellas ocasiones no había tanta gente. Mi familia nunca ha

tenido un gran círculo de amistades, y por eso en los entierros éramos cuatro gatos. Recuerdo que, cuando murió mi abuela, solo me vino a visitar un amigo: Bruno. Y yo, ahora, estaba a su lado para apoyarle, pero también necesitaba de su apoyo.

Tania nos observaba. Estaba enamorado de ella, pero ¿qué pasaba con Bruno? ¿Qué lugar ocupaba él en mi vida, en mis sentimientos? Hacía muy poco tiempo, aquella noche en las colonias, nos estábamos enrollando los tres. Fue una experiencia brutal en el mejor lugar y en el mejor momento de nuestras vidas. ¿Qué es lo que pasó? Pues eso, que los tres nos enrollamos. Y me encantó. Sucedió de golpe, fue un momento mágico sobre la hierba y bajo las estrellas.

Mientras mi cerebro daba vueltas a ese recuerdo, vi a Marc Vilaseca acercándose a un actor para pedirle un *selfie*. ¡Lo que faltaba! Aprovechar un entierro para pedir una foto a un famoso, por muy discreto que seas, es pasarse.

—Me encanta tu trabajo. Yo también soy actor. ¿Te importa si me hago una foto contigo, tío? —preguntó en voz muy baja, intentando que la gente que había alrededor no lo oyera.

Se me cayeron los cojones al suelo. ¿Cómo se atrevía a pedir una foto allí? Y lo peor es que el actor no supo decir que no, porque Marc ya tenía preparado el móvil y una sonrisa de ganador del gordo de Navidad. Era como si por un momento hubiese olvidado que nuestro profesor estaba en aquella caja. Tania, que se encontraba a mi lado, trató de frenarme para evitar una escena desagradable.

—Déjalo, Pol —me dijo con suavidad, mirándome a los ojos fijamente.

Pero no sirvió de nada, porque la imagen de Marc comportándose como un *fanboy* en plan cutre en un funeral me dio

tanta rabia que me levanté y lo agarré con fuerza del brazo.

—Pero tú ¿dónde coño te crees que estás? ¿En un estreno de teatro o qué? —le escupí conteniendo la voz como pude, para no montar un espectáculo aún mayor.

Antes de que Marc me diese un empujón, Bruno me apartó de él bruscamente y, con muy mala leche, me soltó un moco descomunal:

—¿Eres idiota, Pol? ¿Hasta en los entierros tienes que ir de líder?

Líder. Me dejó hecho polvo. Me costaba reconocerlo, pero tenía razón. Me estaba comportando como si fuera un capitán infalible, «Don Perfecto»... Yo, Pol Rubio, que sabía tan poco de la vida y que nunca había subido a un avión. Los demás comenzaron a murmurar que si «siempre hace lo mismo», que si «va de guais». No sabía dónde mirar, no sabía cómo disimular la humillación de haber tenido una bronca con Bruno en el día más triste de su vida, y eso me estaba matando. Me salvó que en ese momento llegaba Eugeni Bosch, el profesor de catalán, que se nos acercó con ojos tristes y enrojecidos. Al verlo con aquel aspecto de estupefacción entendimos enseguida que él también había perdido a un buen amigo. La vida tiene esas cosas: unos años atrás habíamos crecido odiando a Eugeni como si fuera nuestro peor enemigo, y ahora compartíamos la misma sensación de abandono. Es increíble lo cruel e hijo de puta que un alumno puede llegar a ser con su profesor. Supongo que lo digo porque quiero dedicarme a esto, y me gustaría que me tuvieran respeto. Ser profe es uno de los trabajos más complicados, y además mal pagado. Los profesores y los maestros tendrían que cobrar más que los futbolistas, como decía la Bolaño.

Mientras Eugeni repartía abrazos, Berta se plantó ante el grupo y nos dijo en voz baja:

—¡Eh, eh, que parece que lo entierran en un nicho! No lo incineran...

Aquello nos sorprendió a todos. Merlí era un agnóstico declarado. Durante la noche anterior, había imaginado muchas maneras de despedirlo de este mundo. La que más me seducía era la ceremonia vikinga. Recuerdo que de pequeño había visto con mi abuela una película en la que moría un rey vikingo y lo dejaban superguapo en la cubierta del barco, rodeado de espadas y flores. Todo el pueblo acudía a la playa y el viento hinchaba las velas y se llevaba el barco mar adentro, hasta que unos arqueros lo incendiaban con flechas durante su viaje al más allá. Pero no. Tenía que ser como había elegido la Calduch.

—No quiero imaginar las cenizas de mi hijo volando por los aires, y que terminen en la desembocadura de cualquier río contaminado por residuos químicos.

¿Quién se atreve a llevar la contraria a la Calduch? Ni siquiera Bruno, que optó por callarse, aunque a él no le hacía ninguna gracia.

Entre idas y venidas de conocidos y desconocidos, llegó el momento de la ceremonia en la sala del tanatorio. Los peripatéticos nos sentamos en las primeras filas. Entonces entró el ataúd. Sentí cómo un suspiro profundo surgía de mi interior, mientras me mordía los labios para no llorar. En ese momento, de forma inesperada, Iván se levantó, se puso ante el atril y pronunció un breve discurso, con voz entrecortada.

—Merlí... Estoy vivo y estoy aquí porque tuve la suerte de conocerte. Si no fuera por ti, seguiría escondido dentro de la caverna. Contigo volví a aprender a caminar. Tú me enseñaste a expresar qué es lo que me gusta y lo que no, qué es lo que deseo, lo que busco... Gracias por ser mi profe, mi amigo y mi padre. No te

olvidaré nunca, y te prometo que viajaré por todo el mundo. ¡Los peripatéticos siempre te recordaremos!

Iván volvió a su asiento, con las mejillas llenas de lágrimas. Yo miraba a mi alrededor y odiaba estar allí sentado en ese momento. Berta se derrumbó y la abracé sin vacilar. Ella lo agradeció, noté que se relajaba con mi pose fuerte, de tío que domina las situaciones críticas y sabe mantener el control. Me lo agradeció con un beso en el cuello, mientras lloraba. Recordé, mientras apretaba sus pechos contra mi torso, las tardes que pasábamos en su casa «estudiando», o las noches en que nos quedábamos a barrer el suelo de la peluquería de su madre y bajábamos la persiana. La verdad es que Berta Prats es una de las chicas que más morbo me ha dado. Qué extrañas son las cosas que te pasan por la cabeza durante un funeral. La mente no está preparada para estar tan triste durante tantas horas.

Pensaba en todo eso mientras Berta seguía apretándose contra mí con sus grandes tetas, y me puse palote, sabiendo que Merlí me perdonaría con un enérgico aplauso: «¡Muy bien, Rubio, fantástico, tu polla subiendo mientras yo voy bajando escalones camino del Inframundo!». Me aparté y volví a cogerme del brazo de Tania, con mi rictus impasible. No es que no quisiera llorar delante de los demás, sino que me sentía furioso porque me habían estafado. No era justo que un hombre como Merlí muriese con sesenta años, y yo, como si fuera un niño pequeño que no se entera de nada, me cruzaba de brazos y aparentaba estar enfadado a pesar de que por dentro estaba destruido. Con los años, la filosofía me ayudaría a aceptar el hecho de que el Cielo y el Inframundo son primos hermanos de esta vida.

Llegó el momento de acompañar a Merlí al cementerio. Nos organizamos para distribuirnos entre los coches de los profes y así

llegar al mismo tiempo que la familia. Los peripatéticos también nos sentíamos familia de Merlí. Mientras caminábamos por el paseo central del cementerio, el único sonido que se oía era el de las piedrecitas del camino que pisábamos mientras nos dirigíamos al nicho. Una vez allí, nos esperaban unos empleados con uniforme gris que custodiaban el ataúd. Nos colocamos en segunda fila. En primera línea, como es natural, Gina, Bruno, la Calduch... y detrás estábamos alumnos, profesores, padres y madres del insti.

El ataúd subió lentamente y encajó a la perfección en el agujero del nicho. El sonido mecánico del motor de la máquina elevadora me obligó a apartar la mirada y fijarme en la pequeña corona de flores que habíamos llevado y que la Calduch nos dio permiso para poner en la tumba. No quise colocarla yo, no fuera a ser que alguien dijera que busco protagonismo, como siempre... La colocaron con mucha delicadeza Gerard, Tania e Iván. Alrededor de las flores había una banda que llevaba escrito el nombre que nos definía: «Los peripatéticos».

Pasaron algunos segundos, quizá un minuto entero, y comenzó a deshacerse la comitiva... Unos se iban, otros se quedaban en pequeños grupos, hablando en voz baja, o fumando un cigarrillo como hacía yo... Y en ese momento me di cuenta de que no tenía a nadie a mi lado. A unos dos metros, justo frente a mí, Tania y Bruno me observaban. Quería pensar, por la actitud de Bruno, que le dolía lo del incidente en el tanatorio, y me sentí reconfortado. Y allí estaba Tania, esperando a que diera un paso adelante para darle algo de apoyo y calor. Me dirigí a ellos... y tuve que decidir a quién abrazaba primero. Instintivamente, mis brazos se acercaron a Bruno, sin que pudiera detenerlos. Nos abrazamos durante largo rato, y sé que Tania tomó buena nota. Creo que, por mucho que entendiera que estuviera abrazando al hijo de Merlí, se dio cuenta de la atracción

intensa que había entre nosotros y, casi sin querer, desvió la mirada. Sus ojos se encontraron con Marc, que estaba llorando desconsolado. Se acercó a él y lo abrazó, en un gesto premonitorio de lo que acabaría pasando entre ellos.

Quizá la vida parezca un sinsentido, porque la muerte es una caída al vacío que le quita todo significado. Pero nosotros, los peripatéticos, lo que queríamos era precisamente extraerle todo el jugo a la vida, y no descubrir, a la hora de la muerte, que no habíamos vivido. Era en ese momento cuando teníamos que vivir con todas nuestras fuerzas, cuando para nosotros la muerte no era más que la continuación de la vida sin Merlí.

¿He dicho «sin Merlí»? Aquella noche lo sentí más cerca que nunca...

Hawái

La noche del entierro invité a Tania a dormir a casa. Ninguno de los dos quería estar solo. Cuando llegamos nos encontramos a mi padre que, como de costumbre, se estaba cagando en todo por teléfono.

—Mire, se lo voy a decir muy tranquilo, pero tan claro que me va a entender a la primera: ¡es un abuso en toda regla, coño! ¡Y no estoy dispuesto a pagar ese dinerall! ¿Le queda claro? —Y colgó el móvil con rabia. Después, ya resignado y agotado, nos miró y sentenció—: ¿Qué le ha *pasao* a esta ciudad que nos escupe en la cara?

No supe qué responder. Lo único que hice fue preguntarle qué estaba pasando, y la verdad es que la situación era una putada para nuestra familia: estaba a punto de vencer el contrato de alquiler que mi abuela había firmado hacía años, y ahora nos lo renovaban con la condición de pagar 700 euros más. En total, 1.500 euros por aquel piso antiguo. Aquello era lo que menos necesitaba en ese momento, y si ya me sentía agotado por haber tenido que enfrentarme a la pérdida de Merlí, al ver a mi padre allí, sentado con su tristeza, comencé a aceptar con rabia y angustia que tanto él como yo no éramos más que pulgas que moraban en la espalda de una ciudad deshumanizada por culpa de los especuladores y de la crisis. Los Rubio estábamos jodidos. Mi padre se quedó mirando a Tania. Ya habían coincidido poco antes, pero aquel día la presenté no como amiga, sino como novia.

—Ah, bueno, entonces ya es oficial —dijo con una sonrisa feliz.

—Bastante oficial, ¿no, Pol? —preguntó Tania con espontaneidad, y yo me reí.

—¿Cómo que «bastante oficial»? ¡Completamente! —aclaré.

Freud podría haber analizado aquel «bastante» de Tania, pero ya lo haríamos nosotros más adelante. Mi padre nos preguntó por el entierro, y nos encogimos de hombros. ¿Qué se puede decir ante esa pregunta? Suponíamos que había ido «bien».

—Yo tuve un profesor brillante —explicó mi padre poniéndose nostálgico—, don Humberto Escalona. Nos daba las matemáticas, y ¿a que no sabéis qué deberes nos ponía? Nos hacía leer, el muy tunante. Aprendí más de libros con ese señor que con el cabrón de don Cristino Cabrales, un cura que había sido misionero en Guinea y que nos enseñaba latín. Decían que tenía familia en las colonias. Tres o cuatro mulatos que llevaban su apellido. Vete tú a saber lo que se aburría entre misa y comuniones don Cristino. El calor y los mosquitos. La de hostias que me llegó a dar el tío con aquella mano peluda de gorila. Los curas en este país han sido muy hijos de puta, Pol. Un día te contaré...

—Vale, papa. Ahora no... —le pedí, mientras Tania sonreía nerviosa, impresionada por el relato.

—Joder, nene, vale, vale. Es que llevo todo el día solo, aquí, bregando con el problema del alquiler, a ver qué coño hacemos.

Le dimos las buenas noches y nos metimos en la cocina a beber un vaso de agua. Nosotros también teníamos sueño. Deseábamos que se acabase ese día, y nos fuimos a la cama. Era la primera vez que Tania entraba en mi habitación. Puso cara de sorpresa, porque la verdad es que era muy pequeña y estaba desordenada.

—Mmm... ¿O sea que este es el Templo Sagrado de Pol Rubio? —bromeó.

En ese momento me di cuenta de que solo Berta había entrado en mi habitación. Siempre había intentado quedar en casa de los demás, y no traer gente a la mía. Confieso que me daba un poco de vergüenza. Y no porque estuviera sucia. Olía a pobreza. Estuvimos apalancados en la cama mucho tiempo antes de ponernos a dormir. Yo, en silencio, daba vueltas a los exámenes finales que estaban a punto de comenzar, a la selectividad y a la carrera, y no sabía de dónde sacar fuerzas para enfrentarme a todo aquello. Tania tenía ganas de hablar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Cuando me preguntan si me pueden hacer una pregunta me pongo tenso, porque eso significa que saldrán con un tema delicado, y lo que me imaginaba era que me preguntaría por el abrazo con Bruno. Me lo veía venir: «¿Me quieres a mí más que a Bruno?», «¿Tú con quién quieres estar?». Me sentía muy incómodo con ese tema, y lancé un suspiro. Tania captó la tensión, pero insistió:

—Ay, tío... Solo quería saber por qué no has llorado.

Vale, era eso. La incomodidad desapareció. Quería llorar, claro que sí, pero no podía. Estaba enfadado con la vida. ¿Qué hacemos los que no creemos en Dios en casos así? Llenarnos de rabia. Eso es lo que le expliqué a Tania.

—¿Quieres que apaguemos la luz y te abrace? —me preguntó.

Aliviado al pensar que aquella noche no la pasaría solo, la miré con cariño mientras la besaba. Tania me estaba ofreciendo la posibilidad de llorar con calma y de apagar la luz si me daba vergüenza. Tras los besos, le dije con suavidad que tan solo quería dormir, para dejar de pensar. Ella apagó la luz y se metió conmigo bajo las sábanas. Nos quedamos muy juntos, abrazados. Me dormí primero, y ella se quedó despierta un rato, pensando sobre la relación eléctrica entre Bruno y yo. Para no comerse el tarro

demasiado optó por pensar en otras cosas. Recordó aquello que le decía su madre de pequeña sobre contar ovejas. Consistía en imaginar un precioso campo verde atravesado por una valla blanca. Cada dos segundos, una oveja corría sobre la hierba y saltaba la valla. Y Tania decía mentalmente: «Una». Y después otra oveja: «Dos». Normalmente se dormía antes de llegar a diez ovejas. Pero aquella noche le costó más conciliar el sueño, porque entre una oveja y otra el que aparecía por el campo y saltaba la valla era yo, cogido de la mano de Bruno, saltando mientras reíamos, una imagen que no la dejaba dormir.

La noche en Barcelona es ruidosa. Siempre se oye alguna sirena a lo lejos, o un vecino que baja la persiana, o alguien que ha puesto la lavadora muy tarde... Me levanté muerto de sed a las cuatro de la madrugada. Qué palo me daba ir a la cocina, y sobre todo no quería despertar a Tania al salir de la cama. Conseguí hacerlo con la máxima delicadeza, y ella siguió durmiendo. Como conocía mi habitación de memoria, no tuve que encender la luz, y llegué a la puerta sin dificultad. Una vez en el pasillo, cerré la puerta con cuidado y, justo en ese momento, oí un ruido que provenía de la cocina. Mi padre debía de estar removiendo los cajones para comer algo en una de esas noches de insomnio que lo atormentaban. Pero al acercarme a la cocina noté una respiración que no era la de mi padre. Caminé despacio... y, cuando entré, me encontré con quien menos me esperaba: Merlí, sentado sobre el mármol, vestido con una camisa hawaiana y con una copa tropical en la mano.

—¡Hostia! ¡Mi alumno favorito tiene insomnio! Tan joven..., pobre chaval —dijo con su risa descarada.

¡No me lo podía creer! ¿Merlí en mi casa, después de muerto, pimplándose un cóctel hawaiano? El corazón me iba a mil por hora, y no me atrevía a acercarme. Como hacen en las películas de

fantasmas, me froté los ojos. Pero él seguía allí, y además se partía de risa. ¡Se estaba cachondeando de mí!

—No te preocupes, Pol. Soy una proyección de tus pensamientos —dijo con una voz tranquila que no sonaba para nada a ultratumba ni retumbaba en las paredes. Era una voz tan natural como la mía, con un tono suave, nada que ver con las de los fantasmas de las pelis.

Yo negaba con la cabeza, intentando que aquello que sentía tan dentro de mí desapareciera, porque, aunque me daba miedo, a la vez me atraía con fuerza, y no pude hacer nada más que quedarme quieto, fijando la vista en mi profesor... mientras Merlí trataba de calmar mi pánico.

—Así es como tú me imaginas, y así es como me ves en el laberinto que tienes en el cerebro. Porque todavía sigo contigo, Pol. Físicamente me he ido, pero sigo dentro de ti.

—¡Hostia! —dije con voz quebrada. Solo me salió esa palabra, porque era cierto que seguía sintiendo a mi profesor todavía muy dentro de mí.

Entonces él puso la mano sobre el mármol de la cocina.

—Joder, este mármol está tan frío como yo.

—¡Qué dices! —dije riendo, todavía nervioso.

—Si te parece bien, podemos hablar de lo que quieras... Hablaremos. Como Epícteto y sus discípulos, que tuvieron conversaciones muy interesantes.

¿Y ahora me hablaba de filosofía? Pues sí. El Merlí metafísico se puso a explicarme el pensamiento de Epícteto, un filósofo estoico que había sido esclavo durante cuarenta años, y que decía que la filosofía era una herramienta para defendernos de los ataques de una vida dominada por el mal. Epícteto quería orientar a sus alumnos hacia el autoconocimiento.

—¿No es eso lo que necesitas, Pol Rubio? ¿O tendré que recordarte aquella gran frase de «conócete a ti mismo»? —añadió con ironía.

—¿Quieres decir... que todavía no he descubierto quién soy? —pregunté con voz temblorosa.

—Bingo. Deja ya de formar parte del mundo de los esclavos, Pol. Rompe tus cadenas y deshazte de los miedos.

¿Qué miedos?, pensé. De repente, quería hacerle muchas preguntas. No quería que aquel momento se desvaneciera como un sueño. Yo lo sentía muy real, la imagen que tenía ante mí era tan real como la cocina, con su horno, su nevera, los armarios y los cajones. ¿De qué miedos estaba hablando? Todos tenemos miedos. Y entonces Merlí me contestó:

—No nos afectan las cosas, sino las opiniones sobre las cosas.

De repente, me di cuenta de que estaba volviendo a vivir la sensación que tenía en clase, cuando lo escuchaba hablar atentamente, como siempre hacía. En ese momento recordé la tragedia y noté un nudo en el estómago. Con un fino hilo de voz le pregunté:

—¿Dónde estás, Merlí?

—Contigo, Pol. Metiéndome un Clipper-Tini —contestó, señalando la bebida típica hawaiana que tenía en la mano.

Y es que, por mucho que fuera una proyección mía, el cabrón tenía sentido del humor. Todavía temblando, casi me caigo de rodillas al oír la última intervención de Merlí:

—¿Sabes, Pol? Me ha encantado el abrazo que le has dado a Bruno en el entierro. Los dos lo necesitabais. Pero no me ha gustado que no llorases por mí. ¿No merezco ni una lágrima?

De repente, alguien me tocó el brazo. Me asusté y di un grito medio ahogado que todavía no sé cómo no despertó a mi padre. Era

Tania, que me había oído hablar desde la habitación y se había levantado. La miré fijamente y comencé a llorar todo lo que no había llorado en los dos días anteriores. Ella entendió que yo no podía más, y que al final tenía que explotar... Empapado en lágrimas, miré hacia el mármol de la cocina y vi que Merlí ya no estaba. Tania no dejaba de preguntarme qué pasaba. Cuando los sollozos me dejaron articular palabras de nuevo, le pregunté si habíamos hablado de Epícteto en clase.

—¿Epícteto? No me suena. ¡Pero es que no entiendo qué está pasando, tío! —contestó, todavía algo asustada.

—Haz memoria, Tania, por favor... Era un filósofo que había sido esclavo. Decía que no nos afecta lo que pasa, sino lo que pensamos sobre lo que nos pasa. ¿No te acuerdas?

—Mira, no sé. Ya lo miraremos en los apuntes... Yo diría que no —respondió desconcertada.

Ahora que ya era capaz de llorar, me sentía liberado, con el consuelo de haber descubierto un misterio universal que solo yo había vivido. Me daba cuenta de que a lo mejor era cierto que Merlí me había hablado desde el lugar en el que estaba, fuera donde fuese, y que desde su nueva tarima de profesor del más allá me había explicado que existió un filósofo que quería que las personas llegaran a la libertad a través del conocimiento. Que decía que el bien y el mal están en nuestro interior, y no en las cosas. Que aseguraba que si nos preocupamos por la forma en que nos ven los demás e intentamos cambiar la opinión que tienen de nosotros, solo encontraremos sufrimiento.

Estas lecciones de vida me llegaban al corazón, eran la herencia más valiosa de Merlí. Tania me abrazó, feliz también de que al fin me saliera toda esa rabia acumulada, esa desesperación por no saber qué coño pasa en este mundo... Mis lágrimas no eran de rabia

sino de frustración, de no entender por qué la gente buena se moría antes de que les tocara y en cambio muchos indeseables lo hacían a los noventa años en su cama, durmiendo plácidamente. Y yo, mientras cogía la cara de Tania entre mis manos, no podía dejar de repetir una de esas preguntas que jamás tendrán respuesta: «¿Dónde está Merlí?, ¿dónde?, ¿dónde?».

Carmina

En aquellos días, todos los peripatéticos nos sentíamos infelices. Una infelicidad que queríamos que tuviera los días, las semanas o los años contados; en definitiva, que se terminara. Aquella misma noche en que vi a Merlí sonriendo y tomándose un Clipper-Tini en mi cocina, Bruno también se despertó. Se había levantado después de dar mil vueltas en la cama sin poder dormir. Por debajo de la puerta de su habitación se colaba una luz tenue que provenía del salón. Durante unos segundos pensó en su padre, en las noches en que se quedaba leyendo hasta tarde, pero, claro, esta vez era imposible que fuese él. Bruno se mordió los labios. Necesitaba reaccionar ante el dolor profundo que le provocaban los recuerdos. Decidido a no torturarse más, se levantó y se dirigió al comedor. Su abuela estaba allí, sentada sobre la alfombra, con una copa de vino y un buen trozo de longaniza, tal como solía hacer Merlí. Gestionaba el duelo imitando las costumbres del hijo que había perdido: era una forma de recordarlo. Con eso no quiero decir que fingiera su dolor, era tan solo su manera de ser. Había montado una especie de escenografía con la copa, el embutido, el cuchillo y un par de libros de filosofía abiertos junto a los cojines. Podría haberse titulado *Espectáculo desolador para ningún espectador*. Pero, sin quererlo, tuvo uno: Bruno, que cogió otra copa y se sentó en el suelo junto a ella. Entonces, la Calduch le dijo a su nieto:

—Chaval..., abandono los escenarios.

En el maltratado espíritu de Bruno se encendió una pequeña luz de esperanza. En cierta forma, su padre continuaba allí. Aunque se hubiera marchado para siempre, no lo había dejado solo. Le quedaba la Calduch. Aguantó la sonrisa como pudo, y le entraron ganas de decirle, con el mismo tono brusco con el que su padre solía hacerla enfadar: «¡Ja! ¡Y una mierda, abuela, tú no puedes dejar de actuar sobre un escenario, igual que yo no puedo vivir sin pensar en la imagen de Pol Rubio duchándose!». Pero la función continuaba, y la Calduch, ante el mutismo de Bruno, reemprendió su monólogo, explicándole que no podía seguir dándolo todo por un trabajo que tampoco le devolvía tantos éxitos. Ella siempre se había sentido más valorada en Madrid que en Barcelona, y se lo dejó bien claro a su nieto.

—¡Aquí, cuando consigues el éxito, te envían por correo un pasaporte lituano y te invitan a marcharte!

Bruno estuvo un rato pensando en cuál era la respuesta más adecuada ante una situación como aquella. Tenía claro que no quería que su abuela se derrumbase. No podía dejar de ninguna manera que la gran Carmina Calduch, capaz de manipularte regalándote un ramo de perejil, capaz de fumarse dos cigarrillos a la vez sin darse cuenta —uno en cada mano— y capaz de realizar monólogos en la vida real propios del histrionismo de una gran diva, terminase abandonando a su personaje como el que olvida un vestido dentro de un armario. Como era costumbre en Bruno, su táctica consistió en redirigir la conversación, cambiando de tema a saco:

—Si quieres que sea sincero, yo ahora mismo querría estar con dos personas.

Carmina Calduch lo miró impasible. Encendió un cigarrillo y continuó con su idea de abandonar la actuación:

—Que les den por culo a las Medeas, las Noras y las Ladies Macbeth. ¿Me entiendes?

Y él, picando piedra, seguía con su propio discurso, simultáneo al de su abuela.

—Las dos personas más importantes de mi vida, aparte de ti, claro...

—Pues eso, chaval, que se han acabado las tragedias, las giras infinitas, la debilidad por los elogios... y las relaciones teatrales líquidas.

—Una de ellas era papá, no hace falta decirlo... y la otra... pues es...

Entonces, la Calduch, con toda naturalidad, citó a Cyrano de Bergerac:

—«No me place que la gente me salude en exceso. / Yo soy feliz diciéndome: ¡un enemigo más!».

—¿Lo ves, abuela, como no es el momento de dejar el teatro? — le dijo Bruno, tomándole la mano con suavidad.

La Calduch clavó la mirada en su nieto y afirmó con la cabeza, como si condenara a muerte a una Bolena, y susurró que el telón caía para siempre. Después, con una ligera sonrisa en los labios y haciéndose la interesante, le dijo a Bruno que sabía a qué se refería con eso de que quería estar con dos personas. Sí, una era Merlí. Y la otra ya sabía ella de quién se trataba. Bruno se quedó extrañado, preguntándose si de verdad podía saberlo.

—Aquel que te hizo olvidar las columnas romanas. El mismo que se quedó dormido una vez, cuando estudiabais juntos un examen que tu padre había robado para ti.

Bruno sonrió, recordando... Por primera vez en días, no le dolía rememorar el pasado. Confieso que a mí también me gusta pensar en aquella noche, cuando me puse en plan trascendente y le

pregunté si se había enrollado con muchas tías. Si me lo propongo, puedo ser muy cabrón. Ya imaginaba entonces que a Bruno le interesaban tanto las tías como la Fórmula 1.

—¿Y qué vas a hacer, si está saliendo con tu amiga Tania, «la afortunada»?

—¿Y cómo sabes tú que están saliendo? ¿Lo sabes todo o qué?

—Tu padre me lo contó. También me dijo que estabas loco por él y... —marcó una pausa de esas que crean intriga—... añadió que estaba seguro de que acabaríais juntos, porque los Bergeron siempre consiguen lo que se proponen.

Bruno se emocionó con aquel mensaje de optimismo de su padre, por mucho que ya estuviera muerto. Imaginaba a Merlí hablando relajadamente con la abuela sobre los problemas sentimentales de su hijo, preocupado por su futuro. Pero mientras lo imaginaba le pareció extraño aquel momento de abuela e hijo hablando del nieto.

—Abuela..., ¿te lo has inventado? Papá no te dijo que Pol y yo acabaríamos juntos, ¿verdad?

La Calduch bebió un trago de vino. Después miró a Bruno con cara de culpable simpática. No tenía remedio.

—Bruno, a veces hay que decirle a la gente lo que quiere oír.

La cara de póquer de Bruno solo duró un par de segundos. Una cosa era innegable: se había formado en la prestigiosa «Academia Bergeron». De modo que, rápido como una neurona, llenó las dos copas de vino y, emulando a su padre, decidió dar la vuelta a la situación proponiendo un brindis:

—Ya que te gusta decirme lo que quiero escuchar, dime qué es lo que Pol quiere de mí, y hazlo de la forma más teatral que sepas. Como si fuera tu último monólogo antes de retirarte. Venga, dime: ¿qué piensa de mí Pol Rubio?

Una tarea demasiado sencilla para la gran Calduch. En cinco segundos, recuperó las mejores frases de su repertorio shakespeariano y con tono profético e histriónico no dudó en aceptar el reto:

—«¡Oh, noche atroz! Noche larga y cansada, acorta las horas y tráeme el consuelo de aquel hermoso príncipe de Oriente. Haz que el bello Bruno y yo saltemos las paredes que nos separan con las alas ligeras de nuestro amor y un día, felizmente, nos abracemos eternamente».

La abuela pitonisa lo clavó, aunque todavía tendrían que pasar algunos años para que el vaticinio cuajara. Hubo otras historias, necesarias y bastante intensas, antes de que Bruno y yo decidiéramos «abrazarnos eternamente». Y no me arrepiento de ninguna de esas aventuras, tanto con chicas como con chicos. Mi bisexualidad todavía no estaba del todo gestionada. O quizá sí, pero yo no le había puesto nombre a lo que sentía. Sea como sea, en mi vida, ya podía yo conocer a los hombres más atractivos o a las mujeres más interesantes, que todos los caminos me llevaban a Bruno Bergeron.

Match point

La recta final de bachillerato fue una tortura que no olvidaré nunca. La preparación de los exámenes, fotocopiar apuntes de los compañeros a la desesperada, las interminables tardes de primavera leyendo y memorizando datos, haciendo comentarios de texto de filo... Por suerte, estudié sin una meta muy clara, porque llevaba dentro un soplo de pesimismo que me hacía dudar de que nunca llegase a sentar el culo en un aula universitaria. Arrastraba los pies, agotado de tanto estudiar, y acojonado de pensar que quizá tenían razón los que decían que no podría llegar a cursar estudios superiores. Yo era Pol Rubio, paradigma del fracaso escolar, el que siempre aplicaba la ley del mínimo esfuerzo, el típico alumno que no triunfará nunca porque se ha dedicado a tocarse los huevos en el instituto. Uno más de los que tendrían que prepararse, en cuerpo y alma, para aceptar un trabajo precario. Yo, el «malote», incapaz de alcanzar los mínimos objetivos académicos prescriptivos. Había notado tantas veces que alumnos y profesores pensaban que no llegaría a nada en la vida que en aquel momento me resistía a darles la razón a los profetas y me concentraba más que nunca en las asignaturas. Eso fue crucial para que aprobara el bachillerato, igual que otras dos circunstancias: la primera es que me propuse dejar de ver a Tania y a Bruno. Si ya era complicado repasar los temarios y hacer los ejercicios, juntar a esos dos hubiera hecho que mi cabeza se calentara como la sala de máquinas del *Titanic*... Cuando me ponía cachondo y se me aparecía la imagen de sus dos

cuerpos sobre la cama llena de apuntes, los echaba con contundencia: «¡Fuera de aquí, que tengo que aprenderme de memoria la Revolución industrial!». Y funcionaba, porque había dejado para las mañanas el abandonarme con pajas largas, relajantes y egoístas. A veces le tocaba a Bruno en las duchas del insti, y otras veces era Tania en el vestidor de Zara.

Vamos a por la segunda razón que hizo que terminase con el bachillerato limpio como un quirófano. Se trata de una razón humanitaria: Eugeni y Gabi decidieron, con el consenso del equipo docente, que me aprobaban castellano y catalán respectivamente. Fue durante una reunión bastante tensa. Tampoco estaban para bromas, después de todo lo que había pasado. El claustro entero sabía que mi objetivo era estudiar filosofía, de manera que Gabi y Eugeni me aprobaron por el morro. El multirrepetidor Rubio no podía repetir más cursos, ya llevaba dos, y tuvieron en cuenta que estaba afectado por la muerte de Merlí y que, evidentemente, después de un trauma como aquel, ponerse a estudiar era como subir a la cumbre del Everest sin un guía *sherpa*. Sé que los profes también lo tuvieron en cuenta con el resto de los compañeros. El examen de filosofía lo corrigió un profe sustituto que había enviado el Departamento de Educación. Nada más llegar se quedó sorprendido por la cantidad de filósofos a los que hacíamos referencia en la prueba. Lo normal es que los profes de bachillerato se limiten al temario, pero, claro, Merlí ya nos dijo el primer día que el temario se lo pasaba por el culo. Saltaba de Aristóteles a Schopenhauer, pasando por san Agustín, como si fuera el orden cronológico más normal del mundo, pero... ¿y por qué no se podía hacer así? ¿Dónde está escrito que se tenga que seguir un temario confeccionado por... por quién? ¿Quién decidía los temas, qué filósofos se debían tocar y cuáles no? Si el temario lo hubiera escrito

Merlí, sería totalmente distinto, y se podría resumir en pocas palabras: «Para aprobar la asignatura de filosofía, los alumnos han de cuestionar incluso su propio nombre. No deben dar respuestas, sino hacerse preguntas. Que participen, que jueguen, que duden de todo». Por supuesto, el sustituto se marchó del insti envidiando a Merlí.

Después de aprobar por los pelos el bachillerato, tocaba pagar el peaje de la prueba de acceso a la universidad: la temida selectividad. No nos engañemos, con un cinco tenía suficiente para entrar en filo. No te piden más, porque no es que la carrera esté muy solicitada, por mucho que últimamente digan que se ha puesto más de moda. Pero me había quedado sin fuerzas tras la maratón de los exámenes finales de bachillerato. Era necesario un sobreesfuerzo, y Tania me veía tan débil que se preocupaba. Otra vez, y con más intensidad, el pesimismo y el abatimiento me devoraban el cerebro. Ya me veía fuera de la carrera que tanto había deseado. Yo, que lo solucionaba todo con un «¡Vamooos, torooo!», ahora, más que un toro, parecía un perro apaleado y abandonado en un callejón sucio y oscuro.

Una noche salí a caminar por la ciudad. Cuando ya me había fumado cinco *pitis* y me había paseado un buen rato por mi particular laberinto mental, volví a casa y me encontré a mi padre cocinando, algo que no me sorprendió porque de vez en cuando le gusta preparar un arroz o un caldo. Aquella noche me pareció que Alfonso estaba demasiado nervioso, aunque no le di mucha importancia. Cuando le hablé de mi desánimo, en vez de preocuparse me sugirió que me fuera a descansar a mi habitación. En aquella época, mi padre y yo no nos teníamos demasiada confianza, pero no entendí por qué se me quitaba de encima. La respuesta no se hizo esperar. Sonó la cadena del váter. Había

alguien en casa. Le dediqué a mi padre una mirada inquisitiva, y me contestó con una simpática cara de circunstancias. Del lavabo surgió Gloria, la profesora de plástica. Por sus miradas tímidas y sus «je, je», que sonaban en estéreo en mis oídos, entendí perfectamente que estaban enrollados. Gloria se puso nerviosa y se le ocurrió darme dos sonoros besos. Como ninguno sabía qué decir, la conversación acabó siendo la típica de «¿Cómo va todo?», «Bien, ¿y tú?», «Bien, bien...». Y ya está. Después fue hacia la puerta de la casa con una prisa improvisada y cómica.

—Bueno, Alfonso, que me voy. Que vaya bien —dijo con simpatía mientras se iba.

—De acuerdo, Gloria, ya nos veremos, adiós... —contestó él, encantadoramente amable.

Y cerró la puerta. Viendo la forma de actuar de los «tortolitos» me sentí como si yo fuera el padre que vuelve a casa de trabajar y pillá a su hijo de quince años con la novia. Nos miramos durante un segundo, y se empezó a justificar, aunque no hacía falta:

—Que solo somos amigos, nene. Vamos, ya sabes que yo... no...

—¿No qué? —pregunté con suavidad.

—¡Mira, chaval, no me toques lo cojones! —Y así dio por finalizada la conversación.

No insistí. Me parecía muy bien. Total, ¿quién era yo para incomodarlo? ¡Uaah! ¡Gloria! Gloria y... ¿mi padre? Pero ¿cómo? Debieron de conocerse en el instituto, cuando ella le ofreció trabajo a mi hermano. Pero estaba claro que no era el momento de hacer preguntas. Al mismo tiempo, me desorientaba pensar que mi padre pudiera estar con una mujer que no fuera mi madre. En aquellos momentos, y como el buen egoísta que soy, mis propios problemas eran el único dolor de cabeza que me podía permitir. Así que cogí un par de cerezas de la nevera y me fui a la habitación, caminando

como un alma en pena, arrastrando mi tormento ante el gran reto de la universidad, que me pesaba tanto como todos los tomos del Código Civil. Si al menos alguien más de mi clase quisiera estudiar filosofía..., pero no. Estaba solo.

Al abrir la puerta de mi habitación me encontré a Merlí sentado sobre la cama, disfrazado de jugador de tenis, de un blanco impoluto. Había pasado un mes desde que se me había aparecido de aquella manera brutal en mi mente, pero ahora ya no vestía la camisa hawaiana de flores tropicales, sino que parecía estar a punto de jugar la final de Wimbledon.

—Estoy enfadado contigo, tío —me dijo mientras hacía rebotar una pelota de tenis contra la pared.

De nuevo me asusté, pero esta vez con menos intensidad que en la noche hawaiana. En aquel momento me di cuenta de la recurrencia de aquellos encuentros. Todo dependería de cómo quisiera imaginármelo. Él estaría allí, siempre a punto.

—¿Por qué me hablas así? —le dije inseguro—. Tú nunca me habías llamado «tío».

—¡Eres tú el que me hace hablar como un adolescente cabreado! —contestó alzando la voz—. ¡Me has disfrazado de Roger Federer! ¡Te partiré una raqueta en la cabeza si no me explicas ahora mismo por qué quieres mandar a la mierda la carrera de filosofía!

Me quedé perplejo, porque era cierto que, desde hacía algunos días, una voz interna me preguntaba si no sería mejor tirar la toalla. Y también pensaba que, de haber estado vivo, Merlí me habría echado la bronca y dejado en evidencia delante de todo el mundo. Aparté unas camisetas sucias que estaban sobre una silla y me senté, avergonzado. Le expliqué que no era totalmente consciente del nivel de complejidad de los conceptos filosóficos que tendría que aprender en la universidad. ¿Qué pasaría si lo suspendía todo? Iba

echando tierra sobre mi propia tumba, hasta que hice la pregunta del millón:

—¿Y si los profes no son como tú, Merlí?

El muy cabrón se echó a reír como nunca lo había hecho. Yo me indigné: ¡encima se reía de mí! Abría la boca como una iguana, partiéndose de risa delante de mi jeta. Y después de reír un buen rato, me lanzó una pelota a la cabeza. La última vez que me había lanzado algo había sido un libro, para que me machacara reflexionando sobre el trabajo de fin de curso de Hegel y la dialéctica del amo y el esclavo. ¡Pero eso era diferente! ¿Por qué cojones me tiraba la pelota? ¿No veía que lo estaba pasando mal?

—Tú no, Pol. ¡Tú no puedes venirme con esta mierda de profes buenos y profes malos, joder! Además, ya sabes que no soporto que me hagan la pelota. Tú lo que no quieres confesar es que tienes miedo.

Yo estaba a punto de estallar, era seguramente la primera vez que no me sentía comprendido por Merlí, la primera que quitaba importancia a mis problemas. Aguanté en silencio unos minutos, mientras él se levantaba, recogía la pelota del suelo y volvía a tumbarse sobre la cama como un adolescente cansado, dejando que su cuerpo rebotase en el colchón. En ese momento me clavó una mirada penetrante y, sin levantar el tono de voz, me hizo un diagnóstico más acertado que el que me haría cualquier psicoanalista de Viena:

—Tú tienes miedo de no ser el mejor de la clase. *Match point!*

¡Joder! ¿Por qué cojones siempre tenía razón este hombre? ¿Cómo lo conseguía? Merlí me había tumbado con un *smash* incontestable. Con una voz que sonó como un lamento estúpido, tan solo fui capaz de decir:

—Pero si yo lo único que quiero es ser Merlí.

Se partió de la risa. Le encantaba ganar. ¿Y a quién no le gusta que lo admiren? Él sabía que había muerto estando en la cima, como todo profesor sueña, rodeado de credibilidad y admiración. Merlí era un *crack* al que no le gustaba ser idealizado. No lo necesitaba. Y tenía razón respecto a mi problema: me daba pánico llegar a la uni y encontrarme rodeado de intelectuales gafapastas que me darían mil vueltas, que habrían leído mucho más que yo y que se sabrían más corrientes filosóficas de las que conocía que existían. Una vez que confesé todo esto, Merlí intervino con una de sus obviedades flagrantes:

—A la universidad se va a aprender, no a demostrar que se es el mejor.

Ni siquiera las aguas del lago de las Cinco Flores, en China, eran más claras que este argumento. Me lo dejó caer como una gran verdad que se imponía delante de mis narices y que al mismo tiempo me hacía olvidar todos esos miedos tontos que sentía. Me entraron ganas de llorar, pero no quería hacerlo. Lo que sí necesitaba era abrazarlo y darle las gracias, pero me lo impidió.

—No te acerques, Pol. Hablamos de lo que quieras, pero si pasas ese límite, esto se acaba.

No había discusión posible, así que acepté esa limitación. Le agradecí su gesto de sinceridad y le hice la pregunta que haría cualquier aprendiz de filósofo:

—¿Qué hay después de la muerte?

—Joder, Pol Rubio, seguro que tú puedes hacer preguntas más originales —contestó, dispuesto a marcharse de la habitación.

—¿Hay sexo después de la muerte? —pregunté tras una pausa, con media sonrisa.

—Eso ya está mejor. Anda, ve a la universidad, Pol, y hazte millones de preguntas.

Me metí en la boca la segunda cereza, emocionado y alentado por aquellas palabras que me llegaban desde..., bueno, desde donde fuera. A lo mejor tan solo era yo, que disfrutaba pensando que Merlí me daba ánimos desde la eternidad. Entonces se abrió la puerta, y el Merlí de mi mente desapareció.

—Pol, hijo, me voy a dormir —dijo mi padre, que apareció vestido con calzoncillos azules y camiseta imperio.

Se quedó sorprendido al ver mi sonrisa afable. Tan solo fui capaz de decirle una cosa, que por fin tenía clara del todo:

—Papa... Voy a estudiar la carrera de filosofía. Y estoy muy contento de que Gloria y tú seáis... amigos.

Su sonrisa me reconfortó. La verdad es que los Rubio nos merecíamos una noche de felices sueños.

El gran Rubio

Cuando era pequeño, mi padre me dio un consejo que nunca he olvidado: «Pol, ten en cuenta que en la vida las oportunidades pasan de largo, y luego te quedas con una cara de *atontao*....». El día en que me comunicaron que había aprobado las Pruebas de Acceso a la Universidad con un discreto 5,2, recordé ese aforismo del gran Alfonso Rubio. Esta vez no había dejado pasar la oportunidad y no me quedaría cara de *atontao*. Solo faltaba esperar el veredicto del Departamento de Enseñanza: ¿habría entrado en Filosofía? Estaba seguro de que sería un «Sí». Me sentía lleno de optimismo, y recorría las calles de Barcelona entregando currículums, pensando en la pasta que necesitaría para hacer frente a la matrícula y las tasas universitarias. Me imaginaba de camarero, atendiendo a turistas de cara sonrosada en una terracita del Paseo de Gracia. O a lo mejor de vigilante en el museo Picasso... El último trabajo que había tenido había sido en un supermercado, donde conocí a Efra. Estuve unas pocas semanas, y tener un compañero tan atractivo hizo un poco más llevaderas las jornadas laborales.

Para añadir una motivación al bochornoso verano de Barcelona, se me pasó por la cabeza endeudarme para poder sacarme el carné de conducir. Allí estaba yo, que seguramente tardaría años en poder tener un coche, pensando en sacarme el carné. A veces me iba a casa de Tania y, después de practicar algunos test de teórica para el coche, descansábamos. Bueno, todo el mundo sabe lo que quiere decir descansar. Y entre descanso y descanso hablábamos sobre

cómo serían nuestras vidas en la universidad. Fue durante una de esas tardes de conversaciones cuando Tania, después de un largo silencio, sacó el espinoso tema de las vacaciones. Era inevitable que pasáramos un tiempo separados, porque ella se iba de viaje con su madre. Estaba llegando el momento de abrir ese melón, el de «¿qué hacemos con lo nuestro?». Por mi parte, le dejé claro que «lo nuestro» continuaba. ¿O es que había que tirar por la borda lo que teníamos solo por pasar las vacaciones separados?

—¡Quiero que vengas con nosotras a Nueva York! —soltó por sorpresa. Me levanté de golpe, alucinando con la idea de cruzar el Atlántico.

—¡Estás loca! —dije mientras me reía de su generosa propuesta yanqui.

—¡Qué va, tío! Mi madre lo paga todo. Ya lo hemos hablado, y está encantada. ¡Le caes bien!

Ufff... Me encantaba la idea de coger un Boeing y plantarme en Nueva York. Pero no así, de gorra. Mi orgullo de clase obrera me lo impedía.

—Tía, no es plan. No iré. Tengo cosas que hacer aquí...

—¿Como morirte de asco en una mierda de trabajo?

Nunca había oído hablar tan claro a Tania. No le faltaba razón. ¿Qué podía esperar? ¿Vender helados a cuatro guiris bajo el sol en la Barceloneta? ¿Servir hamburguesas y fregar suelos en un McDonald's? Seguramente. Porque esa era mi intención: trabajar de lo que fuera, las horas que hiciera falta. La carrera no se iba a pagar sola, y no estaba claro que me concedieran una beca. En esos planes no entraba dejar que otros me pagaran un viaje a la ciudad de los rascacielos, y menos aún sentirme para siempre en deuda con la madre de mi novia. Imagino que este es uno de esos recuerdos que están en la lista de «si pudiera volver atrás en el

tiempo». Porque ahora, años después, pienso que si no conozco Nueva York es sencillamente por idiota. Tras dos horas discutiendo sobre si podíamos viajar juntos o no, Tania se dio por vencida. Nos miramos sin saber qué decir. A mí se me escapó la risa, no me atrevía a decirle que me parecía muy friqui pasear por la Quinta Avenida cogido de la mano de mi «suegra». Por mucho que le diera las gracias por querer regalarme el verano de mi vida, Tania no se quedaba tranquila. Veía en mi negativa algo que no lograba adivinar. Hasta que al final, como acostumbra a suceder, se impuso la verdad:

—Tú lo que quieres es quedarte aquí con Bruno —dijo mientras distraía la mirada en el móvil.

Tania era muy lista, y tenía información de sobra. Sabía que Bruno había estado enamorado de mí. Sabía que nos habíamos enrollado. Sabía que a mí, por mucho que me gustaran las chicas, también me encantaba estar con él. Tania lo vio en el Montseny, durante las colonias, bajo las estrellas. En el engranaje de nuestra relación, alguna pieza no encajaba. ¿Cómo podía ella sentirse cómoda dejándome en Barcelona cerca de Bruno? Le dije con sinceridad que no tenía ninguna intención de quedar con él, que yo iba a mi aire. Pero Tania me dejó claro que lo que le preocupaba no era lo que fuera a hacer yo, sino lo que podía tramar Bruno.

—Pol, has de reconocer que Bruno ha sido muy cabrón conmigo. Cuando volvió de Roma y supo que tú y yo estábamos juntos, siguió tirándote la caña. ¡Que no soy idiota, tío! ¡Que tengo ojos!

Era la primera vez que escuchaba a Tania criticar a Bruno con tanta intensidad. En realidad no se equivocaba: Bruno era, y es, muy cabrón. Hace lo que le da la gana, pasando por encima de cualquiera, y nunca sabes con qué te va a salir. Ya sé que es hijo de su padre, pero a veces es para darle una buena colleja. Ese deseo

incontrolable que Bruno sentía por mí pasaba por encima de todo, incluso por su mejor amiga. Recordé entonces aquella cena en su casa unos meses atrás, cuando nos invitó a mí y a Tania al saber que estábamos juntos. Recuerdo cómo alargaba el pie hacia mi paquete para tocarlo, provocándome mientras sonreía a su amiga. ¡Me estaba tirando la caña por debajo de la mesa! No fue juego limpio, pero sí uno de los momentos más morbosos de mi vida.

—Tania, me voy a quedar en Barcelona currando todo el verano. Y él está cuidando de su abuela, que todavía está depre...

Pero a Tania no le interesaba la abuela de Bruno. Captó que era una hábil maniobra por mi parte para desviar la conversación, y se centró en el tema Bruno. Porque, no nos engañemos, Bruno es un temazo. Tania, que había probado ese fruto, sospechaba que era una tentación para mí, y que si Bruno se había pasado media vida insinuándose, podría seguir haciéndolo, y más si sabía que ella estaba en Estados Unidos. Los dos sabíamos que Pol Rubio podía caer en las redes de Bruno más fácilmente que un niño al que le regalas un helado de fresa. Entiendo que para una chica era un poco extraño tener como pareja a un tío que ha estado con otros tíos, por mucho que ella siempre defendiera la libertad sexual. Lo que en realidad quería saber Tania, y así me lo preguntó, era si yo todavía sentía algún impulso sexual o amoroso hacia Bruno. Enseguida noté que me rodeaba «el muro». Un muro invisible de piedra que se levantaba a mi alrededor, de un metro de grosor, y que me protegía de cualquiera que intentara llegar a las partes más íntimas de mi persona. En aquel momento, ante la mirada astuta de Tania, necesitaba echar mano de herramientas de político sagaz. Así que asomé la cabeza por encima del muro y le dije:

—Yo quiero a Bruno igual que lo quieres tú.

Tania se quedó callada. Lo que le había dicho era incuestionable. Entonces, cogí impulso, buscando la medalla de oro a la elocuencia, y rematé la faena con una tesis final:

—Fíjate bien. Es como lo que sientes por Marc Vilaseca. Habéis follado, le tienes mucho cariño, pero eso no quiere decir que vayas detrás de él.

Tania lanzó un suspiro que indicaba derrota, y me dijo que no tenía ningún interés por Marc. Así que también quedó claro que yo tampoco tenía interés por Bruno, aunque no tuve que decirlo. Y fíjate en que, mientras pensábamos en nuestros dos hombres ausentes, los dos nos miramos con una intensidad fugaz, pero cálida y tierna, que terminó con un morreo tranquilo. Tania se sentó encima de mí, y noté sus pezones duros. Nos desnudamos sin prisa. A lo mejor no estábamos solos; tal vez sabíamos que Bruno y Marc nos observaban, excitados, y nos animaban a dejarnos llevar sin hacernos más preguntas. Cuanto más imaginaba yo a Tania dándole placer a Marc, más generoso era con ella. Celoso de no haber podido participar, fantaseaba con el cuerpo sudado de Marc en el gimnasio del insti. ¡Los tres nos lo hubiéramos podido pasar de puta madre si se nos hubiera ocurrido! ¡Tres! Estaba clarísimo que tres era un número mágico. Los tres cerditos, las tres gracias de Rubens, los tres Reyes de Oriente... ¿Cómo puede ser que te vengan a la cabeza estas cosas mientras estás haciendo el amor? Marc era un tío guapo y tenía un cuerpo deseable, con lo que yo ya me lo veía coordinando con rigor aquella escena, dándole besos en la nuca a Tania y dejándome a mí ir a lo mío. Y es que lo que yo necesitaba en aquel momento era cerrar los ojos y que todo fluyera con suavidad, después de la discusión sobre el viaje a Nueva York, el trabajo, el dinero, la beca, Bruno... Entonces me interrumpió el sonido de mi móvil, que me avisaba de que tenía un mensaje de

WhatsApp. No le habría hecho caso de no ser porque de reojo vi el nombre de un tal Bruno en la pantalla... Me puse a besar los pezones de Tania aún más motivado que antes, mientras me preguntaba en silencio qué querría de mí Bruno, y dejaba volar la imaginación. Dejé que durase esta incertidumbre tanto como pude, hasta que unos minutos más tarde alargué el brazo para tocar el móvil y hacer visible el mensaje.

«Me han hablado de un trabajo para ti. Si te interesa, te lo explico.»

¡Pues claro que me interesaba que me explicase todos los detalles sobre ese trabajo! ¡Y que lo hiciera en pelotas dentro de la bañera! Aquel mensaje de Bruno hizo que, de repente, el número tres ya no me resultara tan mágico, y que fuera el cuatro el que se convirtiera en el rey de los números. Bruno en mi mente. Marc en la de Tania. Los cuatro fantásticos. Las cuatro estaciones. Cuatro quesos. Tania y yo, acompañados de dos entidades metafísicas, Marc y Bruno, y sin saber, entonces, que unos años más tarde el futuro nos pondría a los cuatro donde nos correspondía.

Una semana después del episodio no-quiero-ir-a-Nueva-York-porque-estaré-agobiado-trabajando-de-lo-que-sea, me volvían a la cabeza las palabras de mi padre: «Las oportunidades pasan de largo», y recordaba que la gran oportunidad de viajar a la Big Apple había pasado ante mis narices y desaparecido tan rápido que el viento que levantó me había alborotado el cabello. Esa sensación de tren perdido se desvaneció de repente mientras hacía cola para pagar en la caja de un súper. Una señora se me había colado con todo el morro, cargada de anchoas de L'Escala y productos de limpieza. Cuando estaba a punto de decirle algo vibró mi móvil y me olvidé de la señora, que ya estaba sacando el monedero para pagar. Le clavé una mirada de

asesino en serie y luego eché un vistazo a la pantalla del móvil. El texto era una señal divina: «Ha sido admitido en los estudios de Grado de Filosofía - Universidad de Barcelona. Para tramitar la matrícula entre en www.ubfilosofia.com/grau».

Yo, Pol Rubio, mientras me quemaba la punta de los dedos sujetando una *baguette supreme* recién salida del horno, me convertí en el universitario más feliz del mundo. ¡Y eso que aún no había pisado las aulas! La señora de las anchoas se salvó por poco de que le diera un beso. Ante la sorpresa de los demás clientes, tiré la barra de pan sobre el puesto de los chicles y en tres segundos ya estaba corriendo por la calle y llegando al portal de casa. La frustración por las vacaciones perdidas en América pesaba infinitamente menos que la alegría de haber entrado en la carrera. Por lo tanto, lo que tocaba era celebrar mi admisión como flamante alumno universitario, y quería hacerlo con mi padre. Le dejé elegir el restaurante. El hombre estaba tan contento que casi me abraza. Era previsible que se decantara por El Caracol de Oro. Siempre que pasaba por allí decía: «Pol, hijo, algún día, cuando las cosas vayan bien, entraremos aquí y nos servirán como a los reyes de Bélgica... ¡Algún día!». Pues ese día había llegado. Nos pusimos las botas, y mientras lo hacíamos le solté la segunda buena noticia que le tenía reservada: ¡había conseguido un trabajo! Mi padre sorbió un caracol con tanto ímpetu que casi se traga la cáscara.

—¿En serio? ¿Y de qué vas a trabajar?

—Me han nombrado coordinador del departamento de operaciones de una empresa de automóviles.

—¡No me digas! —exclamó, pensando que me vería salir de casa cada mañana con americana y corbata.

—No, papa, no te flipes. ¡Que estoy de vigilante en un *parking*!

Era un matiz importante, y pasamos un rato divertido poniendo nombres glamurosos a trabajos poco atractivos: «mozo de almacén» se convirtió en «supervisor de estanterías» y «cajero de supermercado» pasó a ser «tesorero de multinacional alimentaria».

El curro me lo había pasado Bruno al día siguiente de la conversación con Tania sobre el viaje a Nueva York. Por lo visto, pensó en mí al pasar frente a un cartel en la entrada de un *parking*: «Urgente. Se precisa vigilante. Presentar currículum». Fui enseguida y, no nos engañemos, no hacía falta mucha experiencia. Tampoco te pedían que fueras graduado por Harvard. Todo consistía en indicar a los clientes la plaza que debían ocupar, cobrar los recibos de los abonados que pagaban en efectivo, y pasar la escoba de vez en cuando. Me contrataron enseguida.

Me fui acostumbrando al nuevo trabajo, pero el calor era insoportable. En la cabina, la temperatura era diez grados superior a la del exterior, estoy seguro, aunque nunca quise comprobarlo con un termómetro para no deprimirme. Un día decidí quitarme la camiseta sudada: «A la mierda todo, me da igual que me vean sin el uniforme». Y cuando una clienta de unos treinta años que estaba muy buena se acercó para pagarme la mensualidad, se me quedó mirando con una cara de deseo que me recordó cuando en Navidad mi madre ponía turrónes sobre la mesa, y el gran Alfonso Rubio sacaba la lengua y se humedecía los labios, a punto de devorar el de yema, su preferido. Pues, como decía, los ojos de aquella mujer se clavaron en mis pectorales, y fui plenamente consciente de que era guapo.

—Chico, sal de esa cabina que te desmayarás...

Y yo que voy y salgo, sin camiseta, porque ya le veía las intenciones y no pensaba desaprovechar la oportunidad...

—El ventilador no funciona... —dije haciéndome la víctima.

—No me puedo creer que no tengas un lugar más fresco para airearte...

Sí que lo tenía. Era un cuartito oscuro de la planta -2, donde el jefe guardaba productos de limpieza, material de oficina y algunas latas de gasolina y aceite por si a algún despistado se le moría el coche. También había un grifo que sin duda no se usaba desde hacía años. El ansia por hacer algo rápido para desfogarnos nos llevó a los dos hacia ese cuartito, pero antes quise lavarme las manos, que tenía sucias después de haber ayudado a un cliente a cambiar la rueda del coche. Ella me impidió abrir el grifo. Me deseaba sucio, sudado... con ese punto canalla que a mí también me mola en los tíos. Me puse muy palote, y ella lo notó a través de la tela de mi pantalón gris de trabajo, y me hizo subir a una silla. Me dijo que no tenía ninguna intención de arrodillarse, y yo le hice caso. Subido a esa silla, a oscuras, me tomé todo lo que ella me hacía como un regalo dentro de unas jornadas de curro que no solían tener muchos incentivos. Llegaron algunos coches, pero ninguno tocó el claxon para reclamar mi presencia en la cabina de entrada. Ideal. Estar a oscuras me permitía fantasear que aquella chica de nombre desconocido era en realidad un chico que acababa de aparcar su coche, o una chica de dieciocho años recién salida del bachillerato. Qué morbazo máximo me da desde entonces el sexo a oscuras...

Tuve alguna que otra visita inesperada más durante aquellas tardes de julio, pero ninguna con esa intensidad. Un día se presentó Bruno. Estaba peleándome con el interruptor de un ventilador naranja de los años ochenta cuando oí una voz familiar: «¿Me cobras, malote?». Me surgió una sonrisa instantánea, y justo cuando salí a saludarle llegó una furgoneta blanca de un abonado plasta al que no le funcionaba la tarjeta de acceso. «¡Jefeeee!», gritó el

conductor, reclamando mi ayuda. Bruno sonrió, muy pillo, porque oír que alguien me llamaba «jefe» le hacía mucha gracia, y al mismo tiempo le ponía. El imbécil de la furgó estaba metiendo la tarjeta al revés, y eso que el cartel que había al lado de la barrera lo dejaba claro: «Introducir la tarjeta con el chip boca abajo». Pues no. O la gente no sabe leer, o no lo hacen porque tienen prisa. A aquellas alturas, yo ya había aprendido a forzar una sonrisa, dar la vuelta a la tarjeta, introducirla y disfrutar de la cara de tonto que se le quedaba al cliente. Una vez hecho esto, ya podía volver a mi rutina de vigilante aburrido.

—Venga, no te quejes, que he venido a verte —dijo con una sonrisa radiante.

—Te veo contento, Bruno. ¿Qué ha pasado?

—Me voy a Roma a ver a mi madre. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Joder! ¿Es que os habéis puesto de acuerdo Tania y tú?

Estaba claro que Tania y Bruno se me disputaban como compañero de escapada. No negaré que me gustaba haberme convertido en el acompañante ideal de una agencia de viajes. Era el hombre deseado, al que todos querían facturar en su avión. Lo que no me molaba tanto era que se me quisieran llevar con sus madres.

—¿Qué pasa? ¿Que Tania y tú no sabéis viajar sin mamá?

Bruno pasó de mi comentario e insistió. Que si él pagaba el billete, que si no era caro, que si no tendría que pagar hotel porque estaríamos en casa de su madre, que si la Fontana de Trevi... Entonces me vi obligado a darle una respuesta contundente, que no admitía réplica:

—Tengo trabajo, tengo novia... ¿Y me pides que me escape a Roma contigo?

El pequeño Bergeron puso cara de póquer. Él, que siempre tenía respuesta para todo, se quedó mudo. Le agradecí el detalle de

haber pensado en mí, y después le recordé que él, y nadie más que él, era el culpable de tener que irse solo ¿O no se acordaba de quién me había conseguido el trabajo? Por su culpa estaba atrapado en esa sauna finlandesa. En fin, que se confirmaba mi tendencia a no atravesar las murallas de la ciudad, y eso me llenaba de frustración e impotencia. El único recuerdo que tengo de unas vacaciones lejos de Barcelona fue la escapada a Teruel con mi familia para la boda de un primo de mi padre. Tenía unos seis años, y ya casi ni me acuerdo. Bueno, en realidad sí que recuerdo algo: mi padre se pasó el viaje de vuelta parando en todas las áreas de servicio porque le había sentado mal la ensalada de cangrejo que sirvieron en el banquete.

De mala gana, Bruno se despidió de mí, justo cuando llegaban tres coches de golpe. Me recordó que nos veríamos en el instituto una semana después, cuando fuéramos todos a recoger nuestro expediente para poder matricularnos en la universidad. Con un gesto de cabeza le indiqué que allí estaría, y se marchó. Unos clientes estaban aparcando. Cuando el último turista ruso se fue, acompañado de su familia, estampé la escoba contra la pared de la cabina. Necesitaba descargar la rabia que sentía, porque el verano se presentaba de puta pena. Pensé en la vida que había llevado mi padre, siempre amargado, sin saber qué eran unas vacaciones. Viendo, desde la ventana, cómo los vecinos llenaban sus coches de maletas. Las bromas, la alegría: la familia feliz. Y nosotros, en casa. Vacaciones, para mí, siempre significaba «te quedas en casa mirando la tele». Siempre que echaban un documental de viajes, mi padre soltaba el mismo comentario: «Los Rubio no viajamos. Los Rubio trabajamos».

Mientras pensaba en eso llegó un guiri inglés y me pidió que le diera indicaciones para no rayar su coche de alquiler con las

columnas del *parking*. Y yo a saco, notando cómo me caían las gotas de sudor, moviendo las manos como si estuviera aparcando un F-18 en un portaaviones y pensando en que nunca le daría un beso a Tania en la azotea del Empire State ni me comería un helado junto con Bruno en el Coliseo. Solo me consolaba pensar que pronto tendría en mis manos mi expediente académico y eso me haría estar un poco más cerca de la facultad. Bueno, la verdad es que las mañanas también molaban, porque las pasaba con Tania. Con ella, las horas pasan deprisa, es sencillo tener conversaciones interesantes. Una mañana me escribió para quedar en su casa. Su habitación estaba llena de ropa doblada. Aunque se acercaba el momento del viaje a Nueva York, me pareció exagerado que comenzase a preparar la maleta diez días antes de irse con su madre. Allí sentado en la silla de su habitación, me di cuenta de que estaba teatralizando nuestra despedida, y que era algo que iba más allá del hecho de irse de vacaciones. Tania quería romper conmigo. Y fuera comenzaba a llover...

Tardes de verano con tormenta

Me encanta la lluvia. Nunca llevo paraguas. Me mojo, aprovechando las pocas veces que llueve en Barcelona a lo largo del año. Mi padre dice que antes llovía más y que hacía más frío. No sé si es verdad, pero lo cierto es que, cuando llueve, la ciudad está más bonita, y además, cuando pasa en julio, la lluvia es un regalo del cielo que nos salva del calor asfixiante durante unas horas. La tarde en que Tania rompió conmigo llovía bastante. En una escala del cero al diez, llovía un siete. Es bastante.

—Pol, tío, te conozco bien, y sabes que te quiero muchísimo... Pero hay algunas cosas tuyas que no quieres compartir conmigo.

—Pero, Tania, si yo te lo cuento todo —dije, y en aquellos momentos, para mí, aquella era una mentira necesaria.

—No, tío. No me digas que me lo cuentas todo. ¡Venga, no me trates como si fuera tonta!

Cuando Tania se ponía así, por mucho muro que tuviera yo para protegerme de las inclemencias de las emociones, me quedaba inmóvil, como un bloque de hielo, esperando a que ella terminase de hablar, deseando poder escaparme de manera discreta y hábil de aquella conversación. Pero cuando sacó a relucir el gran tema, me dejó completamente KO.

—¿No crees que ya va siendo hora de que admitas que también te molan los tíos?

Pausa larga. Mirada intensa. Silencio tenso. Y afuera, los truenos.

—¡Contesta, tío, que no puedo más!

Me resistía a darle la razón. Y es que uno no puede levantarse un buen día y decirle a todo el mundo «Soy bisexual» con alegría, como si dijera «Hace un sol radiante». De hecho, esa palabra concreta ni se me pasaba por la cabeza. Lo que tenía claro era que algo se removía en mi interior, y que lo que tenía que hacer era ponerle nombre a mis relaciones: Berta, Bruno, Tania, Efra, la chica desconocida del *parking*... Uno de cada sexo. Más claro, imposible. Tania clavó sus ojos en los míos. Tenía que pensar algo, y rápido. Yo era Pol Rubio... ¡y punto! Me negaba a aceptar etiquetas, no pensaba permitir que nadie me señalara con la palabra «bisexual». En mi interior, pensaba que quizá era mejor ser gay o heterosexual, que al menos así apuntas en una sola dirección. ¿Pero *bi*?, ¿yo?, ¿Pol Rubio, en serio? Esta indefinición me estresaba y me perturbaba. La presión de Tania me resultaba muy incómoda, y en vez de ayudarme lo que hacía era meterme aún más dentro del armario. Lo negué rotundamente:

—No tienes ni idea, Tania. Yo, sencillamente, me lo paso bien con quien me apetece, pero eso de Bruno solo me ha pasado con él, y que quede claro que tampoco ha sido tantas veces.

De nuevo, viendo venir la derrota, respetó mis argumentos, por mucho que fueran mentira. Pero Tania ya había decidido horas atrás que en ningún caso seguiría saliendo conmigo.

—Mira, Pol... Prefiero que lo dejemos ahora. A ti te va más Bruno que yo.

¡Hostia! Aquello me cayó como una losa. Tania cerró la maleta, que ya estaba llena de ropa, y empezó a llorar. La abracé de manera instintiva. No me atrevía a contradecirla. Era cierto, pensé en secreto, que a mí me iba más Bruno. Todo aquello me ponía triste, y, aunque tenía ganas, me resistía a llorar. ¿Se había terminado? Era extraño. Tania me había enseñado a quitarme la

máscara de tío duro. Con ella fui capaz de expresar mis sentimientos —casi todos— sin vergüenza. Fue la primera persona de la que me enamoré. Me venían a la cabeza todos aquellos días en que me levantaba motivado para ir al insti porque estaba ella. Allí, abrazado a Tania y viendo llover a través de la ventana, recordé aquella otra tarde lluviosa en que estábamos en clase, castigados por la profesora Coralina. Aquel día me sentía tan a gusto con Tania que le confesé que me había enrollado con Miriam, la madre de Iván. A partir de ese día, estuvimos siempre pendientes el uno del otro. Con Tania, el chulito de Pol Rubio se convertía en un chico vulnerable. Si era necesario, ella era capaz de invertir su tiempo en demostrar que le gustaba más el Pol sincero que el Pol imbécil. ¿Que hacía falta que me lanzase una tarta de nata en toda la jeta? Pues no se lo pensaba dos veces. Aquello era amor. O al menos, así lo recordaré siempre. Nuestra ruptura fue un momento triste e intenso, pero creo que los dos podemos estar orgullosos de haberlo gestionado de la mejor manera posible. No estaba preparado para ser sincero. Y ella... se sentía demasiado débil como para escalar el muro de Pol. Cuando miro hacia atrás, no encuentro a nadie como ella. Nadie como la dulce Tania.

Unos días después volvimos a coincidir, esta vez en calidad de amigos, en la sala de profesores del Instituto Guimerà, que estaba a rebotar de gente. Eugeni se esforzaba, de mala gana, en mantener el silencio, pero en el fondo se respiraba un ambiente festivo. Gery estaba muy nervioso, y aunque le recordamos que lo había aprobado todo, no servía de nada.

—¿Es que no lo entendéis? Para creerlo necesito ver las notas escritas en el expediente, ¿vale?

A aquellas alturas, ya nadie le reía sus idas de olla. Se nos hacía un poco plasta, aunque he de admitir que tenía su encanto.

¿Excéntrico? Sí, pero también generoso y buena persona. Nunca llegaría a político, porque le faltaba malicia. Mejor así. Los demás alumnos estaban un poco menos nerviosos, pero en el ambiente se respiraba una cierta excitación de final de etapa. Cuando llegaron los expedientes a manos de Gabi y Gloria, todo el mundo se puso a aplaudir. Era una forma de quitarle tensión al asunto y, uno a uno, todos acabamos con nuestro expediente en las manos. Por fin teníamos el pasaporte para acceder a la nueva vida que nos esperaba fuera de las puertas del Guimerà. Tania se puso a llorar, y Oliver la abrazó, derramando también él unas lágrimas. Joan Capdevila, como era de esperar, lo había aprobado todo, pero su media de sobresaliente había bajado por las malas notas de segundo de bachillerato. Para un alumno como él, malas notas quería decir sacar un seis o un siete en algunas asignaturas. Lo que nos sorprendió a todos fue su decisión de estudiar derecho, y no filología como siempre había deseado. Seguramente le influenció su padre, que había fallecido poco antes. A lo mejor era una manera de sentirse más cerca de él. Qué importa. Era su decisión, y estaba tomada.

Salimos juntos a fumar un último *piti*, mientras nos preguntábamos ilusionados qué nos depararía el futuro. Tania y yo lo teníamos claro: yo, profe de filo. Ella, maestra de infantil. Iván comenzaría a estudiar Humanidades en la Autónoma. Marc estaba a punto de hacer las pruebas de ingreso en el Instituto del Teatro, y todos estábamos convencidos de que aprobaría con buena nota. Oliver dijo que seguramente tardaríamos en volver a reunirnos como grupo; se acercaba agosto y cada uno tomaría un camino distinto. Era la vida.

—¡Eh! ¡Ehhh! ¡Que de aquí a un año tenemos que hacer una cena de exalumnos! —propuso en un ataque de optimismo.

Todos estuvimos de acuerdo en que era una gran idea quedar doce meses después de la graduación y ponernos al día. Deseábamos —ingenuamente— que fuera posible. No contábamos entonces con que el paso del tiempo haría disminuir la intensidad del vínculo que nos unía. Todos tendríamos nuestras propias vidas, y sería complicado volver a reunirnos. Incluso ahora, cinco años después, aún no se ha producido la fiesta de exalumnos del Guimerà.

Tras la propuesta entusiasta de Oliver, se hizo un largo silencio. Bruno, Berta y Oksana miraban con nostalgia el edificio del instituto, como si se resistieran a irse. Todos nos sentimos atrapados en aquella nostalgia, que tenía cierto tono profético. Nos acompañará siempre. Entre aquellas cuatro paredes quedaban encerradas para siempre experiencias inolvidables. Las buenas y las malas. Y fue allí, apalancados en el mismo banco donde durante años cada día hacíamos el *piti* o el bocata, donde los peripatéticos del siglo XXI, aquel grupo que con tanta sabiduría había cohesionado Merlí Bergeron, comenzó a deshacerse.

Abrazos, besos, «¡Buen verano!», y algunos «Nos vemos en septiembre» que dudo que se hicieran realidad. Todo el mundo comenzó a marcharse cuando empezaban a caer unas tímidas gotas de lluvia, sin querer alargar demasiado un momento que podía terminar en lágrimas. Confieso que a mí también me dolía la garganta de aguantarme las ganas de llorar. Intentaba quitarle hierro al asunto con alguna parida que a nadie le hacía gracia. Y así, no sé muy bien cómo, en cuestión de minutos nos quedamos solos Iván Blasco y yo. No teníamos demasiado de que hablar... Habían pasado muchas cosas entre nosotros, y no muy buenas. Pero yo ya no era el mismo que se reía de Iván porque subrayaba el periódico con boli, o porque comía yogur a la hora del patio. Me hubiera

gustado decirle que sentía mucho haberlo discriminado unos años antes, y admitir que no me había portado ni mucho menos bien con él. Pero no fue necesario, porque yo ya lo decía todo con la cara. Noté también que él me perdonaba, a través de la intensa mirada de sus ojos oscuros, y me dio la mano, apretando firme. Por un momento pareció que íbamos a abrazarnos, pero no lo hicimos. Nos miramos, serios.

—Suerte, Iván —le dije con voz entrecortada.

—Que vaya todo muy bien, Pol Rubio —contestó con sinceridad.

Cada vez llovía más, y nos fuimos, cada uno por su lado, hasta que, al cabo de unos segundos, como si hubiera quedado algo pendiente, me detuve y miré hacia atrás. Vi que él había hecho lo mismo. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, con una sonrisa amable y relajada que, de algún modo, firmaba la paz definitiva entre nosotros. Seguramente, si el bachillerato hubiese durado dos cursos más nos hubiéramos hecho buenos amigos. Pero ya era imposible. Disfruté de aquel momento tierno con Iván con emoción contenida, y creo que él también, porque ambos sabíamos que la relación que los dos habíamos tenido con Merlí había sido mucho más estrecha que la de los demás. Merlí había conseguido que Iván saliera de casa, superase sus ataques de pánico y se integrase de nuevo en el grupo. A mí, el maestro Bergeron me había arrancado del destino que me esperaba en el mundo laboral y me había hecho creer que tenía talento, y que era capaz de cursar estudios superiores.

Iván y yo desviamos la mirada y seguimos nuestro camino. Y fue en ese momento, cuando él ya no podía verme, cuando rompí a llorar como un niño pequeño que, de repente, se enfrenta a sus miedos completamente solo. Era consciente de que había entrado en el mundo adulto, y estaba más convencido que nunca de que,

como decía el Gran Rubio, «las oportunidades pasan de largo». Y yo estaba contento, eso sí, contentísimo, de haber aprovechado la gran oportunidad que me había regalado Merlí Bergeron.

El valle de los leprosos

Los primeros días de cualquier etapa en la vida suelen ser una mierda. Lo que sucede es que, con el paso de los años, y para defendernos de los traumas, vamos echando azúcar a los recuerdos amargos, y así tiramos hasta olvidar aquella verdad que nos hizo daño. Es mejor echarle comedia al drama, y reírse de uno mismo, para explicar el desastre que fue mi primer día en la universidad.

Todo comenzó con una mezcla de nervios y alegría al entrar en el histórico edificio de la Universidad de Barcelona. Como el que llega a la tierra prometida, por fin me plantaba frente a aquellas majestuosas puertas de madera que se abrían para darme la bienvenida. Al encontrarme entre sus muros, me pareció oír las trompetas de una fanfarria, una música majestuosa que tocaban a la vez decenas de instrumentos. Avanzaba con actitud solemne, pisando un terreno centenario, entre decenas de alumnos, algunos de los cuales ya llevaban pancartas que anunciaban futuras huelgas. ¡Qué pequeño e insignificante resultaba mi insti al lado de aquellos techos altos como los de las catedrales góticas! Seguro que mis pensamientos no pasarán a la posteridad, pero estoy tan orgulloso de haber vivido mis años como joven aprendiz de filósofo en aquellos pasillos... Habré caminado miles de kilómetros durante la carrera, de camino a la biblioteca, el claustro, el bar, las clases y el paraninfo de esta universidad que, según dicen, está entre las cien mejores del mundo. Lástima que no se tenga en cuenta en el *ranking* la calidad de la contratación. La Universidad de Barcelona

tiene 2dos mil quinientos profes asociados, con un sueldo de cuatrocientos euros mensuales. ¿En qué posición de esa lista estaría la universidad si sus profesores tuvieran sueldos dignos?

La verdad es que también podrían haber invertido un poco más en señalar mejor las aulas, porque entre los claustros, los pisos y la infinidad de pasillos aquello parecía un laberinto, en el que iba tan perdido como si me hubieran soltado en mitad de la selva del Amazonas. Pero yo era Pol Rubio, y no me gustaba que se notase que no tenía ni idea de dónde estaba. Apretando los dientes, caminaba aparentando seguridad en mí mismo, imitando la actitud de los alumnos seniors, esos que tenían el culo pelado de aprobar y suspender asignaturas. Pero la verdad es que yo era «*desorientao*». Con esa falsa pose de seguridad pasé hasta tres veces por delante de la misma aula sin saber si realmente era la que me tocaba. En la tabla de horarios que había consultado en el campus virtual decía: «Ética I» en el aula 118, con el profesor M. Bolaño. ¿Qué debía de ser esa M? ¿Marcos? ¿Mauricio? ¿Martín? ¡Qué importaba! En aquel momento, mi prioridad era encontrar la clase, aunque el profesor se llamase Marcelino. Los nervios fueron a más, sobre todo cuando me di cuenta de que el pasillo en el que me encontraba, el que daba al claustro, se estaba quedando vacío después de que todo el mundo se metiera en sus aulas. Miré hacia todas partes, desesperado, y apareció un tío que aparentaba tener diecisiete años. Cuando pasó por mi lado me convencí de que debía de tener dieciséis. Iba bien peinado, tenía cara de buen chaval, con cuatro pelos en el bigote, y parecía muy sensato y estudioso. Vestía un polo de color amarillo y unos vaqueros cortos. Me resultó extraño que llevase también un jersey fino de algodón, con el calor que hacía. Lo veía tan niño que me imaginaba a su madre obligándolo a llevarse el jersey «por si se estropeaba el tiempo». Fuera como

fuese, le envié un SOS al más puro estilo Pol Rubio, con pose de tío duro, sin aparentar ninguna prisa:

—Eh, tío... ¿Sabes dónde es filo de primero?

—¡Sííí! ¡Yo también comienzo filo hoy! Es en esta clase —dijo señalando la puerta de un aula sin número. Y entonces añadió:

—¿Tú qué crees que es la M de M. Bolaño?

Me pareció gracioso que tuviera la misma duda que yo, pero no tuve tiempo de contestar, porque abrió la puerta y entramos los dos. Podía respirar ese ambiente de incertidumbre, de no saber qué íbamos a encontrarnos... La putada fue que la clase estaba petada. Debía de haber más de ciento cincuenta personas. Flipé mucho. «¿A tanta gente le gusta la filosofía?», me pregunté. No quedaba ni un sitio donde sentarse. Con un vistazo de tres segundos repasé todos los asientos, intentando con ansia encontrar un espacio, una «nada» donde descansar mi culo. De pronto, me encontré en medio de dos chicas con pinta de motivadas, que estaban sentadas en una fila de diez sillas. Sus mochilas ocupaban un par de asientos, y con una mirada tuve suficiente para que entendieran que quería hacerme con una de esas butacas numeradas para el gran estreno. Comencé a pedir paso para llegar a mi destino pero, cuando ya estaba a medio camino, el chico del jersey fino se coló por el otro lado de la fila y en tres simpáticos pasos se plantó allí antes que yo. El cabrón era tan delgado que la gente ni tenía que apartarse para dejarlo pasar. Juraría que fue la primera vez que me puse colorado. Sentía sobre mí los ojos de todo el mundo, y hasta me pareció oír algún murmullo comentando el ridículo que acababa de hacer.

Y en ese instante entró la profesora, algo que me salvó, porque los trescientos ojos de la clase dejaron de enfocarme. Me resigné a apoyar la espalda contra la ventana, saqué un folio de la carpeta,

cogí un bolígrafo y me preparé para apuntar algo que fuera interesante.

—Buenos días... —dijo, sin muchas ganas, consciente de que le quedaba un largo curso por delante—. Siempre hago la misma pregunta para inaugurar las clases, la verdad es que sin mucha esperanza. ¿Conocéis el teorema de Pitágoras?

A mí me sonaba el teorema, pero lo había olvidado, de manera que opté con prudencia por callarme mientras el resto de la clase coreaba un «¡Sí!» que me hizo sentir como si volviera a estar en la ESO. Entonces, el chaval del pantalón corto se atrevió a levantar la mano y a iniciar una conversación de alumno repelente, sin ni siquiera parar a coger aire.

—Hola... Bueno, pues nada, que en mi cole, de la parte matemática de Pitágoras solo explicaron que para los pitagóricos los números son el principio de todas las cosas, pero sobre todo nos centramos en la transmigración de las almas.

Brutal. Toda la clase se partió de risa. Confieso que yo tampoco podía aguantarme, sobre todo por ese tonillo de niño estudioso y aplicado. La profesora esperó a que todo el mundo se callara antes de responder:

—Ah, muy bien. Pues ya puedes transmigrar tu alma hacia filosofía porque esto es matemáticas.

Entre risas ensordecedoras, até cabos y noté un sudor frío en la frente que me confirmaba el peor de los pronósticos: por culpa de aquel alien con rebequita nos habíamos equivocado de facultad. Me miró con la boca abierta y le devolví la mirada mientras me preparaba para salir corriendo. En menos de tres segundos ya estaba fuera. Y allí, detrás de mí, tenía enganchado como una sanguijuela a aquella especie de «hermano pequeño», con su carita de «lo siento».

—Bueno, me he equivocado...

—Ya lo sé, *pringao*.

Y, de nuevo, a buscar desesperadamente la maldita aula 18, atravesando un largo pasillo que parecía un enorme tablero de ajedrez. Las baldosas eran blancas y negras, y yo, en ese instante, ansioso por no llegar tarde a mi primera clase de ética, me sentía como el caballo que salta ligero entre torres y peones, mientras un alfil con el jerseicito de mamá me pisaba los talones, a la vez que trataba de reivindicarse dignamente.

—No hace falta llamarme *pringao*. Me llamo Biel.

A punto de llegar al balcón del claustro nos cruzamos con una mujer de unos cincuenta años mal llevados, con pinta de profe veterana y un termo en la mano. Parecía que también llegaba tarde a algún sitio. Le pregunté por el aula 118 de filosofía y, tras repasarme con una mirada de cierto asco, se limitó a señalar hacia el fondo del pasillo, más allá de la biblioteca. «Hostia, qué mal rollo se respira en filo», pensé. Intenté olvidarme de la mala leche de aquella señora y me apresuré, contento, ahora que por fin tenía localizada en el mapa la 118. Biel y yo abrimos la puerta de la clase y vimos que, por fortuna, el profesor aún no había llegado. Lo que me flipó fue el aula en sí misma: conservaba cierto aire antiguo y decadente, con sus gradas de madera con el barniz desgastado y una tarima elevada que crujía como la cubierta de un barco antiguo. Aquella sala te transportaba a un pasado entrañable, con unos bancos que incorporaban brazos donde poner la libreta y tomar apuntes. Dos grandes ventanales con vidrieras dejaban entrar la luz del claustro. El único elemento moderno era una pantalla enrollada en lo alto de la pared, y un proyector que pensé que utilizaríamos muy poco, porque en filosofía una imagen no vale más que mil palabras.

Mientras me esforzaba junto con un grupito de alumnos por encontrar un lugar donde sentarnos, se hizo un silencio suave que me resultó reconfortante. Por primera vez, el ambiente se convirtió en mi aliado, porque encajaba más con la idea de clima filosófico que me había imaginado. Con el tiempo, he comprendido que el silencio es fundamental para pensar bien.

Recuerdo que para ser septiembre había un exceso de camisetas y pantalones oscuros. Hasta me pareció ver a un *flipao* envuelto en una bufanda. Con la tranquilidad que se respiraba en esa aula, pude encontrar un asiento. Eché un vistazo alrededor y me sentí reconfortado por haber llegado antes que el profe. Biel se quería sentar a mi lado. Lo miré de reojo, pensando que, otra vez, el destino me quería jugar una mala pasada... Y, efectivamente, cuando Biel estaba dando el último paso antes de sentarse, tropezó y cayó al suelo con su jersey y su carpeta. Se me escapó la risa. Un tío que estaba delante de mí, con aspecto de pijo, me miró con cara de mala leche.

—Bueno, no te rías tanto y ayúdalo, ¿no?

Nunca me ha gustado que me pongan en evidencia. ¿Y a quién le gusta? Mi mirada de odio hacia el pijo de cabello alborotado tenía tanta mala leche como la de un vegano a un churrasco. El tío tenía una de esas poses altivas, lo que me provocaba un rechazo automático. Parecía mayor que yo. «Debe de tener veinticinco años», pensé. Quizá aquel capullo tenía razón y debería haber ayudado a Biel, pero ahora no tenía ninguna intención de seguir su amarga sugerencia. El torpe de Biel ya era mayorcito para espabilarse solo. Se levantó avergonzado y me susurró algo que nunca olvidaré:

—Es que... soy sietemesino y a veces me caigo.

Entre una cosa y otra, el panorama de aquel primer día no era muy alentador. Sentado junto al chaval gafe, y detrás del marqués de Ralph Lauren que me daba lecciones de ciudadanía. Y, para acabar de estropear un día *horribilis*, entró la esperada M., que no era otra que la señora que me había indicado dónde estaba el aula 118. La señora M. debía de ser de cuidado, porque sabía que íbamos a la misma aula. Al verme con el prematuro con cara de ansiedad debió de pensar: «Vaya par de *pringaos*». Ya que íbamos a la misma aula, ¿por qué no había dicho un simple «Te acompaño, voy hacia allí, soy tu profesora?». O algo similar, algo que mostrase un poco de simpatía. Desde el momento en que M. cruzó la puerta, vi claro que no le apetecía nada intimar con sus alumnos. Distante, con gesto altivo, subió a la tarima poco a poco, haciendo crujir la vieja y sufrida madera y provocando un aire de respeto en la sala. Lo primero que dijo fue:

—¡Me encanta el sonido de la decadencia!

A continuación escribió su nombre en la pizarra. María Bolaño. Biel y yo cruzamos una mirada fugaz: por fin sabíamos qué quería decir la puñetera M. Con aire de dignidad, repasó las caras que la observaban y, tras un silencio dramático, dijo:

—Bienvenidos a la Facultad de Filosofía. Una enorme fábrica de parados.

La Bolaño se sentó, con fingido gesto de cansancio, en una silla que se inclinaba un poco hacia atrás, y siguió con la rajada del siglo, añadiendo nuevos adjetivos a los recién matriculados en filo:

—Melancólicos, desheredados, alcohólicos, porreros, intelectualoides y gente de mal vivir.

Aquel tono descreído e irónico, que transmitía experiencia, comenzaba a seducirme. Entonces, la Bolaño dio un golpecito en la

mesa, y pasó a recordar su temario de ética y las diversas escuelas de pensamiento:

—... y tiene que seguirse a rajatabla, y si no les parece bien, salgan ahora mismo y organicen la enésima huelga contra el Plan Bolonia, a ver si consiguen algo. Aunque ya les vaticino que la batalla de las humanidades está más perdida que la de Galípoli.

Se le escapó una sonrisa maliciosa y provocadora, que nos dejó claro que estábamos ante una profesional quemada y pesimista. Sin sacar ni un solo libro o apunte, nos explicó la primera lección, relacionada con la moral y la ética. Vi como los demás se apresuraban a copiar todo lo que decía, como si hubieran entendido de forma automática que aquello era una clase magistral. Para mí se había terminado lo de pedirle fotocopias a Joan Capdevila, o intercambiar apuntes por *pitis* con el Vilaseca. Estaba claro que, a partir de ahora, debería currármelo mucho y no pedir favores. Y no lo tendría fácil. Estaba acostumbrado a escuchar al profesor y a no utilizar el bolígrafo más que para morder la punta, y la Bolaño me cogió por sorpresa, desesperado por cazar sus palabras como el que intenta atrapar moscas con las manos atadas. Me vio tan preocupado que, por un momento, interrumpió su discurso sobre la moral y me habló con brusquedad:

—¿Se encuentra bien, joven? Lo veo estresado. ¿Hacemos un descansito? —preguntó con un tono ciertamente irónico.

Mi respuesta, instintiva y un poco gilipollas, fue pronunciar mi nombre:

—Pol Rubio.

Risas generalizadas, esa sensación de haber hecho el ridículo. Ahora era mi turno. ¡El sietemesino y yo parecíamos almas gemelas! La Bolaño tomó aire y, clavándome la mirada, volvió a hacer de las suyas:

—Mire usted... Esto es como el Valle de los Leprosos de la película *Ben-Hur*. Aquí no tenemos nombre.

Tras una pausa que utilizó para mirarme de arriba abajo, preguntó a toda la clase:

—¿Es ético discriminar a los feos para ganar dinero?

Alucinante. Parecía que se había inspirado en mí para hacer esa pregunta... ¿Pero por feo o por guapo? La Bolaño nos observaba con toda la calma del mundo, esperando que alguien abriera el debate. En ese momento sentí una mirada fija que se clavaba en mí. Era una chica de mi edad, sentada en la fila de atrás. Me observaba con curiosidad, con una sonrisa pletórica. Me señaló con el dedo y dijo con un musical acento argentino:

—Respondé vos, que sos tan guapo...

¡Increíble! Ya no sabía si la argentina me estaba tirando la caña o se estaba riendo de mí. ¿Era normal que me dijera aquello, sin conocerme de nada? La Bolaño —que seguro que no había oído lo que me dijo la argentina— le preguntó si se le ocurría alguna respuesta. La chica respondió con valentía lo que pensaba:

—Las empresas se sirven del físico de las personas para ganar dinero. Así venden más, está comprobado. Los guapos generan confianza en el consumidor.

—¿Y qué pasa si un día nos tienen que operar del corazón? ¿Nos importará si el doctor es feo? —replicó la Bolaño—. ¿Sería justo que un hospital seleccionara al personal en función de su belleza? Lo justo sería que a todos, feos y guapos, nos trataran de igual manera. Por ejemplo, a mí me deberían contratar de modelo para una marca de vaqueros. Me quedan estupendamente.

Se me escapó una risa exagerada. Si tan solo me hubiera reído discretamente, como los demás... pero no. Todo el mundo paró de reírse de repente cuando el periscopio de la Bolaño se detuvo a la

altura de mi asiento. Estaba claro: sin darme cuenta, me había convertido en un blanco perfecto. Fueron cinco interminables segundos, en los que me costó tragar saliva, hasta que la llegada del torpedo definitivo terminó de hundirme.

—¿Acaso le divierte que mi culo sueñe con anunciar tejanos?

—No, no, qué va...

—Todos soñamos... Usted, señor Rubio, quizá sueña con ser catedrático de esta universidad, pero puede que acabe vendiendo pantalones.

Fue un zasca descomunal. No sabía dónde meterme. Se ha de reconocer que la Bolaño estuvo especialmente elocuente y divertida. Así fue como, a partir de aquella mañana, «la Bolaño» y yo establecimos una relación extraña, pero estrecha. Y mi nombre, Rubio, o Pol, lo pronunciaría muchas veces en aquella aula, como recuerdo que acostumbraba a hacer Merlí cuando veía que podía sacar provecho de unos jóvenes que no solían hacer preguntas.

Mi primer día estaba yendo de pena. ¡A mí, que hasta entonces había sido el líder que no necesitaba saludar a nadie porque los demás se me acercaban con la mano extendida! Era el popular, el que se hacía el amo de las conversaciones más divertidas, el preferido de filo, que siempre intervenía en clase con reflexiones interesantes. Y ahora, después de la hecatombe en la clase de matemáticas, después del trauma con la Bolaño y con la argentina de ojos azules, me sentía tan poca cosa...

Al salir de clase encendí un *piti* y me lo fumé en tres caladas, para apagar unos nervios que volverían a encenderse enseguida en la siguiente clase: lógica. Esta vez no me equivoqué de aula. Tenía ante mis narices una referencia inapelable, una placa donde se leía «Aula 121». Frente a la puerta estaban conversando los tres mosqueteros que había conocido antes: Biel, la argentina y el tío

idiota que parecía el hijo de un embajador. Se había añadido al grupo una chica de unos veinte años, con pinta de maja y vestida de forma un poco alocada. Me acerqué al grupo con disimulo y me pareció que, de repente, todos se callaban. Estaba sugestionado, estaba claro. Daba igual. Tenía que continuar con el día y encarar con optimismo la clase de lógica. El profe de lógica, Xavier Vidal, también era el decano de la facultad. Según decían, tenía la costumbre de vomitar reflexiones indescifrables para darse importancia. Por desgracia, nada más entrar en el aula, se confirmaron los rumores:

—Una partícula es veritativo-funcional cuando la verdad o la falsedad del enunciado compuesto depende exclusivamente de la verdad o la falsedad de los enunciados simples que componen el argumento.

Y, observando con una sonrisa maliciosa nuestras caras de desconcierto, añadió:

—No me pongáis mala cara porque esto es lo más fácil que vamos a dar en lógica.

Entre el grupo de alumnos resonó un murmullo trágico como el de un coro griego. A Vidal le gustaba escucharlo, porque le encantaba demostrar, con cierto aire de *looser*, que sabía más que nadie. Hasta diría que lo ponía cachondo. En ese momento eran las 12.35. Y a las 13.30 aún no se había callado. Seguía llenando nuestras cabezas con «argumentos lógicamente correctos, premisas falsas, valores de verdad y conjuntos vacíos». ¿Dónde coño me había metido?

La chica que había estado hablando con Biel y los demás fuera de clase pidió permiso para interrumpir al monstruo que se estaba comiendo nuestras neuronas:

—Una pregunta... ¿El examen será difícil?

¡Por fin alguien hacía un comentario con sentido! La incomodidad general se convirtió en una aprobación unánime. Esperábamos algo como: «No os preocupéis, la lógica es complicada al principio pero los exámenes serán fáciles porque tengo en cuenta que os cuesta, y os dejaré que llevéis los apuntes». ¡Y una mierda! Se recostó sobre la mesa y respondió a su alumna con firmeza:

—¿Tú de qué guardaría sales, guapa?

Pero ella insistió.

—Bueno, es que la cosa parece complicada, tanto argumento correcto y tanta historia. Solo preguntaba...

Vidal la miró mordiéndose la lengua y, sin contestarle, se puso a escribir en la pizarra fórmulas que parecían matemáticas, pero con letras, del tipo: «“p” y no “q”, si y solo si “r” y no “s”». Y justo después, esto: «Todos los hombres son mortales. / Sócrates es mortal. / Sócrates es un hombre».

—Dos premisas verdaderas y una conclusión verdadera. ¿Argumento correcto o incorrecto? —preguntó con media sonrisa.

—Correcto —respondimos todos con voz tímida y débil.

Pues no. Vidal, con su tono seco, agrio y marcial, dijo que de correcto nada. Se trataba de un argumento incorrecto. ¿Incorrecto? ¿En qué se basaba? ¡Si todos los hombres son mortales, y Sócrates es mortal, entonces Sócrates es un hombre! ¡Para mí estaba clarísimo! Desanimado y con el estómago revuelto ante el panorama de una asignatura que era cualquier cosa menos lógica, crucé una mirada con la chica valiente. Ella me contestó con una sonrisa de resignación y complicidad. Ninguno de los dos nos sentíamos preparados para enfrentarnos a los argumentos de la lógica proposicional. Pero de los dos, el que estaba peor era yo. Mi careto de dolor mental la preocupaba. Mi estómago quería expulsar el bocata que me había comido por la mañana. ¿No decían que en la

universidad no había que pedir permiso para salir de clase? Pues eso es lo que hice. Me levanté, aguantando las ganas de vomitar encima de mis compañeros, que se dieron cuenta de que no me encontraba bien y se apartaron para que no les cayera la pota encima.

Por suerte, encontré unos lavabos cerca. Entré dando un portazo, y en el primer váter lo saqué todo: el bocata, los nervios, el malestar... Tuve la sensación de haber vomitado al mismísimo Sócrates. Allí, escupiendo, sentado en un lavabo que nadie había limpiado en días, me vino a la cabeza mi propia imagen en la clase de los peripatéticos, cuando me levantaba gritando aquello de «¡Vamos, toroooo!» que tanto gustaba a mis colegas. Pero aquella mañana no levantaba cabeza. No había forma. El toro se había convertido en un perro abandonado, sucio, solitario y patético. Después de enjuagarme la boca mil veces y de lavarme la cara y las manos, me miré en el espejo. En aquel momento entró en el lavabo de tíos la chica que había hecho la gran pregunta.

—¿Te encuentras mejor? ¿Te apuntas con nosotros al bar? Me llamo Oti.

Haciendo todo lo posible por disimular mi derrota, le contesté como si me importase muy poco hacer amigos.

—Pse..., estoy bien. Vamos al bar, si quieres.

Y nos fuimos hacia el bar de la facultad. Por el camino me iba encontrando mejor, porque Oti me distraía con su rollo autobiográfico: que si vivía en Sant Esteve de Palautordera, que si había conocido por primera vez Barcelona y estaba encantada con el sonido de las ambulancias y de la policía... Se sentía como si se encontrase en el Bronx, y eso le daba alegría a su vida. Seguramente —pensé—, en su pueblo nunca pasaba nada, o quizá sí: una vaca, de vez en cuando... Lo cierto es que yo estaba

encantado de escucharla porque me hacía olvidar la angustia de aquella mañana infernal. Ir conociendo su vida me resultaba útil, incluso me divertía. Por primera vez en todo el día, comenzaba a cumplir una expectativa que me satisfacía: conocer a alguien con quien tomar un café, sentarme en un bar y observar a la gente. Pero la satisfacción se fue a la mierda. Oti se sentó justo a la mesa en la que estaban Biel, el pijo repugnante y la argentina elocuente. Y los tres, coordinados como un equipo de natación sincronizada chino, se interesaron por mi estado con un simultáneo: «¿Has vomitado?».

No era cuestión de pasar a la historia como «el tío que vomitó en lógica». Pero la excusa que di, una llamada urgente, provocó un alzamiento de cejas del tío de pelo largo, que se llamaba Rai, Rai Casamiquela. El niño de casa bien, que por primera vez me dedicó una sonrisa bonita que me hizo pensar que no era tan impertinente. La argentina nos explicó que había llegado de su país hacía dos años, y que por fin se había decidido a estudiar. Estaba harta de su empleo de camarera en un bar, y muy pendiente de una beca para trabajar por las tardes en la biblioteca de la universidad. Aquel había sido para ella el año de las grandes decisiones. Mientras tanto, Biel escribía nuestros nombres en su agenda: Pol, Oti, Minerva, Rai, Biel. Lo miramos con curiosidad y, tras un breve silencio, nos dijo que había pensado que podríamos formar un grupo de estudio. Los cuatro nos cruzamos miradas y estuvimos de acuerdo. Yo recibí la propuesta con cierta distancia y escepticismo, pero estaba claro que si quería encajar en aquel grupo extraño, tendría que relajarme y confiar desde el principio. Los cinco acabábamos de aterrizar en un planeta nuevo y todavía por explorar. Por lo tanto, si pretendía sobrevivir un día más en la facultad, no podía ir de solitario.

Rai se levantó de golpe, como si tuviera prisa, dijo adiós y se marchó. Me pareció un poco raro, y estoy seguro de que mis

compañeros pensaron lo mismo. Pero ¿qué más daba? Lo importante era que, por la inercia natural, al día siguiente nos juntaríamos los cinco para sentarnos en clase, o para hacer pellas, o para lo que fuera necesario... Yo también pensé que era el momento de volver a casa. El problema es que me di cuenta entonces de que la cartera que había sobre la mesa se parecía mucho a la mía, pero no lo era. ¡Era la de Rai! Se había equivocado de cartera. Me cagué en todo. Tenía dos opciones: esperar al día siguiente —cosa que me recomendaron mis compañeros— o mirar su dirección en el DNI e ir a recuperarla rápidamente.

Me costó más de media hora llegar a la Avenida Pearson. Por primera vez, pisaba el barrio más rico de la ciudad. Apoyado en la reja de la mansión de Rai, vi en la calle a chicas vestidas de uniforme que cuidaban de niños pequeños. También me fijé en los coches de alta gama, conducidos por chóferes. Todo parecía más limpio y cuidado que en otros barrios de Barcelona. Cuando llamé al timbre de la casa de Rai sonó música clásica. Después de esperar un buen rato, un hombre vestido con mono de jardinero abrió la puerta y, con un inconfundible acento mexicano, me preguntó:

—¿Amazon? ¡Apúrese! ¡El vino que les encargamos llega con *días* años de demora!

—No. Amazon no. Soy Pol, de la universidad. ¿Puede avisar a Rai?

Después de mirarme con una desconfianza que me resultó cómica, me invitó a pasar. ¡Hostia, menudo casoplón tenía Rai! Alfombras en el suelo, paredes decoradas con cuadros antiguos y —lo que más me flipó— una escalinata majestuosa que subía hasta los pisos superiores. Desde el recibidor se accedía a dos grandes salones al estilo de *Las mil y una noches*. Adornos dorados, mármoles..., todo un poco excesivo, pero en aquel momento era

como entrar en el palacio de Versalles. Rai se presentó en bañador, mojado. Parecía que no le importaba ir dejando un rastro de agua, seguramente porque ya lo fregarían el jardinero o la asistenta.

—¿Qué haces aquí?

—Tienes mi cartera.

—¿Yo?

—Joder, compruébalo, si yo tengo la tuya, tú debes de tener la mía. Te habrás confundido.

—Ven, acompáñame.

Lo seguí escaleras arriba. Me sentía extraño, pero a la vez me encantaba pisar aquellas moquetas, apoyarme en la barandilla dorada y estar rodeado de tapices carísimos. Su habitación era más grande que el comedor, la cocina y el recibidor de mi casa juntos. Era la primera vez que veía una cama que no tenía el cabezal contra la pared, sino que estaba en mitad de la habitación, a cuatro vientos. El cabrón tenía una nevera *vintage* de Coca-Cola como mesita de noche. Una gran ventana iluminaba generosamente la sala y pensé en que yo me había pasado la vida durmiendo en una madriguera. ¿Aquello qué era, la habitación de un tío joven o un hangar del Área 51? Sobre un sofá chéster, en el que se apilaban una decena de camisas perfectamente planchadas, encontré tirada mi cartera. Nos miramos, y realizamos el intercambio tan rápido que me recordó la época en que hacía de camello. Pim pam, una bolsita de maría, un billete, y no hacía falta ni decir adiós. Pero eso eran otros tiempos. En ese momento, estaba en la mansión de un compañero de clase millonario que... ¿también estudiaba filosofía? Algo no cuadraba. ¿Qué hacía un niño de papá de clase alta como ese en la universidad pública, cuando podía permitirse el lujo de estudiar en Harvard? Era una idea desconcertante, como también lo fue la propuesta que me hizo:

—Vamos a darnos un bañito en la piscina.

Como en vez de preguntármelo lo dio por hecho, no me salió de los huevos aceptar su orden y me negué con un movimiento de cabeza, acompañado de una radiante sonrisa de desafío. El hecho de ponerme el traje de baño de un extraño, me quedase grande o pequeño, no me seducía.

—Venga, tío, ¡que tengo un montón por estrenar! Puedes coger el que quieras, te lo pruebas y te lo quedas.

—Que paso de bañarme. He venido a por la cartera y punto.

Rai no tuvo más remedio que aceptar mi rotunda negativa con cierta decepción, pero se mostró educado y paciente. A lo mejor entendió que aquello era demasiado para mí, y no quiso forzar una situación incómoda. Bajamos la escalera rápidamente camino de la salida, pero Rai giró a la derecha por el gran recibidor y me hizo salir a un frondoso jardín que dejaba entrever una piscina rodeada de madera, con el fondo azul marino, y que debía de estar a la temperatura ideal. «O sea —pensé— que este tío vuelve cada día de la uni y se lanza de cabeza a esta piscina mientras el resto de los mortales aguantamos los últimos calores del veranillo de san Miguel...»

Allí, medio escondido entre las buganvillas, cortaba el césped Henry, que era como se llamaba el mexicano. Aquel fue un día de primeras veces, pero desde luego no entraba en mis planes que fuera la primera vez que sentía el olor del césped recién cortado. Si cierro los ojos, puedo olerlo otra vez. Y si me concentro todavía más, puedo recuperar el momentazo de Rai quitándose el bañador y enseñando el culo, antes de tirarse al agua, como diciendo: «¿De verdad no te quieres bañar? Pues tú te lo pierdes». Ufff... El cuerpo de Rai no era como el de Bruno. Rai era un tío delgado, uno que no tenía ninguna necesidad de cuidar sus músculos. Al ver su culo,

deseé tener en mis manos una máquina del tiempo para poder rectificar la conversación de la habitación: «Vamos a darnos un bañito en la piscina», «Venga, sí, vamos».

Qué va. Ni piscina, ni bañito ni nada. Henry me acompañó a la salida mientras Rai buceaba. Y de repente, ya estaba en la calle. La sucia y vulgar calle. Pensaba que había perdido una buena oportunidad con aquel millonario provocador que cada vez me molaba más y que ya incluso consideraba guapo. Bajando por la avenida, de vuelta al mundo real, hice balance de mi inicio en la universidad. A lo mejor el día no había sido tan desastroso, después de todo. Lo había pasado mal, pero todo está bien si acaba bien. Había conocido un pequeño grupo de gente que, mirándolo bien, se habían interesado por mí. ¿Había sido injusto con Biel? ¿Me habían afectado demasiado los comentarios de Rai y Minerva? Era normal que, con los nervios a flor de piel, estuviera un poco susceptible. Me encontraba en otra dimensión. Un lugar donde nadie tenía prejuicios hacia mí. Donde yo tampoco me veía obligado a prejuzgar a mis compañeros. Donde podía, sencillamente, relajarme y concentrarme en lo que quería de verdad: aprender. «*Sapere Aude*», había dicho la Bolaño citando la frase del filósofo Horacio. Atrévete a saber. Si lo había dicho Kant a finales del siglo XVIII era por algo: «Sé valiente y sítete de tu propia razón. No seas perezoso, no esperes que otros razonen por ti. Aplica tu sentido de la responsabilidad y ejerce el pensamiento crítico». Eso era la Ilustración según Kant, y ese mensaje no era sino el legado de Merlí. El mismo que nos decía cuando gritaba aquello de: «¡Quiero que reflexionéis, que dudéis, quiero que lo cuestionéis todo, cojones!». Nos estaba diciendo «*Sapere Aude*» con sus palabras y su tono particular.

Ocupado en estas reflexiones, me crucé con un gato negro que me miraba fijamente. Me arrodillé y comencé a hacer eso que

siempre he criticado en otras personas, hablar con los animales.

—¿Y tú qué? ¿Te has perdido? —le dije mientras lo acariciaba—. ¿Tienes nombre o, como dice la Bolaño, formas parte del Valle de los Leprosos?

Tenía muy claro que no me lo llevaría a casa —solo le faltaba a Alfonso descubrir que tenía alergia a los gatos— pero me vinieron a la mente nombres de filósofos para bautizar al animal: Kant, Hume, Thoreau... Sócrates. Y entonces, con ese nombre, recordé la discusión de lógica que me había revuelto el estómago: «Todos los hombres son mortales. / Sócrates es mortal. / Sócrates es un hombre».

Ahora lo veía claro: era un argumento incorrecto. Porque Sócrates podía ser un gato.

Bolaño, Rai, Calduch

Llevaba unos días frenéticos en la uni, donde todo era nuevo para mí. No había alternativa: había que adaptarse y rápido. Sin embargo, y a pesar de todo, aún me quedaba tiempo para centrar mi atención de manera especial en dos personas: la Bolaño y Rai. La primera, no hay ni que decirlo, era académicamente brillante: cuando no empezaba la clase con un chiste políticamente incorrecto, nos ponía un fragmento de alguna peli para ilustrar la insoportable infelicidad humana. Y después, como si nada, desplegaba sus explicaciones sobre la *Ética* de Aristóteles o sobre el estoicismo. Todo lo que decía aquella mujer me parecía interesante, y eso que apenas me daba tiempo a escribir la mitad de lo que explicaba. ¡Si me hubieran visto mis profes del insti hubiesen flipado! ¡Por fin estaba dominando el arte de tomar apuntes! La Bolaño tenía la energía de un Bergeron, pero también me fijé en que le daba como un tembleque en la mano. La edad, pensé... Es lo que solemos suponer los jóvenes cuando vemos a un adulto con temblores o con la mirada perdida, o cuando camina despacio: «Será la edad».

La otra persona que atraía constantemente mi mirada era Rai Casamiquela, el niño bien que me había sugerido que nos bañáramos juntos en su piscina olímpica, a lo que yo me había negado en un descomunal ataque de lucidez. El destino era generoso conmigo, porque resulta que coincidía en clase con estos dos pájaros. Desde la tarima, la Bolaño, disertando sobre el amor;

en la fila de delante, Rai, concentrado en la clase magistral, y ahí detrás estaba yo, disfrutando de las vistas, hasta que la Bolaño se dirigió a la clase con una pregunta directa:

—¿Alguno de ustedes se ha enamorado ya de mí?

Y se generó un estado de cachondeo general. ¿Cómo se atrevía a soltar aquello? ¡Tenía que ser otra broma, si no, no se entendía nada! A María Bolaño no la detenía ni el Séptimo de Caballería. Y todos allí, en silencio, esperando a que continuara...

—A ver... ¿Hay alguien que no pueda sostener el latido de su corazón al ver cómo deambulo por el claustro? ¿Nadie? Pues ahora imaginen que me tocan quince millones de euros en la lotería. ¿Quién de ustedes se tragaría su ética para jurarme amor eterno solo por dinero?

Ahora sí que lo entendía todo. Rai me miró con cara de no necesitar ni el dinero ni el amor de la profesora. Yo, en cambio, por dinero... ¡vete tú a saber! No digo que me creyese capaz de enamorarme por razones puramente económicas, pero, como mínimo, no lo descartaba. En la vida... nunca se sabe. La Bolaño nos hacía reflexionar sobre el verdadero motor que mueve el amor y sobre la ética que lo impregnaba todo. ¿Existe el amor interesado? ¿Y sería ético si el interés fuera recíproco? ¿Es posible la complementación ideal en una pareja? ¿Hay almas gemelas que están destinadas a entenderse? La Bolaño puso en duda que las parejas reflexionaran sobre estas cuestiones antes de llegar al altar, y remató su discurso con la pregunta del año:

—¿Quién es más peligroso: Donald Trump o Walt Disney?

Ella lo tenía muy claro: Disney había metido en las cabecitas de varias generaciones de niñas que existen cosas como el amor ideal y los príncipes, y por culpa de eso, cuando crecían, se daban unas hostias de campeonato y la lista de frustraciones amorosas crecía

hasta el infinito. Por lo tanto, según la Bolaño, era crucial que los amantes tuvieran lo que definía como «esa extraordinaria mezcla entre lo bueno y lo malo».

Tras cuestionar la moral de Disney, la Bolaño dio por terminada la clase. Antes de salir, sin embargo, nos devolvió los trabajos corregidos sobre el concepto de belleza, que nos había pedido unos días antes. Cuando dijo mi nombre en voz alta me di cuenta de que me recordaba, porque no me buscó con la mirada entre el resto de los alumnos, sino que se dirigió a mí directamente. Sabía dónde me sentaba: en la tercera fila, junto al pasillo central. No es que quisiera destacar, pero la idea de que se acordase de Pol Rubio de entre todos los alumnos me hacía feliz. Lo malo fue que esa alegría duró poco, en cuanto vi que mi trabajo no tenía nota. No entendía nada. La Bolaño le había puesto un cinco a Oti, un siete a Minerva... Rai tenía un seis. ¿Y yo nada? ¡Ni siquiera un cero! Una vez más, en la cantina de la facultad, junto con mis compañeros, tragué saliva y disimulé mi frustración.

—Se habrá olvidado, no pasa nada, luego se lo comento —dije intentando mostrarme seguro de mí mismo, aunque por dentro estaba acojonado.

Me tomé la cerveza en dos tragos, mientras escuchaba la conversación sobre la clase de Historia de la cultura que teníamos después. La angustia no me dejaba respirar. ¿Por qué habría hecho aquello la Bolaño? ¿Me tenía manía? En la primera clase, cuando dijo que su culo era digno de un anuncio de tejanos, se me había escapado la risa, y se lo tomó fatal. ¿Era por culpa de eso? ¿Ahora me la devolvía? Rai me miraba con una sonrisa maliciosa que no acababa de pillar. Me imaginaba que se estaba riendo de mí por no tener nota, fiel a su estilo provocador, pero no. Se quitó las gafas de sol y se acercó para decirme, en tono confidencial:

—Hoy comes en mi casa.

No era una pregunta, era una afirmación. Lo dijo con aquella seguridad de cuando sabes que la respuesta es un «sí». Aquello era demasiado para una sola mañana: pasaba del mal rato con la Bolaño al misterioso interés de Rai para que comiera con él en su palacete. Me dejó elegir el menú. Yo debía de estar demasiado preocupado por la nota invisible de la Bolaño porque en aquel momento no se me ocurrió nada mejor que un pollo asado con patatas al horno. No sé..., a lo mejor es que no estaba de humor para inventarme un menú cinco estrellas. Tenía que actuar rápido y hacer dos cosas: aceptar la invitación de Rai y solucionar el problema del trabajo no corregido de la Bolaño. Me las apañé para irme del bar y buscar a la catedrática de Ética. No podía dejar que aquello me amargase todo el día, algo que ya estaba pasando, y la amargura iba aumentando de intensidad.

Después de buscar por los despachos y el claustro, la localicé en la biblioteca, consultando un libro junto a una estantería. Escondido entre dos volúmenes de Filosofía Moderna, conté hasta tres y, carraspeando un poco antes de acercarme, le dije en tono tímido:

—Hola, señora Bolaño... Soy Pol, un alumno de primero... Quisiera preguntarle por qué no tengo nota en mi trabajo.

Levantó los ojos y me lanzó una mirada críptica, mientras dejaba el libro en el sitio que le correspondía. En aquel momento, el temblor en su mano se hizo mucho más notorio, y estoy seguro de que se dio cuenta de que yo me fijaba. Lo mejor que podía hacer para no incomodarla era aparentar que no me daba cuenta, y me puse a leer los lomos de los libros de Baruch Spinoza que destacaban en la estantería. Cuando iba por ética demostrada según el orden geométrico, la Bolaño me sacó de mi forzado ensimismamiento y me contestó con una contrapregunta.

—¿Dónde aprendió a presentar trabajos, en una selva del Congo?

Me quedé sin palabras. Mi cerebro procesaba lentamente lo que había dicho mi profesora preferida. Y ella seguía, imparable.

—Comete faltas de ortografía. Eso significa que no lee. Estoy segura de que el presidente de la Asociación del Rifle de Arkansas lee más que usted. Hágame caso: lea mucho más, y entonces yo le corregiré el trabajo.

Y se marchó. Me había dado tal hostia moral que me quedé con la boca abierta. Con suavidad y elocuencia, me dejaba malherido y sin autoestima. Me pareció distinguir una leve sonrisa en su cara mientras se iba, mezclada con cierto olor a alcohol. Estaba claro que se acababa de tomar una cerveza en el bar, y pensé que era justo lo que yo también necesitaba. Salí como pude de la biblioteca, convencido de que ni por cien millones de euros me enamoraría de una mujer así. Me entraba un pánico mareante con solo imaginar que le hubiera preguntado «¿Por qué no tengo nota?» delante de toda la clase. Por suerte, me había ahorrado una humillación pública e histórica. Mientras cruzaba el claustro, me consolaba pensando en el pollo asado que me iba a comer delante de un tío del que sí que podría enamorarme, y no precisamente por dinero. Yo, que quería no tener que esconderme, y resulta que ahora me sentía peor que antes de hablar con la Bolaño. Pero me obligaba a mí mismo a no pensar, ¡a concentrarme en el pollo! Sí, eso era lo que necesitaba. Pasar página... aunque fuese en sentido figurado, y no la de un libro. ¡Qué coño! ¡El pollo y punto!

Cuando Henry trajo el plato a la mesa me di cuenta de que no era solo el jardinero de la familia Casamiquela, sino que también cocinaba, planchaba, reparaba todo lo que se estropease y, además, hacía de chófer. Rai y yo nos sentamos en una mesa larga,

rodeada de una decoración excesiva y de mal gusto que incluía jarrones chinos y un perro dálmata de porcelana. Henry, con delicadeza, sin ensuciar sus guantes blancos, fileteaba el pollo con precisión quirúrgica y me explicaba la triste vida del gallináceo:

—Es pollo campero. Pertenece a la estirpe de cuello pelado. Tiene menos plumaje, y así se aclimata a las altas temperaturas.

—Ya... de ahí su fortaleza —añadió Rai muy serio—, aunque a la cocción no ha sobrevivido.

Me gustaba su oscuro sentido del humor. Henry le guiñó un ojo y me sirvió a mí primero. Tengo que decir que ese pollo campero fue el mejor pollo asado con patatas que he comido en toda mi vida. Y todavía más cuando recuerdo cómo me excitaba tener a Rai al otro extremo de la mesa, saboreando uno de los muslos del animal... mientras me imaginaba haciéndole a él lo mismo. Porque no hace falta decir que, aunque el primer día Rai me pareció antipático, ahora que lo conocía mejor y le había visto el culo antes de saltar a la piscina, lo encontraba muy atractivo. Desprendía un morbo que no sabía muy bien si procedía de la pasta que tenía en el bolsillo o de su estilo continuamente provocador. No nos engañemos, la riqueza me atraía. Nunca había estado rodeado de tanto lujo, dorados, escalinatas... Tener todo aquello al nacer era una lotería natural que a mí no me había tocado. Aparte de eso, el provocador de Rai a veces me recordaba a Bruno Bergeron. Bueno... pues por mucha casualidad que parezca, ese mismo mediodía también había un pollo asado en la mesa de Bruno. Lo había comprado en la misma tienda donde su abuela era cliente de toda la vida, un pequeño comercio a seis paradas de metro de su casa. Había hecho el esfuerzo de ir precisamente a esa pollería y no a otra para contentar a la Calduch, pero alegrarle el día a su abuela era una tarea muy complicada. Seguía deprimida, y Bruno no quería dejarla

sola de ninguna de las maneras, aunque siempre que podía se escapaba para ir a sus clases de la Facultad de Historia. Su madre le había planteado la opción de alquilar una habitación en un piso de estudiantes, pero Bruno no quiso porque nunca se hubiera perdonado abandonar a su abuela cuando más lo necesitaba. Él se encargaba de controlarle las pastillas, de despertarla cada mañana con una infusión y el desayuno, de hacer la compra y gestionar las llamadas que recibía. Aquella atmósfera de pies arrastrados y lamentos constantes se volvía a menudo irrespirable, y por eso se le había ocurrido preparar el pollo preferido de Carmina. Lástima que fuera el pollo más ignorado de la historia, porque cuando lo sacó de la bolsa, la Calduch ni lo miró. Estaba muy ocupada enganchando pósitos a algunos muebles y objetos. Bruno la miró con resignación mientras colocaba en la mesa las bolsas de la compra e intentaba no dejarse llevar por el pánico ante aquella estampa surrealista. La última performance de «la excéntrica Calduch» no se hizo esperar:

—Chaval, ni se te ocurra cogerle cariño a algún mueble, cuadro o escultura. ¡Es un atrezo triste y maldito! ¡Si no fuera porque me denunciarían, lo tiraría todo por el balcón! Pero como no puedo, lo marco con papeles y me lo vendo. Y mira qué te digo: si no se venden, ¡a la calle y que se los lleve el primero que pase!

Bruno la miraba perplejo. Había pósitos sobre el piano, en la mesa, en la butaca de piel, en el sofá chéster, en el espejo... ¡Hasta sobre el globo terráqueo que había comprado años atrás a un anticuario y que había pertenecido a la *armée française*!

—Y cuando hayamos vendido todo lo que me recuerda a Merlí, alquilaremos un piso amueblado. No quiero nada. ¡Nada! ¡Ah! ¡Y el vestuario de teatro que guardo lo quemaré delante del Teatro Romea! —exclamó mientras le daba una calada al cigarrillo y enganchaba un nuevo pósito en la lámpara de pie.

—Muy bien, yaya. Perfecto. Pero ¿para enganchar papelitos a los muebles tenías que estrenar ese batín de seda? —replicó Bruno, harto ya del drama que estaba montando su abuela.

—Chaval, tú piensas que estoy de broma. ¿Es eso, verdad? ¡Pues doy fe de que nunca he hablado más en serio!

La Calduch hablaba con un tono teatral mientras caminaba arriba y abajo, nerviosa, y su largo batín de seda revoloteaba por toda la sala, como si fuera la capa de un superhéroe. Iba repitiendo lo mismo todo el rato: ¿cómo iba ella a disfrutar de aquellos objetos cuando su hijo ya no podía usarlos? Hacía meses que no se sentaba en el sillón de Merlí, porque estaba reservado para él. Bruno estalló. Le exigió, a gritos, que dejara de lamentarse, y le dijo que ya no aguantaba más aquel ambiente tenebroso que ella estaba creando desde la muerte de su padre.

—¡Ya basta, yaya! ¡Se acabó! ¡Te he cuidado, te he soportado, pero esta mierda de los pósits es solo una puta obra de teatro de las tuyas!

La Calduch se quedó callada un buen rato, sentada en la única silla que se había salvado de la venta indiscriminada. Se le apagó el cigarrillo sin darse cuenta. Bruno esperaba una reacción. Ella lo miró con ojos tristes.

—Bruno... ¿es que no lo entiendes? Me alegro de no haber muerto yo. Y eso me hace sentir fatal. ¿Cómo puedo estar tranquila sabiendo que él ya no está y que yo me siento bien por estar viva?

Bruno se calmó. Entendía que su abuela se sintiese culpable por estar viva, por haber sobrevivido a su propio hijo. Ella lo miró con aire de interrogación.

—¿Qué?

—Nada, yaya, es que... tienes ese tono teatral, que a papá le hacía tanta gracia.

Al escucharle, la Calduch apartó la mirada con un movimiento de cuello que recordaba al de una diva. Al hacerlo, fijó sus ojos en una estantería. Justo en la parte de abajo, vio un paquete.

—Dime, niño..., ¿qué diablos es eso?

Sin muchas ganas, Bruno se acercó al mueble y después de leer lo que estaba escrito en el paquete, se quedó alucinado. Reconoció enseguida la letra de Merlí. Y el nombre que formaban aquellas letras, también: Pol Rubio. Abuela y nieto se miraron en silencio, interpretando que aquello no podía ser sino un regalo para Pol Rubio desde la otra vida. La Calduch cogió aire, y gritó bien fuerte: «¡La madre que parió a Merlí Bergeron!».

Raimon Panikkar

La tía de Rai, Ester Casamiquela, era muy atractiva. Aparentaba unos cuarenta años, aunque ya había cruzado la línea de los cincuenta. Cuando Rai me la presentó, ya habíamos acabado el pollo y tomábamos café. La mujer se quejaba, gesticulando con prisas, pero mantenía esa elegancia de los que no conocen esa angustia cotidiana que da miedo. Su dilema era que acababa de perder al inquilino de su *loft* de Sant Gervasi. Ester nos explicaba, mientras se comía con delicadeza una aceituna rellena, que encontrar al inquilino ideal era una misión imposible. Le daba pánico pensar que los malditos okupas se instalasen en su ático con vistas si no encontraba rápidamente un cliente a su medida. Se quejaba de la situación con un tono dramático, como si le hubieran diagnosticado un cáncer: «Esto de tener propiedades es una pesadilla».

Y así es como me adentré en las trascendentes tribulaciones de la clase alta barcelonesa. La tía Ester se marchó porque llegaba tarde al partido de tenis del Club de Polo, guiñando un ojo a su sobrino y con un «Chau, guapos». Cuando ya se había ido, mientras Rai se encargaba del postre, me dijo:

—De vez en cuando, la tía Ester y yo follamos.

¡La madre que lo parió! Por la forma en que lo había dicho, no había duda de que era verdad. Comencé a atar cabos: las miradas entre los dos, los guiños, ese tono seductor y juguetón... He de confesar que en aquel preciso instante maldije el puto pollo

campero. Si Rai y su tía tenían un «secreto» de ese tipo, seguro que él no sentía por mí ninguna atracción. O a lo mejor sí... ¿Debía tirar la toalla y renunciar a todas mis expectativas con Rai? ¿Y si él, como hacía yo, estaba abierto a nuevas experiencias? Quería pensar que Rai no tenía manías. Además, yo entendía la atracción que sentía por su tía, porque la verdad es que estaba muy buena.

Cuando acabamos de comer, fue el momento de la excursión por la mansión Casamiquela. Rai me acompañó al salón principal, donde me presentó el retrato al óleo de su difunto padre. Había muerto seis meses atrás y su familia aún se estaba haciendo a la idea. Según me explicó Rai, su madre llevaba tiempo sin acudir a la casa de subastas que dirigía, y su hermana se había trasladado a vivir a Madrid para dirigir el negocio de venta de obras de arte que habían abierto recientemente.

—La que lleva mejor la muerte de tu padre es tu tía, ¿me equivoco?

Rai, el muy pillo, sonrió, y me confesó que en realidad no, que el que lo estaba llevando mejor era él mismo, y que incluso estaba celebrando la desaparición de su padre. Nunca se había sentido querido por él, era un hombre que solo se ocupaba de sus negocios y de sus amantes. Usó esta palabra: amantes.

—¿Quieres que te presente a los amantes de mi padre? —me preguntó, con un tono que recordaba al de un niño pequeño cuando le quiere enseñar un juguete nuevo a un amigo.

Le seguí confiado a través del jardín, mientras me preguntaba qué nueva sorpresa me tendría preparada. Mi cara de *flipao* debía de ser todo un espectáculo cuando Rai abrió la puerta de su garaje y aparecieron allí, en la penumbra, un Morgan rojo que debía de ser de los años sesenta, un Rolls Royce plateado y una Vespa *vintage* de color vainilla y granate. Solo había visto algo así en las pelis.

Coches de lujo, brillantes y encerados. Y yo, que acababa de sacarme el carné de conducir y que no tenía pasta... ¡Con lo que a mí me gustaban las motos y los coches! Aquello era como entrar en una tienda de caramelos y no poder llevarte a la boca ni un miserable osito de goma. Entendí tan bien que aquellos fueran los amantes de su padre que me acerqué muy poco a poco al Morgan rojo, acaricié el volante y le di un beso con mucha ternura. Cuando estaba a punto de decirle «te quiero», llegó un wasap de Bruno:

—Tengo algo para ti. Vas a flipar, Pol Rubio.

Yo todavía no sabía nada sobre el paquete misterioso que había encontrado la Calduch en un rincón del comedor. De repente, me encontraba con el culo sobre el asiento de la maravillosa Vespa preguntándome qué debía de tener Bruno para mí. ¿Y si se lo estaba inventando? ¿Y si volvía a hacer de las suyas y solo quería llamar la atención? Me despedí de los «amantes» del padre de Rai. Me convenía volver a poner los pies en el suelo. Tantos mayordomos, coches de lujo, jarrones de la dinastía Ming y sobrinos que se liaban con sus tías era un empacho de alta sociedad que no me iba a sentar bien. Me despedí de Rai después de darle las gracias por la comida y de decirle que algún día le devolvería la invitación.

Tenía que volver a casa, pero el mensaje de Bruno me había dejado desconcertado. Así que, mientras me adentraba en la auténtica ciudad, intentaba imaginar... ¿Algún recuerdo del insti? ¿Unos pantalones que ya no le iban bien y me los quería regalar? ¿Una foto de nosotros enmarcada? ¿O quizá me había hablado con metáforas y ese algo que tenía para mí era un mensaje personal? ¿Era posible que quisiera que fuéramos más amigos que nunca, quitarme los pantalones a mordiscos y comerme la boca? Yo salía bastante calentito de casa de Rai, y la sola idea de morrear me unos

labios carnosos me ponía cachondo. No quise tomar el metro, para alargar la expectativa, y atravesé a pie toda Barcelona bajando por la calle Balmes, y después por Rambla Cataluña y Paseo de Gracia, que desde ya hacía tiempo se había convertido en lo que es hoy: una especie de Beverly Hills donde solo encuentras tiendas de ropa caras llenas de guiris millonarios. Para escapar de aquel ambiente, que notaba tan frío, me escabullí por las calles de Ciutat Vella, y fui a parar al Born, que era el barrio de los Bergeron. Aquel ambiente ya me gustaba más, aunque de todas formas era imposible escapar del turismo. Llegué a casa de Bruno cuarenta y cinco minutos después de dejar la mansión de los Casamiquela. Cuando abrió la puerta y le vi la cara me deprimí. La casa estaba a oscuras y olía a cerrado. Bruno me hizo pasar, con una expresión un tanto triste, y me explicó que su abuela no quería abrir las contraventanas, que se sentía cómoda en la penumbra. Aquello sí que era una caverna de Platón. Mi mano fue por sí sola hacia su cara, y lo acaricié con suavidad.

—¿Cómo estás, Brunete? —le pregunté con cariño.

—Tirando, tete —contestó con un punto de resignación.

Estaba bastante jodido, pero yo, como buen egoísta, tenía prisa por saber qué era eso que me iba a gustar tanto. Nos quedamos en silencio, y eché un vistazo alrededor. Aquella sala, donde había estado con Merlí, ahora me parecía vacía. Me salió un suspiro que Bruno entendió al instante. No dijo nada, se limitó a sonreír con amargura y a señalar la mesa donde estaba el paquete dirigido a mí. En la parte superior, reconocí al instante la letra inconfundible de mi maestro. Hostia... Todavía recuerdo esa sensación, cuando pensé que Merlí, antes de morir, había preparado un paquete para mí. Eso lo convertía en algo mucho más importante de lo que había

imaginado. Miré a Bruno, como preguntándole qué podía ser aquello.

—Parece que son libros —dijo, sin estar del todo seguro.

No podía aguantar ni un segundo más, de manera que arranqué el papel con que Merlí había envuelto el paquete y vi que eran los libros que me había hecho elegir aquella tarde, cuando me ayudó con el trabajo de investigación de Hegel. Me había dicho que cogiera los libros de la estantería de su altillo, y yo lo hice un poco al azar, sin saber muy bien qué elegía. Diez títulos de la literatura universal. Kafka, Dickens, Thomas Mann, Salinger... Ni que lo hubiera hecho a propósito. No creo en las señales. Bueno, después de eso puede que un poco, porque allí estaba, acariciando los lomos de algunas de las mejores obras de la literatura, y ¡apenas unas horas antes María Bolaño me había instado a leer con urgencia para saldar una deuda con mi futuro!

—¿Por qué guardaba mi padre estos libros para ti, Pol? No me digas que aquí están las pistas que llevan hasta la fortuna oculta de Merlí Bergeron... —preguntó Bruno con sorna.

No podía ni hablar, de tanta emoción como sentía en aquel momento. Me desplomé sobre la primera silla que encontré. Se me ocurrió que, si no hubiera muerto, Merlí me habría llamado para entregarme los libros en persona. O aún mejor: me los habría lanzado a la cabeza desde lo alto de la escalera del instituto. Porque aquellos libros tenían alas. Lo recuerdo como si fuera hoy. Merlí me preguntaba: «¿Qué desea un esclavo?». Y yo allí, viendo su mano alzada con *Los papeles póstumos del club Pickwick* a punto de ser lanzado contra mí. Vivía la amenaza del proyectil literario como una advertencia para que utilizara mi cerebro y me currase una respuesta que lo dejara satisfecho a él. Aquella fue una lección magistral, que demostraba que con la ley del mínimo esfuerzo

nunca sacarás todo el partido a lo que puedes dar de ti mismo. El valor del esfuerzo por encima de todo. ¡Aquello era el auténtico regalo!

—¿Quieres saber por qué me los ha regalado? Siéntate en el sofá —le propuse con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué dices, tío?

—Confía en mí, venga, siéntate. Esto lo hizo tu padre para ayudarme en el trabajo de investigación.

Bruno, un poco desconcertado, se sentó en el sofá, y yo me preparé para escenificar el juego. He de admitir que me ponía bastante eso de practicar el juego del libro volador con el Brunete. Cogí *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, que no era demasiado grueso, y le hice una primera pregunta.

—¿Qué quiere decir ser libre?

—Y yo qué sé, tío... —contestó sin entender nada.

El libro de Mann voló hasta las rodillas de Bruno. Tuve mala puntería, porque en realidad apuntaba a la cabeza, sabiendo que él se cubriría con las manos como hice yo.

—¿Qué haces? ¿Estás loco o qué? —dijo medio riendo.

Me gustaba hacerle reír, y mientras me iba animando, con otro libro en las manos, le explicaba que Merlí había hecho exactamente eso conmigo cada vez que mi respuesta no era la que esperaba. Entonces, Bruno recogió el libro del suelo, y me devolvió la jugada, divertido. Comenzaba la guerra de los libros voladores, mezclada con las preguntas filosóficas que nos íbamos haciendo: ¿es necesario saber si Dios existe? ¿El amor es una construcción de la humanidad? ¿El estado natural de los humanos es caminar a cuatro patas? Justo después de esa última pregunta le lancé la obra de teatro *John Gabriel Bockman*, de Henrik Ibsen, y esta vez sí que le di en la cara. El problema es que le hice daño. El grito de Bruno

puso punto final al juego de las letras voladoras. Suerte que el volumen no era demasiado grueso, porque todavía le podría haber lastimado más. Le sangraba el labio. Tenía un corte en la parte inferior, y eso fue suficiente para asustarme y hacer que me arrepintiera de lo que había hecho. Le pedí perdón mil veces.

—¡Cállate, joder, y ayúdame! —gritó con mala leche.

Encontré papel de cocina junto a la nevera. Me di cuenta de que, por suerte, el corte era menos profundo de lo que me había parecido al principio. Pero aun así me sentí fatal. Me senté en una silla y le ayudé a detener la hemorragia tapándole la herida con suavidad. Se produjo un silencio inquietante entre nosotros. Yo, pendiente de la sangre que todavía le caía por la barbilla, y él, mirándome a los ojos intensamente. No era una mirada recriminatoria, sino todo lo contrario. Dejándose llevar por la intensidad del momento en que nuestras caras estaban a menos de un palmo la una de la otra, Bruno me sugirió excitado:

—Si me das un beso, la herida cicatriza antes.

Ufff... Ahora, cuando pienso en aquel momento, todavía me estremezco. Aspiré fuerte por la nariz. Necesitaba una buena dosis de oxígeno para hacer frente a la situación. Aparté un poco el papel con el que tapaba la herida y ya no salía sangre. Bruno no dejaba de mirarme, y yo también a él, mientras acercaba mis labios a los suyos...

—¡Bruno! —gritó su abuela desde la habitación del fondo.

No llegamos a darnos aquel beso mágico, y nos separamos. Lo hicimos muy poco a poco, deleitándonos, sin importarnos que nos pillara la Calduch. A lo mejor, con ese casi beso había entrado algo de luz en aquel piso oscuro y triste. Carmina apareció en la sala y se encontró aquel espectáculo de libros tirados por el suelo, y nos apresuramos a recogerlos.

—¿Merlí te regala libros y tú los tiras por ahí, pedazo de burro?
—dijo, dramática.

Bruno intentó explicárselo, pero ella no hacía caso. Después de llamarme burro y otras palabras que ni recuerdo, me saludó, y me di cuenta de que le daba miedo mirarme a los ojos. Bruno siempre me decía que a ella le gustaba convertirse en la protagonista de la vida de todos los que tenía a su alrededor. Claro que también hay que añadir que es una persona maravillosa, y que si Merlí había sido tan especial era porque lo había mamado de su madre. La Calduch me miró de arriba abajo, y antes de que ella dijera nada, me adelanté.

—¿Cómo estás, Carmina?

—Chaval, a mí me tratas de usted.

Entonces, con esa energía que tenía reprimida por el beso frustrado, me atreví a hacer lo que habría hecho Merlí: cuestionar a su madre, ponerla contra las cuerdas.

—Pues no pienso tratarte de usted. Hasta ahora, cada vez que lo he hecho te pones fatal. Te trataré de tú, Carmina.

A Bruno se le escapó un «¡Pero qué haces, Pol!» espontáneo, mientras su abuela me desafiaba con la mirada.

—Es una cuestión de respeto, chaval. Me tratarás de usted porque estoy a un paso de la muerte.

—¿Cómo sabes que tú te morirás antes que yo? —le pregunté con un punto de mala leche que hizo que Bruno me quisiera matar.

La Calduch se giró y me miró con suspicacia. Lejos de acojonarme, me llené de fuerza, aunque solo fuera porque la razón estaba de mi parte, y porque eso era lo único que podía hacer para intentar ayudar a Bruno: merlinear un poco en aquella casa donde hacía demasiado tiempo que no se merlineaba.

—¡Es verdad, Carmina! No hay ninguna ley que diga que las personas han de morir según la edad que tengan. Hay niños que

mueren con meses, y gente que muere con cien años. El problema es que siempre tenemos la sensación de que la muerte llega antes de tiempo. Por eso pensamos que lo más natural sería que la gente se muriera de vieja. Pero en la vida no hay nada normal, Carmina. Y como decía tu hijo: ¿qué quiere decir normal? Lo que es normal para unos no lo es para los otros.

Carmina y Bruno se emocionaron. Para ellos, de repente, era como si la filosofía hubiera regresado a aquella casa por unos instantes. Filosofía de estar por casa, quizá, pero que a mí me sirvió para hacer frente a la mejor actriz del país. Y cuando noté que Carmina tenía ganas de intervenir, volví a adelantarme para dar el golpe de gracia:

—Todo el mundo piensa que, cuantos más años cumples, más cerca estás de la muerte. Pero es al revés: estás más cerca de la vida. Estás mucho más conectado con la vida. Carmina... tú... ¡tú eres una profesional de la vida!

Hostia, nunca habría imaginado que mis palabras podrían tener propiedades milagrosas y curativas. En realidad, para ser honesto, aquellas reflexiones no me pertenecían. No eran mías. Las había pronunciado uno de mis filósofos favoritos, el catalán Raimon Panikkar. Pocas veces he sentido con tanta fuerza que las palabras de un filósofo eran útiles, incluso sanadoras. La filosofía ayuda a entender el mundo en que vivimos, y hasta nos ayuda a encontrar consuelo ante las injusticias de la propia vida. Eso es lo que le sucedió a la Calduch: para ella las palabras de Raimon Panikkar sonaron como si le hablara un sabio, como si le insuflaran ánimos para continuar. Parecía que aún había esperanza de que la Calduch, como se suele decir, comenzara a «volver a la luz». Ella, que siempre interrumpía a los demás con una frase dramática, ocurrente y sarcástica, se quedaba muda, cansada de vivir en la

contradicción y la culpa, necesitada de unas palabras reconfortantes de las que pudiera expresar algo de consuelo.

Con la sensación de haber conseguido expulsar la tristeza de aquella casa, y con la tarea pendiente del beso con Bruno, me marché llevando bajo el brazo los diez libros que me había regalado desde las estrellas mi Sócrates particular. Me fui a casa directamente, para explicarle a mi padre la sorpresa que me había dado Bruno. Se alegró, y lamentó que el propio profesor no hubiera podido entregarme aquellos libros. Después, aprovechando que yo volvía a casa contento, se decidió a darme una noticia inesperada.

—Ya puedes ir empaquetando esos libros, porque pronto nos iremos a vivir a casa de Gloria.

No era la primera vez que vivía uno de esos días que podríamos llamar completitos. De la humillación de la Bolaño en la biblioteca, a la comida en casa de Rai, el regalo póstumo de mi profesor, el intento de beso con Bruno y, para terminar la jornada, ¡el traslado sorpresa a la casa de la novia de mi padre!

Suerte que se trataba de Gloria y que ya nos conocíamos del instituto. Mi padre lo tenía clarísimo: el piso se nos hacía pequeño, y él... sencillamente, estaba enamorado y quería compartir la vida con Gloria. ¡Si hasta había comenzado a hablar un poco en catalán por ella!

—Mira, Pol..., lo he pensado mucho, y lo tengo claro: quiero vivir con Gloria.

—Joder, papá... ¡Si te está saliendo acento de Vic!

—Que te hablo en serio. ¿Quieres que la casa de Gloria sea también nuestra casa?

—No sé, papá... Tú has tenido mucho tiempo para pensarlo, y yo ni un minuto.

El problema es que mi padre lo había decidido sin consultármelo, por las bravas, y dando por hecho que yo aceptaría. Terminé la conversación con una frase que acabaría utilizando muchas veces para no precipitarme en el momento de decidir algo importante:

—Todo se irá definiendo.

La había aprendido del mismísimo Merlí Bergeron, como tantas otras cosas en esta vida. La pronunció un día en que nos devolvía un trabajo corregido. ¡Había sacado sobresaliente! Mi primer sobresaliente, en primero de bachillerato. Lo recuerdo como si fuera ahora: el trabajo corregido, sobre la mesa, con un espléndido diez en la parte superior, dentro de un círculo rojo. ¡No me lo podía creer! ¡Qué pena no haberlo guardado como recuerdo! Lo tendría enmarcado en mi habitación, como si fuera la primera piedra de un gran edificio que todavía hoy estoy construyendo. Merlí me dijo que tenía talento para la filosofía, que entendía los conceptos, que se me daba bien. Estaba resaltando mi potencial, como un Aristóteles moderno. Y yo le ayudé al hacerme una especie de «cuento de la lechera», sin esconder ciertas inseguridades:

—¿Podría hacer el trabajo de investigación sobre algún tema de filo? Si saco buena nota, igual me animo a hacer la carrera... Pero, claro, no sé si entraré, es muy difícil... Pero, a ver, Merlí, que si soy bueno igual sí que me veo en la universidad estudiando en plan estudios superiores... y acabaría siendo profe como tú.

Merlí asintió. Le gustaba verme motivado, y que hiciera tantos planes. Pero había que volver al mundo real. De momento, aquella nota solo era el comienzo. Había que tomárselo con calma, y seguir demostrando interés por la filosofía. Si de verdad quería seguir ese camino, debía tenerlo muy claro. A medida que pasaba el tiempo, ya iría descubriendo si estudiar filosofía era lo que realmente deseaba.

Fue entonces cuando, mientras sonreía y me miraba con esos ojos profundos, pronunció la gran frase:

—Pol..., todo se irá definiendo.

Y eso es precisamente lo que yo le pedía a mi padre. Tiempo. Tiempo para acabar de definir la situación, para poder asimilar que nos iríamos a vivir con una de mis exprofesoras, y porque, joder, los cambios así de golpe no me resultan fáciles. Toda la vida en aquel pisito que había alquilado mi pobre abuela, y ahora lo íbamos a dejar atrás, con tantos recuerdos. En el fondo tenía claro que acabaría por aceptar la propuesta de ir a vivir a una casa más grande y con una gran cama. Tan solo quería pensarlo con calma. Un poquito. La filosofía sirve para pensar las cosas, ¿no? Pues había que aplicarlo a la vida personal, y aquel «todo se irá definiendo» iba muy bien si uno quería mostrarse reflexivo con las decisiones importantes y encarar el camino de la madurez.

Iba imaginando —y definiendo— cómo sería mi nueva habitación mientras me ponía el pijama. Fue entonces cuando, en ese gesto natural de coger la camiseta del pijama, me fijé en mis dedos. Me llamaron la atención porque descubrí una mancha de sangre de Bruno, ahora ya seca. Cuando le había curado la herida del labio, mis dedos se tiñeron de un rojo encantador. Iluminado por la escasa luz que entraba por la ventana, me estiré sobre la cama medio desnudo. Miraba ensimismado una grieta que hacía años que estaba en el techo y que recorría la habitación de una punta a la otra, sobre mi cabeza. Cada año era más larga. Pronto dejaría de verla. ¿La arreglaría mi padre con masilla antes de irnos? Estaba seguro de que no. «Es cosa de los propietarios», pensé... y me vino a la mente la tía de Rai. Era muy guapa. Rai y ella..., qué fuerte, tía y sobrino. La gente rica tiene tiempo para esas cosas. Mientras le daba vueltas a la relación entre Ester y Rai, me pasé el dedo por los

labios, con suavidad. Quería saborear la sangre del pequeño Bergeron. Y en ese extraño momento, en mi imaginación vi a Ester Casamiquela desnudándose, y tuve clarísimo que no solo «todo» se iría definiendo en la vida, sino también mi propia sexualidad. Era más que consciente de que se acercaba el momento de admitir que sentía atracción tanto por las mujeres como por los hombres... y eso me daba paz interior. Aquella sensación me permitía imaginar a Rai en el Rolls Royce, en el asiento trasero, yo conduciendo y Bruno de copiloto... Los ojos se me iban cerrando mientras soñaba, todavía despierto, que había nacido en una tribu que practicaba la poligamia. Celebraría mi trinomio con Bruno y Rai. Dos personas que tenían, como diría la Bolaño, «esa extraordinaria mezcla entre lo bueno y lo malo».

35.628

Yo, Pol Rubio, flamante graduado en Filosofía, aspirante frustrado a profesor de enseñanza pública, me gano la vida honradamente como pintor de paredes y techos y me anuncio en internet como «Pol, pintor barato, realizo todo tipo de pinturas en general». El destino —¿existe realmente el destino?— ha querido que ahora me encuentre realizando un estucado veneciano en el salón de un piso de Nou Barris que pertenece a Ketty, la funcionaria que, muy amablemente, me ha atendido durante los últimos meses en el departamento de Serveis Territorials d'Ensenyament. Podría decir que es una larga historia, pero, sencillamente, nos estamos echando una mano el uno al otro. Además, si algo he aprendido en los últimos años, es que nunca has de pasar de escuchar a los demás, por mucho que creas que no vale la pena y por mucho que estés obsesionado con tus propios problemas. Ketty tiene unos sesenta años, y un piso de unos setenta metros cuadrados que necesitaba una mano de pintura. Y yo, el pesado que visita a Ketty cada quince días en su oficina para pedirle trabajo de profe, le hago un descuento especial porque siempre es muy atenta y muy sensible conmigo cuando me ha de comunicar que no se necesita ningún profesor suplente de filosofía.

Dentro de unas semanas hará un año que vivo con Bruno. Coincidirá con el aniversario de mi graduación en la facultad. Ahora parece ser que no tiene bastante con compartir conmigo el piso, el pan, el amor y las fantasías. Hace quince días se le ocurrió

proponerme la boda, justo antes del estreno teatral de la Calduch. Todavía no le he contestado.

Hoy, de camino al piso de Ketty, cuando he pasado frente a la universidad con la furgoneta llena de cubos de pintura de la paleta de color 9002, he sentido muchísima envidia. Pero no envidia sana. Tan solo envidia. Porque ya lo decía Merlí, no hay que tener prisa por llegar al paro, hay que alargar «la *dolce vita* académica» al máximo. Tenía razón. Y como siempre he estado de acuerdo con el maestro, que sabía muy bien de qué hablaba, he tenido que aceptar que el trabajo de profesor se hará esperar más de lo deseado, y es por eso que he estado dando vueltas a la idea de volver a estudiar. El problema es que no acabo de encontrar la motivación para dar el paso. Por mucho que piense en otras opciones, lo que de verdad me gusta es ser profesor de filo. Soy eso que uno de mis colegas de chapuzas llama un «pringado del copón». ¡Y tiene razón, porque todavía soy el número 35.628 en la lista de espera! Eso no significa que haya más de treinta y cinco mil personas esperando antes que yo. Es la numeración que usa el Departament d'Ensenyament y que sirve para desanimarnos aún más. Hace poco le dieron trabajo al que tenía el número 27.870. Supongo que entre él y yo debe de haber... ¿quince? ¿Veinte? Cuando me acerco a la oficina de Serveis Territorials para reclamar, Ketty ya no sabe qué decirme. Claro que sería injusto culpar a la gran Ketty, de la sección de nombramientos de secundaria: siempre me atiende, me escucha, y la verdad es que es una santa. La pobre, a punto de jubilarse y haciéndome terapia emocional en tiempos de crisis. ¡Somos tantos los profesores recién graduados que esperamos una oportunidad! Cada vez que me acerco a su mesa con cara de «¿Qué hay de lo mío?», me regala una sonrisa radiante y me contesta que hay que «perseverar» y tener «paciencia», que la bolsa de trabajo «se

mueve muy despacio», que no desespere. Y termina con un «Paciencia, cariño» que da credibilidad a su discurso. Al final, Ketty y yo siempre acabamos igual: ella me recomienda que busque trabajo de lo que sea, yo le digo que soy pintor interiorista, ella se alegra, suelta un suspiro intenso y acabamos por darnos ánimos el uno al otro. Ketty, siempre detrás de su mesa, muy metida en su orden y su reglamento de funcionaria, no puede hacer nada por ayudarme, por mucho que le duela, porque las normas son las normas. Un viernes a última hora pasé a verla después de los nombramientos telemáticos y quedamos en que le haría un presupuesto especial para pintarle el salón de su pisito. Ella quería pagarme en negro, pero no se atrevía a decirlo. Al final saqué yo el tema. Solo me faltaba pagar impuestos por pasarme un fin de semana manchándome las manos de pintura. Por ella, no me importó perderme un sábado y un domingo. A por todas. Al menos, sé que cuando voy a Serveis Territorials hay una persona que sabe mi nombre y se preocupa por atenderme. Los meses van pasando y no hay un día en que no revise las llamadas perdidas de los clientes, esperando el momento en que Ketty marcará mi número para asignarme la vacante que tanto deseo.

Como estoy aquí solo, pintando el piso de Ketty, he escrito en la pared la palabra NO. Es el «no» que quiero darle a Bruno, pero sin que se enfade. De momento he conseguido demorar la respuesta. Que si tengo mucho trabajo, que si estoy deprimido... Y él, prudente, que se lo ve venir, pasa de insistir. Un día surgirá la verdad, y le diré claramente lo que se me ocurra en ese momento. Creo que es necesario. Él habría preferido que le contestase durante el entreacto, o justo cuando estuvieran sonando los aplausos, con un «¡Sííí!». Pero ese no era el plan. ¿Aceptar una propuesta de boda rodeado de aspirantes a actor como Marc Vilaseca, todo el rato

buscando conversación con los directores que podrían darle trabajo? No me apetecía, no era el momento ni el lugar. Así que, durante toda la primera parte de la obra de teatro, evité la tensión con Bruno descubriendo las manías de Marc junto con Tania. No fue hasta la visita al camerino de la diva cuando se redujo la tensión entre nosotros. Su amiga de Madrid, Elena Ortega, otra actriz veterana, conversaba con la Calduch en un despliegue de hipocresía muy característico del mundo del teatro.

—Maravilloso, qué derroche de energía, cariño... —le decía con un tono que sonaba a falso.

—Gracias, Elena, he aplicado lo que aprendí de ti —se la devolvía la Calduch.

—No, no, no... ¿Aprender? ¿De mí? ¡Pero si tú eres mi maestra!

—¡No! ¡Tú! ¡Tú, tú, tú! —repetía la Calduch como una niña pequeña que quisiera tener la última palabra.

Marc, Tania y yo flipábamos. Bruno, en cambio, estaba muy acostumbrado a aquellos diálogos almibarados que se daban una vez que caía el telón. Según él, la táctica era no sumarse a la conversación y esperar con paciencia a que las dos divas fueran cansándose la una de la otra y se les gastara la munición de halagos.

—Me ha encantado Barcelona. Está muy tranquila, a pesar de todo.

—Gracias por venir, Elena. ¿Cuándo te vuelves a Madrid?

—Mañana. A ver si te vienes un fin de semana, y cenamos en Lucio.

—¡Genial! ¡Allí nos vemos! Adiós, adiós, cariño, te quiero... —le iba diciendo mientras la acompañaba hasta la puerta con una gran sonrisa.

—¡No olvides poner los narcisos en el jarrón!

—Ahora mismo lo hago. ¡Gracias, guapa!

En cuanto la Calduch cerró la puerta, dejó escapar un largo suspiro de cansancio. Fue directa a por el ramo, lo cogió y lo lanzó contra la puerta.

—¡Ya te puedes meter los narcisos por el culo!

Se recompuso en dos segundos, y nos saludó, encantadora como siempre. A mí ya me conoce bien, porque hemos pasado muchas horas en su casa y soy, según sus palabras, «el novio preferido de mi nieto». Me lo dice para provocar, como si hubiera más tíos, pero resulta que a mí me gusta imaginar que por casa de Bruno han pasado más chicos, e imaginarme cómo deben de ser. Con la Calduch y Marc hablando de la esencia del teatro, y Tania yo corrigiéndole cada dos por tres, me estaba poniendo nervioso y tenía ganas de salir de allí. Le dije a Bruno aquello de «Quiero presentarte a un amigo» y él ya sabe que ese es nuestro código para decir «Quiero salir de aquí» sin que nadie se entere.

He apagado el cigarrillo mientras miro el NO en la pared de la sala de estar de Katty, y he pintado encima con un pincel grueso, para que no se note... Mientras lo hacía, he recordado las palabras de Kierkegaard sobre el matrimonio: para casarse hace falta valor. Con esta frase resumía toda una teoría, que en esencia dice que si te casas, te arrepentirás, y si no te casas, también. Pero lo que más me atrae de su visión sobre la relación de pareja es una pregunta que él se hacía y que desprende tanta coherencia que da miedo: si la mejor etapa de una pareja es la época en que son novios, ¿por qué las parejas se casan?

Todas aquellas frases, que yo firmaba al instante, me daban vueltas en la cabeza como en una centrifugadora mientras salíamos del teatro y caminábamos por las Ramblas, hacia casa, en silencio. Tan solo se oía el ruido de las hojas secas del otoño mientras las

íbamos chutando como si fueran pelotas de fútbol. La gran propuesta de boda planeaba sobre nuestras cabezas como un cóndor. Los vendedores ambulantes nos iban ofreciendo rosas y también latas de cerveza, lo que no resultaba demasiado romántico. Era uno de esos días en que comenzaba a hacer frío, y el silencio cada vez pesaba más. No tenía ninguna intención de sacar el tema, porque ya sabía que Bruno se encargaría de hacerlo de alguna forma original.

—Hace... cuatro horas.

—¿Cuatro horas de qué? —contesté sin entender nada.

—Del momento en que te he hecho una pregunta que no te ha molado —dijo con su tenue sonrisa de cabroncete.

Es difícil describir la cara que puse, pero él me notó incómodo desde el minuto cero. Nos conocemos tanto que cualquier expresión que se dibuje en nuestros rostros nos da más información que un diccionario. Le contesté a mi estilo, haciéndome un poco el loco y quitando importancia al tema de la boda.

—Ah... ¿Es que lo decías en serio?

Bruno se picó conmigo. No me extraña. Soy capaz de poner nervioso a cualquiera cuando trato de quitarle trascendencia a un momento emotivo, para convertirlo en un episodio cotidiano, frívolo y aburrido. Caminamos en silencio durante un rato hasta que me detuve, como hago siempre cuando estamos andando y he de decir algo importante. Entonces le dejé claro que lo quiero, que quiero estar con él y blablablá...

—Se acerca un «pero», Rubio. ¡Dímelo ya, coño! —dijo, interrumpiendo mi discurso.

—Pues... que eso de casarse... es para gente más mayor, ¿no? No tengo cuarenta años, joder.

El «joder» me lo podría haber ahorrado. Se enfadó, porque en lugar de transmitirle mi amor ante un proyecto ilusionante de toda una vida juntos —cosa que según las películas americanas debería haberme emocionado—, le mostré mi lado más sincero: el del miedo, el de la incertidumbre, el del Pol que no quiere saber qué terreno pisa, y que no se fía de sí mismo porque, hay que decirlo claro, me gusta tanta gente que a menudo se me disparan los ojos y la polla. Es un poco frustrante eso de no tener la libertad de entrar y salir de casa sin que me invada ese sentimiento de culpa paleocristiano instalado en mi cultura. Yo quiero vivir en una casa con puertas giratorias, que giren, que corra el aire. Que entren nuevas experiencias, que se puedan vivir nuevos mundos y que nos iluminen luces desconocidas. Explorar. Dejarse llevar. Entrar y salir. Acompañado o no. Pero no estancarse. Viva el movimiento giratorio. Lo importante es que siempre vuelvas a casa, y duermas en tu cama junto con la persona a la que amas.

La discusión con Bruno duró un rato, hasta ya bien entrada la noche, por las calles de Barcelona. Cuando pasábamos por un restaurante, nos rodeó un grupo de veinte hombres de unos treinta años, vestidos con camisetas que decían: «¡Julián se casa!». Y el Julián en cuestión estaba allí en medio, vestido de princesa, con una peluca rubia y tocando una trompeta de plástico. ¿Era necesario? Ufff... No estaba dispuesto a pasar por aquello, por mucho que algún día decidiera casarme. Como mucho, una cenita con amigos todos vestidos de manera informal, y sin camisetas cutres. La presencia de los amigos del novio-princesa me dio pie a citar a Kierkegaard, para explicarle a Bruno en tono simpático lo que pensaba el filósofo del matrimonio.

—Kierkegaard decía que hace falta valor para casarse. Y eso que no se había cruzado nunca con un grupito como este...

Soy un ingenuo. O un tonto sin remedio. Bruno y yo hemos pasado miles de horas juntos. Ha aprendido filosofía a mi lado. Me devolvió con habilidad mi intento de huida hacia Kierkegaard.

—¿Este Kierkegaard no era el que decía «La vida se ha de entender mirando hacia atrás, pero solo se puede vivir mirando hacia delante»?

¡El muy capullo! Tenía razón. ¡Eso también era de Kierkegaard! No se puede vivir anclado en el pasado, hay que mirar hacia delante y evolucionar, vivir la vida en la máxima plenitud y felicidad, dentro de lo posible. Soy muy egoísta, lo reconozco. No me gusta caerle mal a nadie. ¿Acaso alguien duda de que las personas estemos hechas de una mezcla extraordinaria de aspectos positivos y negativos, como decía la Bolaño? ¿Acaso no somos cansinamente contradictorios? ¿No somos humanos y, por lo tanto, imperfectos y llenos de peculiaridades que nos hacen originales, únicos, pero también detestables e insoportables? A mi padre lo he querido y odiado a partes iguales, y para mí es una de las personas más importantes del mundo. El padre de Bruno me enseñó a cuestionármelo todo, ¿no? ¿Pues entonces de qué se queja su hijo? Necesito tiempo para contestarle un sí o un no. No es una decisión tan fácil. Terminé con la conversación acariciándole con ternura la mejilla mientras me sacaba de la manga mi recurso clásico:

—Bruno... Todo se irá definiendo.

—Mete la mano en el bolsillo de mi pantalón —replicó rápidamente.

¿La mano en el bolsillo? ¿Para qué quería que lo hiciera? ¿Para menearle la polla por dentro? Bruno concretó:

—En el bolsillo de atrás.

«Debe querer que le toque el culo», pensé. Por mí, encantado, ningún problema. Así lo hice. Su culo apretado hizo que se me

alterasen los biorritmos, pero enseguida palpé también un trozo de papel que había dentro. Lo saqué y miré a Bruno con aire de interrogación.

—Léelo, coño.

Y así lo hice. Y sonreí al leer una frase escrita con la letra de Bruno: «Todo se irá definiendo».

—Eres muy previsible, malote. Sabía que acabarías diciendo eso —sentenció.

Y se marchó, dejándome plantado como un idiota, que es lo que soy. Por la velocidad a la que caminaba entendí perfectamente que no quería que lo siguiera. En ese momento oí unos aplausos lentos. Era otra vez Merlí, con esa sonrisa de cabroncete que me ponía de los nervios.

—¡Bravo! —exclamaba con ironía antes de imitar mi voz y la de Bruno—: «¿Quieres casarte conmigo, Pol?», «Emm... Kierkegaard decía que si te casas lo lamentarás!». ¡Idiota! ¡Idiotas los dos!

Me sentí realmente ridículo allí solo, aguantando las risitas de Merlí en mitad de una calle oscura, aunque supiera que tenía razón. Una vez más, la mirada de mi maestro me hizo darme cuenta de algunas cosas. Una, especialmente importante: soy capaz de entender la *Crítica de la razón pura* de Kant pero no mis propios sentimientos. Y ahora, con Merlí todavía a mi lado mientras retoco el estucado veneciano y estoy todo lleno de manchas de pintura, lo he reconocido delante de él.

—Sí, soy un idiota. Lo sé, pero es que...

—¡Pero es que nada! ¡Eres idiota, Pol!

—¡Me lo ha pedido sin ganas! ¡Justo antes de que se apagaran las luces del teatro, joder!

—¡Ah, ahora lo entiendo! Pol Rubio es en el fondo un chico clásico que quiere que su amado se le arrodille con el anillo dentro

de una cajita. Y si Bruno llega subido a un caballo blanco, mejor.

—¡No seas idiota! —he dicho, para añadir después, de una larga pausa—: Pero yo lo habría hecho con algo más de parafernalia.

—¡Ja! ¡A ti lo que te jode es no habérselo propuesto tú!

Y se marchó, riéndose de mí. Mientras se alejaba, soltaba frases de Kierkegaard como «Arriesgarse es perder el equilibrio. ¡No arriesgarse es perderse a uno mismo!». Muy bonito. El tío dejaba ir la frase de Kierkegaard y me abandonaba al mismo tiempo. Volví a quedarme solo, como lo estoy ahora también frente a la pared que he de acabar de pulir. Siento el vértigo de la libertad que poseo para decidir mi futuro, mientras sostengo una brocha gorda en la mano. ¡Este Merlí metido en mi cabeza hace conmigo lo que quiere, el muy cabrón!

Me lo merezco.

Sí, me lo merezco.

Por burro.

Y por no darme cuenta de que tengo el mejor novio del mundo.

¿Y si me caso?

¿Qué pasa si acepto?

Escribo un SÍ en la pared, de color verde. He mezclado colores... Miro el SÍ verde, pero lo veo de color rojo.... Me alejo dos metros. Me fijo bien. Es verde. Clarísimo. Pero si todo el mundo lo viera rojo..., entonces ese SÍ de color verde se iría enrojeciendo...

Rojo / verde

El día en que mi padre y yo nos íbamos del piso alquilado en el que habíamos vivido toda la vida, la Bolaño volvió a hacer de las suyas. Aquella mañana, Alfonso y yo estábamos dando un último repaso antes de cerrar la puerta, y nos costaba creer la cantidad de cosas que tendríamos que tirar al contenedor. Cosas. Así lo decidimos mi padre y yo: «Solo son cosas, Pol. Ya no tienen valor sentimental...», me decía mientras subíamos al camión de mudanzas. Algunos objetos pierden su sentido de repente, y entonces tiras con mucho gusto aquel grabado comprado en unos anticuarios treinta años atrás, o aquella silla plegable que se ha pasado media vida metida en un armario.

El piso de Gloria, en el Eixample, tenía una buena distribución, con un pasillo amplio, una galería generosa y lo mejor de todo: una habitación doble esperándome, con una cama que parecía inmensa. Cuando me tumbé para comprobar si era lo bastante blanda, por un instante pensé en quién sería la primera persona con la que la compartiría. Puede que con Oti la auténtica, a la que cada día encontraba más sensual y desinhibida, o con Rai, que todavía no se había pronunciado sobre ciertas ambigüedades que me intrigaban.

El traqueteo de la plataforma del camión que subía las cajas a través del balcón me hizo volver a la realidad y, de golpe, abandoné la idea de traer a ningún amigo a probar el nuevo colchón. Alfonso Rubio me puso una mano en la espalda, satisfecho de poder contar conmigo en aquella nueva aventura con Gloria, y yo le devolví el

gesto con una sonrisa cómplice, que ocultaba mi preocupación por no poder confesar ciertos detalles de mi sexualidad.

Ni remotamente podía imaginarse mi padre que yo hubiera disfrutado con el cuerpo de un hombre. Él, como tanta gente, pensaba que eso de las orientaciones sexuales que se salían de «la norma» era algo que pasaba «en otras familias». En cualquier caso, estaba contento de contar con mi nueva cama de metro cincuenta y de vivir con la encantadora Gloria, que había resucitado a mi padre del mundo de los tristes.

Tan solo por eso ya valía la pena. Mi exprofe de plástica había conseguido que aquel viudo malhumorado, oscuro y amargado volviera a reír.

Ya había pasado casi un mes desde el inicio del curso, y se estaban preparando las primeras huelgas de estudiantes para reclamar una reducción de las tasas universitarias. El grupito de clase a menudo se sentaba en la misma zona del aula. El primero en llegar siempre era Biel. Dejaba su chaqueta y algunas carpetas sobre las sillas, repitiendo «Ocupadas, ocupadas» a todos los que se acercaban. Pero aquel día, por mucho que me guardaran el sitio, yo llegaría tarde porque estaba acabando el traslado al Eixample. Lo que tenía claro es que no me quería perder la clase entera de la Bolaño. Por mucho que me hubiera tenido que tragar su zasca en la biblioteca por culpa de mi incultura, seguía deslumbrándome su manera de enfocar las clases. Me sentía lo bastante motivado como para encarar el reto y me había propuesto llegar a la excelencia con ella. Por eso tomaba nota de todo lo que explicaba, y tenía los apuntes más limpios que los de Biel, que ya es decir. Eso sí, en clase procuraba ser más discreto que un busto de Nerón. Ya había destacado más que suficiente los primeros días.

Además, algo me decía que la Bolaño se fijaba en mí mientras disertaba sobre ética. Notaba que sus ojos se detenían sobre los míos, y eso en parte me gustaba porque me hacía sentir importante. Pero, por otro lado, me provocaba ansiedad, porque tenía la impresión de que iba a dirigirse a mí en mitad de la disertación y a dejarme otra vez en evidencia delante de todo el mundo. Porque, claro, una cosa es poner cara de mármol y otra que la Bolaño se dé cuenta y vaya a por mí con toda su energía. Eso es lo que sucedió aquel día, cuando faltaban pocas horas para que estrenase cama. Pasaban diez minutos de las doce en el reloj de la uni, y llegaba tarde. Nada más entrar en el aula, resoplando, vi que todo el mundo estaba en su sitio, escuchándola en silencio. Mientras me sentaba junto a mis compañeros, me fijé en que hablaba de la corriente positivista, esa que no admite otra realidad que no sea la de los hechos. La Bolaño citaba al filósofo francés Auguste Comte...

—No pierdan detalle de lo siguiente porque es sustancial: Comte considera que hay cosas que caen por su propio peso y que no admiten discrepancia. Como, por ejemplo, el color de... esta carpeta.

La Bolaño cogió una carpeta que había sobre la mesa, junto a su inseparable termo de poleo menta, la levantó y la mostró a todo el mundo. Era una carpeta de color verde.

—¿De qué color es esta carpeta? —le preguntó a Minerva.

—Rojo —afirmó ella con una seguridad inapelable.

¿Rojo? Parecía claro que Minerva estaba de broma. Pero la Bolaño continuó, seria, y esta vez le hizo la misma pregunta a Rai.

—¿De qué color es?

—¡Rojo, naturalmente! —contestó con un tono que desprendía un «Es obvio que es roja, no entiendo por qué lo preguntas».

La Bolaño señalaba a los alumnos, uno por uno, y todos, como si les hubieran programado, respondían convencidos lo mismo, sin

dudar un segundo: rojo. Mi respiración se iba acelerando. Sabía que en cinco segundos me tocaría responder. ¿Por qué ninguno veía la carpeta de color verde? ¡Si era su color real! ¿Qué se suponía que debía responder yo después de una decena de «rojos»? Los cinco segundos se convirtieron en tres. Y la Bolaño, con suavidad, como una araña que baja danzando desde su escondrijo para comerse la mosca, me señaló con el dedo. Y no hizo falta que hiciera ninguna pregunta. Se hizo un silencio sepulcral. Los taxis de Tokio, el metro de Londres y el mercado de la Boquería se detuvieron, esperando a que yo abriese la boca.

—Ro... rojo.

Un murmullo de estupor se extendió por la clase. Los alumnos murmuraban, la Bolaño mostró una sonrisa triunfal y dejó la carpeta verde sobre la mesa. El espectáculo había terminado, y yo comenzaba a entender que me habían tendido una trampa, algo que la Bolaño no tardó en confirmar.

—La carpeta es verde. Han sido testigos directos de la debilidad del ser humano cuando es sometido a la presión ambiental, incluso en lo que se refiere a la percepción física.

Me sentía indignado, avergonzado y desconcertado. ¿Por qué me había tocado a mí otra vez? La Bolaño me había escogido, estaba seguro de que me tenía manía. O aún peor: ¡quizá yo era el más débil, o el más tonto! No podía quedarme callado, necesitaba borrar la nueva imagen de tontito sin personalidad que repite lo que dicen los demás. ¡Yo no era así! Tenía que defenderme de alguna manera.

—A ver, yo me he dado cuenta de que era un juego... O sea, me parecía muy rara la pregunta porque está clarísimo que la carpeta es verde.

—Sí, es verde. Pero como todos decían «rojo», usted ha dicho «rojo».

—Bueno, ¿y qué? Porque no sabía lo que...

—Según Nietzsche —me interrumpió con contundencia—, el mundo puede dividirse entre dos tipos de personas: las que siguen sus propios deseos, y las que siguen los deseos de los demás. Las primeras son fuertes, y las segundas se limitan a hacer lo que hacen los otros.

Gracias, Bolaño. Me has hecho pasar más vergüenza que nunca en mi vida. Me has dejado bien retratado, me has usado de conejillo de Indias con tu experimento cruel, y me has humillado delante de todo el mundo al describirme como una persona débil que se deja llevar por las opiniones de la mayoría. No hace falta que diga que durante el resto de la clase no puede concentrarme ni un segundo en lo que decía mi querida profesora.

Más tarde, ya en el bar, pregunté a mis compañeros qué había pasado, pero siempre haciendo ver, al más puro estilo Rambo, que no me afectaba. Incluso expresé mi admiración por el ejercicio de la carpeta verde. Una vez más, aparecía aquel Pol que no reconocía ninguna debilidad, que no quería quedar como una víctima, que ocultaba la herida aunque siguiera sangrando. Porque la realidad era que me sentía profundamente dolido, pero no me daba la gana de mostrar mis cicatrices a los demás. Oti confirmó mis sospechas.

—La Bolaño nos ha dicho que si alguien llegaba tarde, nos preguntaría el color de la carpeta, y que todos deberíamos responder «rojo».

«La madre que la parió», pensé con una sonrisa. Precisamente fui yo quien llegó tarde. ¿Una casualidad? Puede ser. O puede que ella estuviera esperando el día en que no me viese en clase para montar aquel espectáculo. Tenía que hablar con ella para salir de dudas. Me estaba amargando el día, y tenía ganas de disfrutar del resto de las clases y del encuentro que estaba montando Minerva

aquella noche en su casa. Quedaríamos para tomar unas cervezas en su azotea, nos presentaría a sus compañeros en el piso de estudiantes... El problema era que las ganas de fiesta me estaban desapareciendo, por mucho que Rai intentara convencerme de que fuera.

—Venga, tío. Pasa del *parking*, y vente de fiesta con nosotros.

—¿Me estás diciendo en serio que no me presente al trabajo?

—Claro, tío. Por un día no pasa nada. Dices que no te encuentras bien y ya está. Total, seguro que te pagan una mierda...

Aquel comentario de niño de papá me puso definitivamente de mala hostia. Le habría dado una colleja de esas que suenan fuerte. Pero no lo hice, porque después de sugerir que me pasara por el forro los horarios de mi trabajo, me hizo una leve y simpática caricia en la cara que me puso caliente y me alteró todavía más. Entre él y la Bolaño me hacían ir como un pollo sin cabeza. Sentía por los dos un impulso que era a la vez de atracción y de repulsión.

Estaba en el balcón del claustro de Filosofía, viendo como Rai se alejaba con el grupo, cagándome en la madre que lo parió, cuando de repente vi a la Bolaño cruzar el patio y entrar en el estanque de los peces, hablando con un colega. Esperé con paciencia a que terminase su conversación y en el momento en que se despidieron y ella se puso en marcha en dirección a los despachos de los profesores, bajé corriendo la escalera, calculando que chocaríamos a la altura de las columnas de la esquina del claustro. La clavé. Justo en la columna de la punta, delante del aula 118, la intercepté. Dos segundos antes de dirigirme a ella me juré a mí mismo que no perdería los nervios.

—Hola... ¿Podríamos hablar un minuto, por favor? Es que... me gustaría entender por qué se ha empeñado en cazarme con el truco de la carpeta...

—Uuuy... Me desconcierta usted, señor Rubio. Y eso que tiene aspecto de persona avispada.

—No, mire, a ver..., en serio... ¿No le parece que ha sido un poco humillante exponerme así, con su juego, delante de todos?

—Madre mía, qué decepción... Le tenía a usted por un alumno inteligente.

—¡Vale, de puta madre, encima me insulta!

—Oiga, tranquilícese, que no le he insultado.

—¿Ah, no? ¡Me está llamando tonto! Mire, si sigue tratando así al personal, se va a quedar sola en su clase. ¡Supongo que le da igual, ya debe de estar acostumbrada a estar sola!

Suerte que no iba a perder los nervios... Ella no me lo puso fácil para controlarme. A lo mejor yo tampoco tuve paciencia, pero, en aquel momento, me quedé bien a gusto, porque dije lo que necesitaba decir. Cuando uno sabe que tiene razón, necesita expresarse con toda contundencia. Cuando me fui, me pareció ver en su cara cierto aire de arrepentimiento, como admitiendo que había cruzado conmigo algún tipo de fina línea. Quizá fueron imaginaciones mías, pero me fui con la sensación de que haber puesto en su sitio a toda una catedrática puede que sirviera para hacerle rectificar. Si no le hubiese dicho todo lo que pensaba, a lo mejor eso me hubiera legitimado para ir a informar al decano de la facultad de ciertas técnicas poco éticas de la Bolaño. A pesar de todo, me quedó un regusto incómodo por haberla atacado diciéndole que estaba sola. «Ya debe de estar acostumbrada a estar sola.» Esa frase estuvo resonando entre las paredes de mi cerebro durante toda la tarde, en el *parking*, mientras curraba y contaba los minutos que faltaban para salir. Hay días que son una auténtica mierda. Ni siquiera hice el mínimo esfuerzo por sonreír a los clientes. Me daba igual que me vieran amargado y sin ganas de trabajar. De todas

formas, mi jefe no venía nunca, y los clientes esporádicos de un garaje nunca pondrían una queja. Tampoco era un trabajo que nadie considerase importante, ni siquiera necesario. Era un vigilante invisible, que no importaba. La mayoría de los trabajos del mundo son poco atractivos, y hacen crecer en el empleado la sensación de que se encuentra en una posición en la que todo el mundo puede ser maleducado con él. Así me sentía, aguantando las malas caras de los clientes que no sabían hacer funcionar la tarjeta de abonado y que me miraban con cara de mala leche, esperando que resolviera su problema con rapidez y simpatía. Y más aún si aquel día había discutido con la Bolaño. Al menos, por suerte, ya no hacía aquel calor del verano, y al final de aquella larga tarde de octubre tendría la recompensa de un encuentro con mis amigos en el piso de Minerva.

Me propuse llegar sin pensar ni en la Bolaño ni en el trabajo, y cuando Biel me abrió la puerta de la casa con esa sonrisa llena de luz y de inocencia se esfumaron de mi cabeza las carpetas verdes y los clientes pesados del *parking*. Iba cargado de cervezas que acababa de sacar de la nevera y que estaba a punto de subir a la azotea, donde Minerva había montado un agradable *chill-out* con sus compañeros de piso: Amy O'Connor y Ettiene. Amy era americana, del estado de Oregón. Una estudiante de telecos muy simpática y con pinta de republicana. Ettiene era un pianista francés, atractivo, de veintiséis años, estudiante de música. Él iba a su rollo: tocaba el piano todo el rato. Me di cuenta de que aquello no era en realidad una fiesta, sino más bien un encuentro de universitarios con ganas de beber cerveza y conversar, y ya me iba bien porque al día siguiente era viernes y teníamos clase. Rai vino a verme acompañado de Amy, con la que discutía sobre la tenencia de armas en Estados Unidos.

—No, Amy. No puedes decirme que las armas son una tradición, como si fuera Halloween.

—No, no, Rai. *Listen to me!* ¡Armas son derecho, *you know!* La pregunta importante es: ¿por qué vosotros no tenéis pistolas?

Me gustó la forma que tenía Amy de dar la vuelta a la tortilla. Fue lista, y me pareció un debate interesante. Oti y Minerva se sumaron, y discutimos durante un buen rato. Entre risas y bromas, fue Oti quien abrió otro melón, planteando en voz alta y con una elocuencia fingida una pregunta trascendental que provocó las risas generalizadas.

—Ey, Ey..., al loro, que tengo el debate definitivo: ¿tenemos el culo que nos merecemos?

Aquella salida ingeniosa y espontánea hizo que Rai, sin pensárselo dos veces, se bajara los pantalones y reivindicase su culo ante todo el mundo. Yo no quería mirar, pero cuanto más me resistía, más intentaba memorizar el momento. Me puse enfermo. Suerte que Oti me llevó hacia el interior del piso otra vez. Quería que la acompañase a cargar cervezas, y se lamentaba de que el mobiliario de la azotea no incluyera una nevera. No me extrañaba que quisiera tener una nevera cerca, se notaba que Oti había bebido más que el resto, y por lo que parecía no tenía ninguna intención de frenar. Se nos ocurrió utilizar dos cajas de zapatos que habíamos visto en el recibidor, y fuimos a la nevera para llenarlas de latas. Me lo estaba pasando muy bien. Había logrado olvidarme de los disgustos que me había provocado la Bolaño, y no me sentía juzgado en absoluto por mis compañeros de clase. Pero claro, siempre, y digo siempre, ha de haber alguien que te recuerde aquello de lo que no quieres oír hablar. Y, cómo no, fue Oti...

—Tío, tío..., que esta mañana, cuando la Bolaño ha hecho eso de la carpeta, me has dado tanta pena... que te habría abrazado. Mira,

así...

Y me abrazó para demostrármelo con hechos. Y el abrazo se convirtió en un morreo que yo no quería. Me aparté suavemente, pero ella se había propuesto acabar la misión de rescate de mi pobre alma desvalida. La Oti misionera estaba *on fire*. Entonces le sugerí con algo más de intensidad que no hacía falta que me salvara, y la aparté.

—Me caes muy bien... pero no.

Lo que yo quería era volver a la terraza para seguir charlando con Rai y comprobar si aparte del culo quería enseñar algo más. Oti se fue escaleras arriba con las cervezas, haciendo un comentario simpático que ahora no recuerdo. Tenía un aire despreocupado. Parecía como si tuviera prisa por vivir todas las experiencias en una sola noche. Y como eso es casi imposible, pues aceptaba la derrota con deportividad y un puntito de frenesí. ¿Que no le había salido el plan? Pues a poner buena cara y adelante.

De vuelta a la terraza, me encontré a Rai y Minerva bailando juntos. Me los quedé mirando durante un rato, y después me apalanqué en uno de los bancos que había junto a la improvisada pista de baile, donde Biel y Amy pinchaban una música excitante. Cuando llevábamos un rato hablando, se me escapó un bostezo. No es que me aburriera, sino que el cuerpo y la cabeza comenzaban a decir basta. Había sido un día demasiado intenso. El traslado, la uni, el *parking*... Entonces se acercó Rai, y me restregó por la cara mi aspecto de cansado.

—Pol, ¿ya estás bostezando? Para venir así mejor no vengas, quédate en casa.

Rai parecía gilipollas. Vamos a ver, aquel tío de familia rica se había pasado el día tocándose los cojones, sin tener que preocuparse por nada, y no se le ocurría otra cosa que reprocharle a

un pobre currante como yo que me tendría que haber quedado en casa porque no le gustaba verme bostezar. Todavía recuerdo la rabia que sentí, mezclada con el calentón que llevaba dentro y la frustración por no tenerlo para mí. Porque si algo estaba claro era que cada vez me atraía más el capullo de Rai. Cuanto mejor vestía, con sus gabardinas de trescientos euros, más me gustaba. Cuanto más ambiguo y delicado se mostraba, más me ponía a mil. Y como me veía cabreado, mordiéndome la lengua, y para acabar de tocarme los cojones, se coronó con el comentario estrella de la noche:

—¿Sabes que soy el único estudiante de filo que no sufre porque la carrera no tiene salidas?

Él se lo había buscado. Le puse fin a aquella jornada *horribilis*, harto de aquella doble sensación de atracción y rechazo hacia ese tipo descarado.

—Tú, ¿quién eras hace un año, chaval? ¿Eh? ¿Quién te aguantaba? ¿No tenías amigos pijos? No, no lo creo. ¿Y sabes por qué? Ya te lo digo yo: a ti no te soporta ni Dios. Estás colgado. Por eso te rebajas y buscas amigos entre los pobres. ¡Imbécil!

Obviamente, después de haberle dicho lo que pensaba, me fui bajando la escalera, resbalando por los escalones. Cuando pasaba por el rellano del piso de Minerva, escuché un piano... La puerta estaba entreabierta, y aquella melodía me atrapaba. Entré en el piso, y poco a poco me acerqué a la habitación del fondo, donde estaba tocando Ettiene. Al verme, se detuvo.

—Mmm..., *le beau garçon*.

No le entendí, pero pensé que sonaba muy bien. Tanto como su música, que me había relajado después de aquel episodio con Rai Casamiquela. Ettiene me miró con curiosidad y noté que se preguntaba qué me había podido pasar para salir así de espantado

escaleras abajo. La verdad es que al verlo allí junto a su piano y sabiendo que estábamos solos, se desvaneció cualquier mal recuerdo sobre lo que había pasado en la azotea cinco minutos antes. En pocas palabras le expliqué que había discutido con Rai. No puedo reproducir las palabras que él me dijo en francés, aunque sí sé lo que le contesté.

—*Je ne comprend pas... français.*

Entonces Ettiene, que llevaba dos años en la Escuela de Música de Barcelona, improvisó tratando de que le entendiera...

—Yo... quiero... tocar tu cuerpo. Como si fuera... un piano.

Qué tío más creativo. Y qué regalo recibí, después del día desastroso que había tenido. Si quería que yo fuera su piano, por mí encantado. Solo le pedí que fuese discreto. Él vivía con Minerva, y yo no quería que se extendiera por el grupo de la uni la noticia de que nos habíamos enrollado. Me aseguró que lo sería y así pude desfogar mi mal humor con un parisino atractivo que me daba buena sintonía. Atrás quedaron las carpetas verdes, las rojas, los comentarios de Rai, las horas de aburrimiento en el trabajo... Ahora por fin me dedicaba a mí mismo, como fin de fiesta, y volvería a casa la mar de contento. *Vive la France*, pensé. El problema era que, en el fondo, por muy cabreado que pudiera estar con Rai, por mucha manía que estuviera acumulando contra él, me caía bien, me gustaba... Y lo peor de todo: me estaba enamorando de él.

Al día siguiente de la fiesta me prometí a mí mismo que lo ignoraría. De esa forma, le haría saber que seguía enfadado. Después de haber aguantado sus impertinencias de joven clasista, no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Me arriesgaba a que le importara una mierda mi estrategia. Pero, si funcionaba, conseguiría llamar su atención e intrigarlo. Me consolaba pensar que ese tipo de cosas podían funcionar. ¿Que te has comportado como un imbécil?

Muy bien, chaval, pues aquí tienes una dosis de indiferencia. En el instituto no fallaba nunca. Quizá mi punto de partida con Rai no era muy maduro, pero, qué coño, ¡era mi punto de partida! ¡Además, la vida universitaria comenzaba a ser cada vez más excitante! Lo tenía todo a mi favor: un grupo de amigos, buenos profesores y asignaturas que cumplían mis expectativas. ¿Qué más podía pedir? Solo la clase de Lógica se me resistía, con esas tablas que la verdad me parecían jeroglíficos que jamás sabría interpretar. Para mí era un reto porque, como había dicho Vidal en la primera clase, era como hacer mates con letras, y eso era algo que me parecía complicadísimo pero al mismo tiempo fascinante. «¡Ya llegará el día —me repetía con ingenuidad, esperando un milagro intelectual— en que conseguiré resolver las tablas!» A lo mejor, nunca se sabe, es Rai el que me las hace entender. Porque la verdad era que Rai, además de ser un tío capaz de comerme la moral sin ni siquiera despeinarse, resultaba ser un crack en la clase de Lógica. Resolvía todos los enigmas marcianos que planteaba Vidal con una naturalidad irritante. Supongo que haber pasado una temporada cursando la carrera de Administración y Dirección de Empresas jugaba a su favor. Allá sí que hacían matemáticas, y todos los pijos con aspiraciones de continuar con el negocio de papá aprobaban la asignatura para poder llevar los números de la empresa familiar. Y si no la aprobaban, profesor particular y tira *p'alante*. Pues eso, que el exalumno de ESADE no tardó en darse cuenta de que pasaba de él. Fue precisamente en clase de Lógica donde nos sentamos separados. Lo había orquestado tan bien que la mismísima Calduch me habría otorgado el premio a la mejor escenificación. Mi plan salió de maravilla: había que esperar a que Rai entrara en clase. Normalmente, él llegaba unos minutos antes para coger sitio. Así lo hizo, y yo, desde fuera, esperé a que entrase Vidal para ir a

sentarme exactamente en el extremo opuesto de la clase a donde estaba él. Pero, además, tenía que hacerme el enfadado. Que viera mi falta total de interés en sentarme a su lado, como había hecho hasta entonces, y además hacerlo en el momento en que no pudiera interrumpir la clase. Recuerdo que cuando abrieron la puerta del aula apreté los dientes. Hacía cinco minutos que Vidal había comenzado a explicar la lección y yo, sin mirar a nada ni a nadie, planté el culo en la esquina de detrás de todo, calculo que a unos diez metros de Rai y el resto de mis amigos. Una vez sentado, disimuladamente pude ver que Biel preguntaba en voz baja si yo tenía algún problema. Oti se encogió de hombros, dando a entender que no sabía nada. Minerva, que era lista y discreta, sí que se había dado cuenta de qué iba todo aquello, pero no abrió la boca. Y así transcurrió aquella obra maestra teatral de la indiferencia, hasta que terminó la clase y, por fin, el señor Barón de Casamiquela de los Grandes Cojones se acercó a mi sitio y me pidió disculpas. Según argumentó, en un tono ceremonioso y exquisito, había estado toda la noche reflexionando sobre sus inapropiados comentarios de aristócrata y había llegado a la conclusión de que se había pasado de la raya. Definitivamente, tenía un problema con su difunto padre. Me explicó que a veces le jodía darse cuenta de que, por desgracia, se parecía a él a menudo. De acuerdo, Rai podía ser un poco gilipollas, pero me gustó que, cuando era necesario, supiera comportarse como un tío humilde. Que asumiera su debilidad lo hacía vulnerable y mucho más interesante. En cualquier caso, la perspectiva de una relación con él continuaba latente. La expresión de mi cara se relajó, asentí con la cabeza, aceptando sus disculpas, y me fui a trabajar a la biblioteca. Aquella mañana no quise pasar por el bar. Que no le fuera tan fácil como «Pido perdón y todo arreglado», pensé, y me doy cuenta de que puedo llegar a ser muy

retorcido. Qué le vamos a hacer, soy así. Con los años tampoco he mejorado mucho en este sentido. Además, casi siempre me ha funcionado.

La casualidad quiso que se cumpliera la cuadratura del círculo con María Bolaño, que tuvo intención de resolver el conflicto que había provocado el día anterior. Si lo explico así es porque fue así. Yo ya ni pensaba en ella. Estaba repasando apuntes de problemas filosóficos cuando la vi asomar tras una estantería, haciéndome señales, como si fuera un espíritu burlón y juguetón. Me levanté de la silla y la seguí, hipnotizado, a través del pasillo del claustro. Sin decir palabra, bajó la escalera y cruzó el patio en dirección al jardín hasta que se detuvo ante la puerta de un espacioso y poco diáfano invernadero victoriano que había detrás del edificio principal. La abrió lentamente y se adentró en aquel universo verde, desordenado y húmedo, como si fuera un espectro. Estaba tan segura de que la seguiría que en ningún momento se giró para asegurarse de ello. Supongo que con la cara de sumisión que había puesto en la biblioteca ya tenía suficiente. Si se lo hubiera propuesto, habría conseguido que la siguiese hasta Mollerussa. ¡Qué tía, la Bolaño! Inseguro y muerto de curiosidad, entré en el invernadero, palpando los vidrios amarillentos que un día dejaron pasar la luz. Al final de uno de los pasillos, la encontré removiendo con mucho cuidado unos tiestos de anémona nemorosa abandonados. Se giró para darme la bienvenida justo en el momento en que sacaba una botella de whisky, como el que saca un conejo de un sombrero de copa.

—Solo tengo un vaso. Esta botella está aquí desde hace... meses —dijo, y puse cara de creerla.

Mientras me servía un chupito, entendía por qué a menudo le temblaban las manos. Necesitaba beber.

—Hablemos claro, señor Rubio. ¿Qué importa que las cosas sean verdes o rojas? ¿Tanto le preocupa formar parte del cardumen?

Cardumen. No tenía ni idea de qué era eso, cosa que ella pilló enseguida. A lo mejor, si hubiera leído más...

—¡Un banco de peces! —gritó con énfasis—. Si el delfín viene por la derecha, usted se va hacia la izquierda, siguiendo ciegamente el espasmo de supervivencia del resto de los jureles. Es eso o palmar. ¡Consuélese! Su mente, en clase, sirvió para un uso filosófico, o sea: una especie de ofrenda a la investigación.

—¿Se está riendo de mí?

—Yo no me río de mis mejores alumnos. Su trabajo, aunque con faltas, se merecía un nueve.

Toma ya. ¡Tenía un nueve del trabajo que no había corregido! Por fin llegaba la nota, y mi autoestima experimentó un subidón. ¡De repente, me reconcilié con el fantasma del invernadero! No me atreví a meterme con su vida personal. No se trataba de cagarla otra vez, preguntándole por cómo llevaba su problema con la bebida. Además, ya me lo podía imaginar: una persona que va escondiendo botellas de whisky en su lugar de trabajo, no lo tiene controlado del todo. El termo de poleo menta que cada día llevaba a clase, en realidad, contenía otra cosa. Solo le pedí que la próxima vez que plantease un experimento parecido al de las carpetas, se buscara otro ayudante de mago. Con el vaso en los labios, asintió, y después de darle un trago generoso, añadió:

—Como quiera... Aunque dentro de un tiempo, cuando no le haga caso en mis clases, ¡me rogará que le utilice!

¡Me recordaba tanto a Merlí! Sentí la necesidad de hablarle de él.

—Ah... ¿Es bueno?

—¿Que si era bueno? Era el mejor.

Apretando el vaso con fuerza, lo alzó con un gesto ceremonioso. Me miró a los ojos con ternura y brindó por «los mejores profesores». Agradecido por ese detalle, la seguí, repitiendo el brindis y recordando a mi maestro:

—Por los mejores profesores.

Las cerezas

En México, la muerte se vive como una entidad física con la que se puede convivir. Se puede bromear sobre ella e, incluso, celebrarla. Han entendido que la muerte consiste en reivindicar la propia vida. Pero aquí no. Aquí la muerte es una cosa que hay que ocultar a los niños para protegerlos. En la cultura occidental, la muerte es un tema que mejor no tocarlo, y «Por favor, hablemos de cosas agradables». Supongo que también depende de la persona. Hay quien aprende a gestionar el tabú y se consuela dedicándole un par de reflexiones al año. Y puede que eso ya sea incluso demasiado, no vaya a ser que uno termine en la *chaise-longue* de un psicoanalista. No nos engañemos, estamos acojonados ante la muerte. Y de repente, nos toca recibirla. El propio Bruno se la topó de morros cuando la Calduch lo despertó el día de la huelga de estudiantes con este titular: «¡Chaval, despierta! ¡Hemos de hablar de la lápida de Merlí!». Y como era de esperar, oculto bajo las sábanas, se quitó de encima la responsabilidad.

—¡Joder, yaya! ¿Con lo bien que estabas y ahora te pilla el subidón de la lápida?

No le faltaba razón. Tres semanas antes yo le había tocado la fibra a la Calduch al decirle que era una profesional de la vida, y se había recuperado en cuestión de días. No quiero darme demasiada importancia. Estoy convencido de que si salió del pozo fue por la fuerza que le daba su nieto. Yo me limité, sin ser consciente del todo, a darle un último empujoncito. Le fueron muy bien aquellas

palabras de ánimo. Tanto, que ahora pensaba en lápidas con una naturalidad que tenía aires mexicanos. Y, de repente, el mal rollo ya no lo tenía la abuela sino el nieto. Para la Calduch, después de la tragedia de la muerte de su hijo, los trámites administrativos y los pésames, el asunto de la liturgia fúnebre era una asignatura pendiente que no se podía eludir. Seguramente, durante los días del funeral no estaba por la labor de pensar en epitafios, y menos aún de encargarle una lápida al marmolista. Por lo tanto, en el nicho de Merlí solo había una pared provisional de cemento, oscura, gastada y sin el nombre del difunto. No era justo. Y Bruno también lo sentía así, pero la muerte de su padre no era algo que quisiera recordar. Yo lo entendía. Ya resulta bastante duro aceptar que no vas a volver a ver a tu padre, para que encima, cuando empiezas a asimilarlo, te vengan con lápidas, y tengas que decidir si quieres grabar un angelito en relieve o una paloma de la paz... Y, además, pagar una pasta. Ahora me pregunto si en el Black Friday hacen descuentos en lápidas.

Bruno le dijo a su abuela algo que le reconcomía por dentro desde hacía tiempo: habría querido incinerar el cuerpo de su padre, y no meterlo dentro de un nicho. Esparcir las cenizas desde lo alto de un acantilado, sobre el mar, tenía su parte romántica. La Calduch, sin embargo, le explicó la razón de su decisión. Ella, como madre, tenía derecho a disponer de un lugar donde ir a llorar a su hijo. Quería visitarlo de vez en cuando, dejarle flores, y hasta incluso hablarle. ¿O es que no hablamos todos con nuestros muertos? Pues ella también quería tener esta línea directa con Merlí.

—Cuando yo me muera, coges los restos de Merlí, nos incineras a los dos juntos y lanzas las cenizas en el teatro griego de Epidauro. Pero de momento quiero tenerle localizado.

Bruno no tuvo más remedio que aceptar sus razones. La entendió perfectamente, e incluso imaginó que algún día él sería capaz de llevar flores a la lápida. Aquella mañana desayunaron juntos, con calma, sin tocar otra vez el tema, pero sabiendo los dos que los trámites para encargarse de la lápida de Merlí Bergeron eran algo inminente. Lo único que tenía que hacer Bruno era ayudar a encontrar un buen epitafio que grabar en el mármol. Había que pensar unas palabras que hicieran justicia a Merlí, y que se alejaran del tópico «padre e hijo amado...». Tenía que pensar bien qué palabras utilizaría. Por eso, cuando Bruno llegó el día de la huelga a la universidad y me vio con un megáfono en la mano, rodeado de unas dos mil personas y coreando «¡Tasas abusivas, pasamos a la ofensiva!», pensó que se me ocurriría alguna idea.

Sinceramente, no sé de dónde me surgieron las ganas de apuntarme a organizar la ocupación del rectorado. Yo, que intentaba no implicarme demasiado en los asuntos sindicales, encontré en aquella huelga la oportunidad de recuperar un poco al Pol Rubio de siempre, el que sabía hacerse escuchar cuando hablaba, en definitiva, el aprendiz de líder. Es posible que echara de menos aquel protagonismo de mi etapa de instituto. El problema llegó cuando Rai me dijo que la Bolaño no seguía la huelga y que, por lo tanto, haría la clase de Ética como de costumbre. El verdadero problema, en realidad, era que Rai tenía intención de ir a esa clase. Lo recuerdo muy bien, parecía un pez fuera del agua, rodeado de aquella multitud que se apretujaba en la escalera de mármol. Silbidos, cánticos, banderas, mensajes enganchados en las paredes... y el chaval de la avenida Pearson viéndolo todo desde la distancia, con una mirada escéptica que nunca olvidaré. Sabía que la mani de estudiantes no llegaría a nada, como tantas que hay cada año. Y estaba claro que Rai no pensaba formar parte de la

gente que luchaba contra la precariedad en la enseñanza y para pedir mejoras salariales para los profesores y una rebaja de las tasas universitarias. Él, que tenía su mansión y una piscina con el agua a veintidós grados exactos de temperatura, no podía de buenas a primeras ponerse a gritar «Contra la tijera, piedra, piedra, piedra», porque no habría tenido ningún tipo de credibilidad. Consciente de quién era y de dónde venía, prefirió mantenerse al margen y no comportarse como un absoluto hipócrita. Yo, en cambio, cuando supe que Rai iría a clase de Ética, le pasé el megáfono a Arnau, el novio de Oti, que estudiaba Matemáticas, y me dirigí al aula 118. Entonces fue cuando me topé con Bruno Bergeron, que venía con unos amigos de Historia. Yo mismo los había convocado, desde mi hipócrita tribuna de flamante «miembro de la Comisión de Huelgas del Sindicato de Estudiantes». Bruno se abrió paso entre aquel caos y me pidió que le ayudase con el epitafio de su padre. El nombre de Merlí me hizo bajar de golpe al mundo real. No era el mejor momento para revivir su muerte, y así se lo hice saber.

—Tío... ¿ahora? De verdad, no quiero pensar en ese tema, que me afecta mucho...

No pude continuar. Se enfadó, y me interrumpió con un tono severo que me dejó sin respuesta.

—¡Mira, estoy hasta los cojones de que siempre quieras demostrar que te afecta más que a mí la muerte de Merlí! ¡Puede que tú fueras su alumno favorito, pero yo soy su hijo! ¿Te ha quedado claro?

Si hubiera sido un día cualquiera, la bibliotecaria habría salido al pasillo a pedir silencio, o incluso puede que el guardia de seguridad nos hubiera echado de la facultad por montar un escándalo. Pero los gritos del tsunami de estudiantes eran ensordecedores, y yo fui

el único en enterarme de la bronca de Brunete. No supe qué decirle y, mirándole a los ojos, entendí con vergüenza que no había forma de replicar a aquella verdad majestuosa que acababa de restregarme por la cara. Me dolió mucho. No había tenido en cuenta que él era el verdadero protagonista del dolor. Bruno se marchó cuando yo todavía estaba digiriendo sus palabras, y no pude alcanzarle. Era imposible avanzar entre aquella multitud. Lo único que podía hacer era desviarme hacia la escalera que daba al claustro de Matemáticas y dar toda la vuelta por si lo veía... pero no había ni rastro. Me tomé unos segundos para pensar, y me decidí por lo práctico: a falta de Bruno..., Rai. Ya resolvería el mal rollo con Bruno más adelante. Ahora lo que tocaba era correr a clase junto a Rai. Está claro que, cuando uno quiere, se salta a la torera los principios de la ética, ¡y si hay que ir a clase mientras todo el mundo se manifiesta en la huelga que uno mismo ha montado, pues se va, y ya está bien de socialdemocracia! ¿Y qué es lo que me impulsaba en este vergonzoso giro ideológico? El sexo. Ni más ni menos. Yo quería tener rollete con Rai, lo tenía clarísimo. Cada día que lo veía me deleitaba viendo cómo paseaba su cuerpo larguirucho y su nariz morbosa por la facultad. A medida que pasaban las semanas me sentía más motivado para, un día de aquellos, tirarle la caña. Me faltaba poco para hacerlo, pero tenía que esperar al momento adecuado. En ese instante lo que tocaba era sentarse a su lado y escuchar a la Bolaño que, para acabar de ponerme cachondo, se puso a hablar de otro tema tabú:

—¿Alguien ha cumplido todas sus fantasías sexuales? — preguntó a los ocho alumnos presentes, todos los que habíamos decidido ignorar la huelga.

Nadie respondió. Desde la lejanía nos llegaban con claridad los gritos de «Universidad pública y de calidad». Y yo, en silencio,

pensando que aún no había cumplido todas mis fantasías, me imaginaba que me metía algún objeto fálico por el culo, fantasía que tenía pendiente con mi cuerpo desde hacía años y que nunca me había atrevido a llevar a término ni en la más íntima soledad.

—¿Por qué nos cuesta tanto asumir en público lo que nos pone a cien en la vida privada? Foucault decía que los tabús van ligados a un código moral. El mundo gira alrededor de dos tabús opresores: el sexo y la muerte. El tabú del sexo existe porque seguimos viviendo el sexo con culpa.

Estaba tan atento que lo había apuntado todo en el folio que Rai me había dejado al empezar la clase. Incluso le había pedido el marcador fluorescente para subrayar aquello de «vivimos el sexo con culpa». Pero esta última frase no llegué a marcarla, porque una marea de piquetes de huelga irrumpió en el aula. Traían cara de pocos amigos. Venían a buscar a un tal Pol Rubio, el joven sindicalista, y estaban capitaneados por Minerva. Tragué saliva, como el que se traga una pastilla bien gorda.

—De Rai me lo podía imaginar, pero vos, Pol... ¡Debés tener un motivo muy importante para portar el megáfono y después venir a clase!

—Bueno, soy humano... Y, por tanto, contradictorio.

La Bolaño todavía se ríe a día de hoy. Pero es que es la única cosa que se me ocurrió para justificarme. Minerva volvió al ataque:

—Pol, ¿quierés saber por qué no estoy sentada con ustedes? Porque estoy cansada, y en mi país cuando estamos cansados no nos sentamos, ¡salimos a la calle!

Después del silencio que provocó ese breve discurso, el aplauso generalizado nos hizo sentir todavía más pequeños. Aquel momento de película convirtió a Minerva en toda una institución. Ella tenía muy claro que había llegado a Barcelona huyendo de una Argentina

que estaba comenzando a notar los efectos de la crisis económica. Quería con locura a su tierra y sentía una nostalgia permanente de su país, y especialmente de su abuela, una señora de ochenta años, enferma, que fue quien le aconsejó tomar un avión y marcharse a Barcelona. Aquí también sabíamos lo nuestro sobre crisis, pero estaba claro que aquel país latinoamericano había sufrido muchos más estragos. Minerva había encontrado trabajo de camarera en Barcelona, y ahora estaba pendiente de la resolución de una beca que le permitiría trabajar en la biblioteca y dejar el bar. Me encantó la mirada de mala leche que le dedicó a Rai, y cuando Minerva se fue junto con el resto del piquete, me salió de forma espontánea el agenciármelo para aquella tarde.

—¿Me ayudas con la lógica?

Y tanto que me ayudó. Unas horas más tarde, en mi habitación. Primero tuve que cumplir con mis horas en el *parking*, una cuenta atrás permanente hasta el momento de salir. Lástima que un ejecutivo coreano me obligase a hacer unos minutos extra dándole indicaciones para aparcar su Porsche. Y mira que ya iba vestido de calle, pero por miedo a tener una queja oficial de un cliente enfadado, tuve la paciencia necesaria para ayudarlo a aparcar sin rayar el coche. En cuanto apagó el motor, salí corriendo porque tenía que llegar como fuera antes que Rai. Justo cuando abría la puerta me llegó un mensaje suyo diciendo que igual llegaba unos diez minutos más tarde. Perfecto. Tenía tiempo de ducharme sin demasiado estrés, cambiarme de ropa y arreglar un poco la habitación... Todavía me sobraron diez minutos. Cuando comenzaba a sentirme ridículo, sonó el timbre. Como es lógico, tardé un poco en contestar, no fuese que pareciera que estaba ansioso por verle.

—¿Quién es? ¿Rai? Hostia, sí, claro, sube...

Casi se ofende, pero finalmente comenzamos la clase particular. Las lecciones de lógica, si te las explica un tío como Rai, son más fáciles de digerir, y hasta entendí varias cosas que antes me sonaban a jeroglífico. En apenas unos minutos ya estábamos los dos sentados en sendas sillas, con los pies sobre la cama. Yo dibujaba el árbol de las subfórmulas, y de vez en cuando él se acercaba a mí y marcaba con rotulador fluorescente dónde me había equivocado, o si me faltaba añadir alguna fórmula. Y entre un subrayado y otro, se ponía el marcador en la boca, lo lamía, lo hacía sonar entre sus dientes, como un niño que muerde un lápiz. Y así, mirándolo con disimulo, yo me iba poniendo caliente y nervioso, o nervioso y caliente, según cómo imaginaba todas las cosas que yo querría subrayar en su cuerpo. Pero no podía distraerme demasiado, porque Rai no paraba de preguntarme, ¡poniendo mucho interés en mi proceso de asimilación de las malditas tablas de la verdad! Alfonso y Gloria nos oían desde el comedor, y pusieron a calentar unos canelones en el horno, para cuando acabásemos de estudiar. Rai no quería, pero al final se quedó a cenar porque mi padre insistió. Solo faltaría que, una vez en casa, rechazase la invitación. Los canelones estaban muy buenos, pero la verdad era que yo tenía ganas de que acabase aquella conversación agradable entre los cuatro, para saber si Rai se quedaría para seguir repasando el examen. Por desgracia tenía que irse.

—Le he prometido a mi madre que barrería la casa.

Qué cabrón. Encima, cachondeo. Era tarde, la sobremesa se había alargado y, por un momento, pensé que había pecado de ingenuo al imaginar que se quedaría un rato más. Ya puestos, que se hubiera quedado a dormir, eso sí que habría sido ideal. Pero con mi padre por allí aquello habría sido una escena de vodevil. Mi

padre sabía que había tenido novias, pero jamás se hubiera imaginado que también me había enrollado con tíos. Por lo tanto, nos despedimos en el rellano de la escalera, le agradecí que me hubiera explicado las tautologías y las contingencias de la lógica proposicional, y se marchó.

Mi habitación daba pena, vacía, pero todavía con el aroma de esa colonia suave y cara que se ponía Rai y que le gustaba a todo el mundo. Pero encima de la cama estaba su marcador fluorescente. Se lo había olvidado. Mi primer impulso fue seguirle escaleras abajo, pero no era necesario. Ya se lo devolvería al día siguiente en la universidad. Además, aquel marcador tenía una forma fálica... Era mi oportunidad. Me sentía tan profundamente excitado ante la idea de poseer un objeto que era suyo que no me lo pensé dos veces. Tras cerrar la puerta con mucho cuidado, me sentí lo bastante seguro como para obtener la recompensa que merecía tras haber pasado todo el día con él. Nadie podría entrar porque había cerrado con pestillo. Sentado sobre la cama, aparté los apuntes, que cayeron al suelo. ¡Toda la lógica por los suelos! Entonces comencé a acariciar mis labios y mi lengua con el marcador, tal como había hecho Rai. Embriagado de excitación, y palpando a ciegas aquel fetiche lubricado, me lo fui introduciendo suavemente por el culo. En ese momento, la lógica dejó de ser necesaria en absoluto, y las fórmulas ya no tenían sentido. Era el momento de abandonarse al placer total.

La utilidad sexual de los objetos que tenemos en casa es un temazo. Un marcador con la punta redondeada podía entrar mejor que un plátano o la mítica zanahoria. No hay ni que decir que el lado del tapón no es el más práctico. Ahora, cuando miro al pasado, ya no me preocupa explicar estas cosas. Me doy cuenta de que he aprendido a aceptar mis fantasías y, sobre todo, a explicarlas sin

ningún rubor. Está claro que no le voy diciendo a todo el mundo lo que hago en la intimidad, pero aquel fue mi propio descubrimiento de América. Mi imaginación convirtió aquella cama en mi navío, que el viento impulsaba con oleadas de placer, hasta llegar a la isla y oír que alguien con la voz de Rai gritaba: «¡Tierra a la vista!».

La visita de Rai había sido un éxito. El examen de lógica me fue bastante bien y calculaba que Vidal me pondría un cinco o un seis, teniendo en cuenta que había escrito las fórmulas a la perfección. ¡Y sin chuletas! Bueno, una sí que me hice: la del principio de no contradicción, que siempre se me resistía: una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo. Fuera del claustro, todos los alumnos íbamos pasando unos tras otros, algunos arrastrando los pies y con mala cara, temiéndose una nota entre el cero y el tres. Y otros, como yo, con una cierta sensación de haber sobrevivido. También estaba Rai, menos modesto, saludando a los presentes con su clásico y humilde «He sacado un ocho porque me he despistado un poco». Daba rabia, pero a la vez lo perdonabas porque era encantador. Minerva, en cambio, estaba tan nerviosa por su beca que había entregado el examen casi en blanco. Aquel día tenía que recibir el veredicto de la comisión de becas, y se produjo el milagro. La bibliotecaria le pidió que pasara por su despacho para firmar el contrato. Oí sus gritos de alegría cuando yo salía del examen. Desde lejos, vi cómo se abrazaba a Rai para celebrarlo. Minerva estaba tan contenta que se subió sobre su espalda, y él la paseó divertido entre las columnas que habían sido testigo de su incertidumbre. Daban toda la imagen de una pareja que se hubiera enamorado y que estuvieran bebiéndose la felicidad de un trago. Yo, por mi parte, no pude hacer otra cosa que ir asumiendo la derrota con deportividad. Ya se acababa la mañana, y me marché entristecido de la universidad, camino de otro escenario de columnas: mi querido *parking*. Estaba

como para quedarme catatónico toda la tarde, con la mirada en el vacío. De vez en cuando pasaba la escoba, aunque fuera por hacer algo, y amontonaba el polvo junto a las rampas.

A última hora lo recogía. A menudo pensaba en Sísifo, el personaje mitológico que, por haber desafiado a los dioses, fue condenado a arrastrar una roca montaña arriba eternamente. Cuando llegaba a la cima, la roca caía, y Sísifo tenía que bajar para volver a subirla. ¡Y así durante toda la eternidad! Albert Camus decía que Sísifo era un héroe absurdo que vivía la vida al máximo, odiaba su muerte y estaba condenado a un trabajo inútil. Sísifo sentía la libertad durante un breve instante, cada vez que conseguía colocar la piedra en la cima. Para mí, la libertad comenzaba cuando llegaba mi compañero del turno de noche. Curiosamente, aquel día ni me di cuenta de que ya estaba allí. me encontraba barriendo cuando noté algo en el bolsillo del pantalón. Era uno de los carteles de propaganda de la huelga de estudiantes. Enseguida pensé en Merlí. A él le hubiera encantado verme ondeando pancartas. Estaría orgulloso de mí, y también habría entendido que me escapara para ir a clase por puro interés amoroso. Sonreí, recordando cómo la liaba él en el instituto, saltándose las normas y montando aquellos *shows* en los que aprendíamos más que en cualquier clase «de las de toda la vida». «Se necesitan muchos Merlís en el mundo, y yo quiero ser uno de ellos», pensaba... y fue entonces cuando se me ocurrieron algunas ideas para su epitafio. Entusiasmado con la idea de encontrar las palabras justas que pudieran ilustrar su mensaje inmortal o las que supieran loar su paso por este mundo con la suficiente ironía, se me fue pasando la tarde. Mi compañero del turno siguiente me rescató de aquel arrebatado creativo golpeando el vidrio con su mensaje mesiánico: «¡Nene, que vengo a liberarte!».

Y una vez liberado del inframundo, aproveché para visitar al culpable de haberme mandado aquella misión epitáfica: Bruno. Arreglaría las cosas entre nosotros con la excusa de que ya tenía la frase que quería. Además, pensé con egoísmo que «a falta de Rai... Bruno». Sí. Cuando abrió la puerta y me dijo que su abuela había salido a un estreno de teatro, aún me sentí más cómodo. Le enseñé el epitafio que había pensado, escrito en la parte de atrás del cartel de huelga. Sé que le encantó, aunque él lo expresara diciendo que era a la Calduch a la que le encantaría. No fuera que acabara expresando con demasiado entusiasmo que le gustaba mi idea. Pasamos del examen del epitafio a hacer las paces, estirados sobre la alfombra, comiendo cerezas y bebiendo cerveza helada. Bruno también tenía su propio fetiche. Fue después de haber compartido cerezas en las colonias del Montseny. Resulta que las cerezas le ponían caliente porque le recordaban mis labios. Parece mentira cómo acabamos reconciliándonos a través de una fruta, después del mal rollo durante la ocupación del rectorado. Estábamos relajados, en la mejor de las intimidades, cuando Bruno dejó caer uno de sus torpedos.

—Estás enamorado.

—¿Yo? ¡No! —contesté intentando disimular lo mejor posible.

—No era una pregunta.

Mi cara lo decía todo. Le dije entonces que el objeto de mi amor se llamaba Rai Casamiquela. Bruno sonrió con tristeza, sin disimular los celos que se veían en sus ojos. Yo conocía todas las expresiones de su cara. Y la mía propia, en aquel momento, era de agotamiento. Ya no podía más. No encontraba fuerzas para continuar escondiendo la evidencia. Meses atrás, había estado enamorado de Tania. Y ahora me enamoraba de un chico. Era obvio que me atraían tanto los hombres como las mujeres, y eso, por

mucho que yo quisiera esquivar etiquetas, tenía un nombre. Un nombre que salió de mi boca por primera vez, después de sacarme con los dedos un hueso de cereza.

—Bruno..., soy bisexual.

Nos permitimos un largo silencio... antes de celebrar juntos la Gran Fiesta de la Cereza. Ahora no puedo acordarme de quién estaba encima del otro. Puede que fuera yo... o él. No tiene importancia. Mientras nos besábamos, a oscuras, imaginaba que besaba los labios de un chico rico de Pedralbes, que dormía en una cama inmensa, con sábanas de seda...

Demócrito de Abdera

Demócrito de Abdera era un visionario. Entendía que la materia estaba integrada por átomos. La historia dice que incluso presintió que su muerte coincidiría con las fiestas tradicionales de su ciudad. Fue su propia familia, pragmática hasta la médula, la que le pidió que no anunciara la infausta profecía hasta que hubieran terminado los sacrificios. Demócrito, que era una buena persona y un hombre generoso, accedió a morirse una vez que terminasen las celebraciones. Tan solo pidió una cosa: un recipiente con miel. Durante sus últimos días fue el aroma de la miel lo que lo mantuvo vivo, y cuando terminaron las fiestas sencillamente pidió que le retirasen el frasco, y entonces dejó el mundo de los vivos. Era el año 370 a. C. Y dos mil cuatrocientos años más tarde, Biel, igual que Demócrito, supo qué día moriría.

Oti tuvo mucho que ver con eso. Una mañana nos explicó cómo unos amigos suyos del pueblo hacían una fiesta en la que uno de ellos se metía en un ataúd, haciéndose el muerto, y los demás acudían a su «entierro». Durante el velatorio del cadáver, comían y bebían hasta que el muerto resucitaba y se unía a la fiesta. Cuando nos lo explicó, en un descanso entre clases, cruzamos las miradas y tuvimos muy claro que queríamos montar una fiesta como aquella. Teníamos el sitio: el piso de Minerva, y teníamos el ataúd: ¿o acaso Rai no podía conseguir lo que fuera soltando pasta? Tan solo nos faltaba el elemento esencial de un funeral: el muerto. Eso no se podía comprar, de manera que decidimos que quien se prestase a

cruzar el linde de la vida podría comer y beber gratis toda la noche. Enseguida Biel levantó la mano y se prestó a ser amortajado a cambio de jamón, croquetas, queso y *gin-tonics* sin límite. Valía la pena morir durante unas horas. Creo que nunca he deseado tanto una fiesta como en aquella ocasión. Resultaba excitante saber que estábamos a punto de despedir a un difunto de aquella forma extraña e irreverente. La noche prometía, además, porque Rai y yo nos encargábamos de organizarlo todo. Me excitaba mucho pensando en las horas que pasaríamos preparándolo, como dos amigos inseparables que se conocieran desde hacía años. Suele pasar que la muerte da nueva vida a los vínculos, y que los tanatorios son lugares donde se puede volver a unir lo que la vida ha separado. Somos así de complicados y contradictorios. Así pues, aquella muerte simulada de Biel nos estaba uniendo más que nunca, y eso me llevaba a crearme unas expectativas que básicamente se resumían en: a mitad de la fiesta, sin miedo, le tiraré la caña a Rai, porque nunca se sabe... ¿O acaso no le había funcionado a Bruno conmigo, en mi fiesta de los dieciocho años? Rai tenía intención de cargar el ataúd con botellas de whisky, ginebra y ron, para después llenarlo con el cuerpo de Biel. Pensar en aquella imagen auguraba una noche bastante pasada de vueltas.

Nosotros, abusando del alcohol como si nunca pensáramos que podríamos llegar a depender de aquella sustancia, y ella, enganchada a la botella de whisky que tenía oculta en el invernadero, y a todas las que debía de tener en casa. Sabía que mi profesora preferida se estaba haciendo daño y no podía evitarlo. Pero no era cosa mía hacerle de psicólogo. El día antes de la fiesta habíamos estado debatiendo en clase sobre dos vías: la hedonista y la kantiana. La pregunta era: ¿cuál de las dos es la más directa hacia una vida plena? Al principio me puse del lado de los

hedonistas, los que viven el «aquí y ahora» con plenitud, rechazando el dolor y disfrutando del presente. Pero a medida que íbamos debatiendo, me di cuenta de que había cambiado de grupo: los kantianos o puritanos son personas reflexivas, que están convencidos de que la felicidad es algo que hay que ganarse con esfuerzo. El debate nos llevaba de un lado a otro como cubos en la cubierta de un velero. La Bolaño quería que abandonáramos las posturas inamovibles. Se encargó de poner a las dos facciones bien diferenciadas a ambos lados de la clase. Los hedonistas a la izquierda y los kantianos a la derecha. La imagen parecía la de dos bandas rivales. Pero la Bolaño hizo una reflexión que siempre me acompañará:

—En mi clase solo hay una frase prohibida: «Lo tengo clarísimo».

Y así fue como, mientras cada uno aportaba lo poco que sabía sobre aquellas dos formas de ver la vida, aprendimos a reflexionar y, sobre todo, a escuchar.

La noche del «entierro» de Biel, en el piso de Minerva debía de haber unas cuarenta personas, y eso se nota en un piso de poco más de cien metros. Biel era un compañero querido, y media clase había venido a despedirlo con pena y respeto. Realmente, era un espectáculo impactante: Biel, dentro de un ataúd abierto y con un maquillaje pálido que simulaba el rigor mortis, miraba de reojo a los que firmaban el libro de condolencias mientras bebían chupitos. Nos limitamos a unas pocas palabras que sonaban solemnes pero que nos provocaban una risa contagiosa. Tan surrealista era la situación que cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que estábamos locos. Sencillamente, éramos unos alumnos de filosofía que se dejaban llevar por las ganas de nuevas experiencias, aunque fueran algo macabras. Hay que decir también que Biel se comportó como un campeón haciendo el papel de muerto. De vez en cuando,

Oti le ayudaba a incorporarse para que bebiera un poco para que no se deshidratara.

Minerva, preocupada por si la música y el follón que estábamos montando molestarban a los vecinos, sugirió llevar la fiesta a la azotea, el mismo lugar donde Rai y yo habíamos discutido unas semanas antes. Pero aquella noche estaba reservada al buen rollo. Rai y yo éramos inseparables, como un átomo de Demócrito. Subimos la escalera corriendo, y aún no sé cómo lo conseguí porque con tanto whisky comenzaba a costarme moverme con seguridad. Rai había bebido exactamente lo mismo que yo, con el mismo ritmo. Cuando uno de los dos se acababa el cubata, animaba al otro a acabarse el suyo para ir juntos a por otra copa. De repente, llega un momento en la noche en que ya no sabes cuántos llevas, y pierdes el sentido del ridículo.

Lo bueno es que todos íbamos igual de colocados, hasta Biel, que cuando ya llevaba una hora dentro de la caja se levantó de golpe.

—¡Vale, no puedo más! ¡Necesito vivir!

Y se puso al día en el mundo de los vivos. Rai y yo nos partíamos de risa sin saber de qué, y eso nos hacía reír aún más, y nos sumábamos al grupo que estaba bailando y nos volvíamos los amos de la pista. De vez en cuando el cabrón me abrazaba, como diciendo: «qué bien me lo estoy pasando contigo». Su cara rozaba la mía, y la sala de máquinas de mi cuerpo iba a toda potencia. Hasta sentí cierto placer cuando Minerva le recriminó que no le estaba haciendo caso. No engañaré a nadie: eso me encantaba, porque me convertía en el juguete exclusivo de Rai aquella noche. Oti se nos acercó con ganas de formar parte de aquel buen rollo que desprendíamos Rai y yo. Le dimos un beso bien grande agradeciéndole que nos hubiera explicado las fiestas locas de su

pueblo. Entonces Oti, como era costumbre en ella, hizo un comentario inoportuno casi sin darse cuenta.

—Qué bien, Rai. Me encanta que te tomes con tanta alegría la fiesta-funeral, cuando hace tan poco que se ha muerto tu padre.

Qué fuerte iba Oti. La cara de Rai pagaba por sí sola, y me enfadé un poco con ella. A lo mejor no era necesario, pero quise dejarle claro que estaba en terreno pantanoso:

—Pero ¿de qué vas, tía? —le dije con una sonrisa severa.

—Lo digo de buen rollo. ¿Qué pasa, Pol? ¿Es que a ti también se te ha muerto alguien?

Una tras otra. Cuando se ponía a ello, Oti arrasaba. Es verdad que aquellos ataques mortales de ingenuidad tenían cierta gracia porque, sin proponérselo, creaba mal rollo. La prueba es que se alejó con una sonrisa, y Rai y yo nos miramos serios. Cada uno había perdido a alguien importante. Él, a su padre, lo que no dejaba de ser una noticia triste por mucho que no tuvieran una gran relación. Y yo, a Merlí, y unos años atrás a mi madre... Por desgracia, sabía bastante sobre funerales. El bajón que me cogió pensando en aquellas pérdidas fue brutal, tanto que de repente perdí de vista a Rai. Se había desvanecido sin decir nada. Yo estaba preocupado por si se había enfadado con Oti. Rai era un tío raro, y muy capaz de haber llamado a su mayordomo para que pasara a recogerlo por casa de Minerva. Quise evitarlo, pregunté a todo el mundo, pero nadie le había visto. Fue Biel el que me dijo finalmente que le había parecido verlo salir de la terraza en dirección al piso. Fui corriendo a la escalera y bajé los escalones de tres en tres.

Cuando llegué al piso de Minerva, la puerta estaba entreabierta. Entré. ¿Se habría refugiado allí? ¿Habría ido a por alguna bebida fresca de la nevera? El pasillo estaba vacío, y todavía con restos del

funeral que se había celebrado. El libro de condolencias estaba en el suelo, abierto por la página central, donde destacaba una dedicatoria: «Biel, fuiste un poco agarrado, pero buena persona. Siempre te recordaremos». En ese momento me pareció oír un crujido de madera proveniente del ataúd. Me acerqué, deseando que fuera Rai, que estuviera allí rebuscando alguna botella entre el forro de terciopelo granate de la caja. Era él, sí, pero no buscaba ninguna botella. En la penumbra, pude ver que estaba estirado dentro del ataúd. Permanecía inmóvil como un vampiro dormido para siempre, con las manos cruzadas en el pecho y los ojos cerrados. Me entró una risa escandalosa pero él siguió impassible, aguantando el tipo, inexpresivo. Me acerqué a él, pisando el suelo pegajoso y lleno de cenizas de los cigarrillos que había fumado la comitiva fúnebre. Cuando me asomé a la enorme caja, me quedé impresionado. Rai era un muerto mucho más real que Biel. Supongo que a Biel se le notaba la respiración, y una leve sonrisa bajo la nariz. A Rai, en cambio, al ser de piel pálida, daba miedo verlo estirado, sin vida. Yo, Pol Rubio, como un príncipe dispuesto a arrancar del sueño eterno a su amor con un beso, me acerqué.

—No te mueras, Rai. Quiero saber cuáles son tus últimas voluntades —susurré.

Por fin lo tenía para mí solo. Había llegado el momento de dar el paso. Mi boca se acercó a la suya... y disfruté de un beso suave en sus labios. Calculo que duró unos cuatro segundos, hasta que Rai abrió los ojos y se dio cuenta de que tenía a un tío pegado a los morros. Me aparté despacio, esperando su reacción. Se puso a reír sin parar, y yo también, asustado de que me mandara a la mierda.

—Hostia, Pol... Te molan los tíos —dijo sin parar de reír. No parecía saber que existía la bisexualidad.

—Vete a la mierda, Rai —contesté, riendo, como si no me hubiera afectado su comentario.

Nos quedamos un rato en silencio, sin saber qué más decir. A mí me había quedado clara su reacción: no tenía ningún interés por mí ni por ningún tío. No había ningún resquicio para la posibilidad de una relación con un chico, ni aunque fuera por curiosidad de joven heterosexual.

En ese momento era yo el que quería salir de allí. Me sentía incómodo, necesitaba escapar bien lejos, donde no pudiera encontrarme Rai Casamiquela. No le dije ni adiós. Todo quedaba justificado, pensé, por mi borrachera. Porque, si no, no sabría cómo mirarlo a la cara en la universidad. Anduve durante mucho rato sin saber adónde iba, no lo recuerdo, pero en aquel estado etílico me daba igual. No quería ir a casa porque sabía que si me tumbaba en la cama todo me daría vueltas y odiaba aquella sensación de mareo. Al cruzar el semáforo de la calle Diputación con Balmes, me di cuenta de que había llegado a una zona de la ciudad donde nadie me juzgaría y donde encontraría la marcha que necesitaba. Era la primera vez que se me ocurría entrar en una discoteca de ambiente. Ya tocaba.

Estaba un poco nervioso. Era la primera vez que me metía en el mundo LGTB. Al principio me quedé un poco sorprendido: solo había tíos. Y todos estaban perfectamente integrados en el ambiente. Yo no. A mí se me debía de notar en cómo bajaba la escalera con inseguridad. Estoy seguro de que todo el mundo se daba cuenta de que era mi primera vez. Pero me daba igual... ¿No era eso lo que quería? Sí que lo era. Me adentré en la discoteca, recordando que un heterosexual como Rai acababa de poner en cuestión mi sexualidad, si mi opción existía o era, como algunos pensaban, un capricho sin consistencia. No, a mí no me pasaba

eso. Y sí: la bisexualidad existe, porque yo la siento así. Me siento atraído por los dos sexos, y somos millones de personas los que pensamos igual. Aquella madrugada necesitaba que me dieran caña masculina, para suplir la carencia que había sentido con Rai. A falta de Rai..., ¡no uno, sino dos tíos! No estaba para ponerme selectivo. En un rincón oscuro, lejos de la mayoría, había dos tíos enrollándose. Me miraron, y yo a ellos. No hacía falta decir nada. En un segundo éramos una pareja de tres. Me daban igual sus nombres, o si eran homosexuales, bisexuales o heterosexuales curiosos. Mejor, así el morbo subía hasta aturdirme. Besos, morreos, manos, miembros erectos, gemidos y olor a perfume. La botellita de Popper que uno de ellos me ofreció para inhalar hizo que tomase la iniciativa. Mmm... Iba a mil por hora y quería ser muy generoso con ellos. «Gracias, chicos, somos libres y el sexo está aquí, en este rincón donde me encuentro tan a gusto mientras otros bailan. Y mañana..., ¡qué importa el mañana! ¡Basta de vaticinios! ¡Hedonismo puro!»

Pero el mañana, claro, acaba por llegar... Después de un sueño frugal, la resaca entró en mi habitación a la mañana siguiente, dando golpes en las paredes. Un domingo perdido, sin comer, solo bebiendo agua y tomando pastillas para el dolor de cabeza. Mi padre se reía, porque no es tonto, y sabía que la fiesta había sido mítica. Poco lo imaginaba: mítica y con final feliz. Me pasé el día entero tirado en la cama. Ni una llamada, ni un mensaje. El día del reencuentro cara a cara con Rai sería el lunes. ¿Qué pasaría cuando nos viésemos? ¿Cómo reaccionaría él? Y sobre todo: ¿qué le diría yo? El lunes por la mañana, cuando mi aspecto recuperó la dignidad, me di cuenta de que tenía un chupetón en el cuello. ¿De cuál de los dos tíos sería? ¿El cuarentón con perilla? ¿O el de treinta años que me había pasado el popper? En realidad daba

igual. Lo que tenía que hacer era taparlo con una bufanda. Solo me faltaba llegar a la uni como un colegial al que le habían chupado el cuello. Con mi chupetón y mi bufanda cogí el autobús, ensayando la sonrisa que mostraría a mis compañeros y pensando sobre qué le diría a Rai. Llegué a la universidad convencido de haber pasado del hedonismo al puritanismo en pocas horas. De manera que no me lo pensé dos veces. En lugar de esperar a que apareciera Rai, hice lo que en aquel momento más me apetecía: ir al despacho de María Bolaño. Llamé a la puerta deseando que estuviera, y que estuviera sola. Al abrir, comprobé que había tenido suerte. La profesora estaba sentada, leyendo unos papeles, y sin siquiera decir buenos días le pregunté:

—¿No cree que todos somos un poco hedonistas y kantianos a la vez?

La Bolaño me miró desconcertada y, por la cara que puso, me dio la sensación de que no tenía un buen día. Ya éramos dos. Me hizo sentar y contestó a mi pregunta.

—Me pilla usted en bragas.

Era lo que me hacía falta. Si me quedaba algo de resaca, se fue con aquella respuesta que me hizo reír. Una reacción imprevisible que me recordaba a Merlí, igual que pasó con la conversación que tuvimos en el invernadero. Volví a decirle que se parecían, que en esencia eran iguales: dos profesores con el magnetismo y el carisma suficientes para llamar mi atención.

—Sí, ya me dijo usted que tuvo un gran profesor. ¿Cómo se llamaba?

—Merlí.

—Humm.... ¿Era mago?

—Pues mire, sí. A su manera, lo era.

Permanecimos en silencio durante cerca de un minuto, pero no nos sentimos incómodos en absoluto. Entonces, como si me encontrase ante la persona más sabia de una tribu amazónica, le pregunté cómo se podía huir del dolor, cuando siempre está presente en la vida. Me contestó con otra pregunta.

—¿La filosofía alivia el dolor? A veces pienso que ni siquiera nos consuela. Lo que hay que hacer es darle a nuestro cuerpo lo que quiere. ¿Y qué queremos? ¿Necesitamos conceptos como la mónada de Leibniz, o el átomo de Demócrito? No. Lo que deseamos es dormir, beber, comer... ¡y follar!

Bodas de algodón

Hoy he terminado de pintar el piso de Ketty. Al final se animó y me pidió que pintase la habitación de color blanco. Mejor, porque estaba hecha una mierda. Me refiero a la habitación, no a Ketty. Ella es una mujer vitalista y pragmática. Cuando voy a visitarla, cada vez que salen los nombramientos de secundaria, siempre me dice que le recuerdo mucho a su hijo. No la quiero contradecir, pero cuando veo la foto que tiene en el salón, me parece que Lucas y yo somos como la noche y el día. Puede que en la mirada tenga una retirada a Pol Rubio. En fin, si ella lo dice...

Antes de salir del piso, me ha llamado Bruno para recordarme que recogiera el cargador de móvil que se dejó ayer en el Salón de Comuniones y Bautizos de El Caracol de Oro. El pobre estaba tan nervioso que si yo no hubiera estado al caso se habría dejado olvidada a la Calduch, cantando en el karaoke con los ejecutivos chinos. Pero vayamos por partes...

El día de ayer fue uno de esos que quedarán grabados en la memoria de la familia Rubio-Bergeron. Bruno y yo habíamos quedado para cenar con mi padre y Gloria en su restaurante preferido, el mismo donde cinco años atrás había celebrado la entrada en la universidad de un Rubio por primera vez. Ahora tocaba celebrar las «bodas de algodón» porque ya llevaban dos años casados. Nunca habría imaginado yo que mi padre volvería a pasar por el altar. Supongo que la vida es eso, un carrusel caprichoso de hechos imprevisibles que nos mantienen

constantemente entretenidos. Por desgracia, en esta familia hemos pasado por muchos episodios duros e imprevisibles, pero siempre nos hemos adaptado con cierta rapidez. Tratándose de una boda, solo había que aceptar la nueva situación como algo alegre, sin contaminarnos por la nostalgia o la tristeza de la huella que había dejado nuestra madre. En cualquier caso, aquello estaba superado, y me alegro de que mis padres —porque de alguna manera Gloria es como mi segunda madre— estuvieran alegres y quisieran compartir su buena suerte. No utilizo la palabra «felices», porque, como decía Schopenhauer: «La felicidad es una ilusión lamentable, y la filosofía ha de combatir el concepto de felicidad como la más ciega de las tonterías». No es que pensara exactamente eso, pero estoy de acuerdo con la idea de que la felicidad es un concepto ilusorio. Cuando oigo que alguien dice que su boda fue «el día más feliz de mi vida», por un lado me sube el azúcar, y por el otro pienso: «Vale, chaval, ¿y ahora qué? Te queda media vida por delante, y ¿ya has llegado a tu techo de felicidad? Ahora todo va a ser bajada, ¿no?». «Siempre», «nunca» «el mejor», «el peor»... son palabras que mejor no utilicemos o nos pillaremos los dedos y sufriremos las consecuencias. Un contrato de matrimonio —porque no deja de ser eso, un puro contrato formal— es un paso hacia delante que se ha de pensar muy bien. Y así estoy yo, con ese molesto runrún en la cabeza: ¿me caso con Bruno o qué coño hago?

Si es que a veces me canso de mí mismo. Ojalá pudiéramos por unos días, o semanas, salir de nosotros mismos, ser otros, vivir nuevas emociones y sensaciones. En fin, que las vacaciones ideales serían estas: descansar de mí. Cuando mi padre me propuso que fuéramos los cuatro a celebrar el segundo aniversario de boda, pensé: «Mierda, nos pasaremos la comida dándole vueltas al tema de ¿y vosotros cuándo?». Y después de la pregunta, todas

las miradas caerán sobre mí, y yo, como un submarinista, tendré que aguantar la presión. Como que ya comenzaba a visualizar una comida llena de momentos incómodos, necesitaba un plan pero rápido. ¿Y quién mejor que Carmina Calduch y su pirotecnia para atraer todas las miradas? Seguro que me salvaría con sus anécdotas. La llamé y le propuse que viniera a la comida, como el que la invita a la boda de los duques de Windsor. La Calduch hizo lo que siempre hace cuando le llega una propuesta rechazable: deja colgado durante unos minutos a quien esté al otro lado del teléfono —ahora me tocaba a mí— y comienza a murmurar, pasando frenéticamente las páginas de su agenda, repasando sus ineludibles obligaciones y, al mismo tiempo, disparando preguntas capciosas con tanta gracia como mala leche:

—Osteópata... Mmm... Cardiólogo... No... Ensayo en el Romea... A ver, tampoco... ¿Y dices que tengo que conocer a tu padre y a su novia, chaval? ¿Bodas de algodón? Mmm... Bueno. Ya sabes que tendré que ir a la peluquería, porque estoy fatal... Ah, y escucha, jovencito, ¿cuántos años dices que tiene Gloria? ¿Sesenta? Ah, es jovencita, pues...

Parecía que la cosa funcionaba.

—Vendré. Pero que quede claro, Pol, que no pienso coger un autobús. Me enviáis un taxi, ¿eh? Y no hagas como los de producción de las teles, que me lo envían tarde y tengo que esperar diez minutos en la calle.

¡Misión cumplida! Contaríamos con la yaya. Ahora la cuestión era aguantar la reacción de Bruno. Porque claro, si Carmina Calduch era rarita, su nieto aún era peor. Cuando supo que la había invitado se enfadó. Pero ya estaba hecho, y convencer ahora a su abuela de que no viniera era más difícil que barrer una escalera hacia arriba. Ayer todavía se levantó molesto, y estuvo callado todo el trayecto

hasta el restaurante. Cuando entramos en el Salón de Comuniones, mi padre y Gloria ya estaban sentados, disfrutando de un vino blanco. La Calduch, como era de esperar, los felicitó con dos besos, mientras clavaba la mirada en el cutis de Gloria.

—Nena, estás estupenda. Alfonso, un placer. Tú... también estás bien.

Y así comenzó la comida, con recuerdos de infancia míos, de Bruno y, cómo no, de la Calduch. Como lo que explicó sobre cómo se escapaba de misa, se disfrazaba con la ropa de sor Conchita y salía a la calle a cantar *La violetera*. Nos mantuvo entretenidos, y Bruno comenzó a sonreír. Entre recuerdos y platos de langostinos y pulpo a la gallega, se cocía el brindis que iba a caer. La tía levantó su copa con solemnidad y nos miró, primero a Bruno y después a mí, imitando el rictus de la reina Isabel de Inglaterra. Entonces, cuando todos alzamos las copas, dijo:

—Brindemos por la pareja del año. ¡Porque se casarán muy pronto!

Se detuvo el tiempo. «Pol, eres gilipollas», me dije a mí mismo. Me había pasado de listo. Quería que la Calduch me ahorrara aquel mal trago y ¡resulta que yo mismo había dejado entrar al caballo de Troya! Me hubiera querido meter dentro de la botella de Alvariño. A Bruno se le escapó una sonrisa forzada, me miró con aquella cara que quería decir: «¡Te lo dije, chaval, y lo tienes bien merecido, por listo!». Pero también le di pena, e intentó frenar el torpedito.

—Vale, tía, sin presión. De momento, estamos a la espera. Pol ha de reflexionar profundamente... Es cosa de filósofos.

Mi padre y Gloria, cogidos de la mano, se apuntaron a la fiesta con un «Ohhh» de él y un «Ahhh» de ella. La Calduch mordió un langostino, como si no hubiera pasado nada. Me tocaba mover ficha, pero opté por moverme todo yo, y me fui al lavabo, para

refugiarme durante unos minutos de tanta intensidad. Cuando cerré la puerta se me escapó un «¡Me cago en mi estampa!» y, mientras estaba meando en el urinario, sonó el agua de la cadena del váter. Merlí salió de uno de los lavabos, con la camisa desabrochada y silbando.

—Pol, ¿cómo se te ocurre traer a mi madre? ¿Es que no la conoces?

Y comenzó a lavarse las manos. Quería pedirle consejo. Que me dijera si me tenía que casar con Bruno. Pero antes de que hablara, me interrumpió:

—¿Te crees que voy a decidir por ti? Mira, chaval, si no te pones las pilas, Bruno Bergeron te enviará a la mierda, y yo aplaudiré.

—Tienes ganas de que pase de mí, ya lo veo.

—¡Claro que sí! Me encantaría presenciar ese momento...

—Merlí, que a mí no me hace gracia... ¿No te das cuenta de que tengo un dilema?

—¡Sí, hostia, seguro! ¡Un dilema que se estudiará en las facultades de filosofía de todo el mundo, no te jode!

Iba a contestar a su ironía cuando abrió la puerta un chino con americana y corbata. Como siempre, Merlí desapareció como por arte de magia. Era el momento de volver a la mesa. Me senté cuando ya estaban sirviendo los postres y los chupitos de Limoncello. El camarero nos explicó que un grupo de ejecutivos chinos había ido a cenar al restaurante después del Mobile World Congres y estaban cantando en la sala de karaoke que había al lado. Entonces, la Calduch dijo que se quería apuntar. ¿Quién podría resistirse a verla con un micrófono? Bueno, Bruno. Pero mi padre la animó efusivamente. Los chinos la recibieron con un brindis ininteligible y la Calduch no se lo pensó dos veces. Agarró el micro como si lo hubiera hecho toda la vida y cantó *Send in the clowns*.

Fue una actuación magistral, y los chinos y el propietario se hicieron *selfies* con ella. Bueno, con ella, con mi padre y con la botella de Limoncello. Al salir, el dueño le prometió que haría desaparecer la botella con Photoshop antes de colgar la foto en la pared de los famosos. Y yo, viendo cómo Bruno disfrutaba con su abuela como nunca, me prometí a mí mismo no volver a utilizar mi recurso particular, ese «todo se irá definiendo». Había llegado el momento de definirse. ¿Que no tenía trabajo de profe? Mala suerte, ya saldría. ¿Qué no tenía curro como pintor? Era igual, iría al gimnasio. Pero había llegado la hora de hablar con Bruno.

Y creo que ya tenía una respuesta a su propuesta de matrimonio.

Pirronismo

Aquella tarde en que me encontré con la Bolaño en el bar, habría sido buena idea abandonarme al pirronismo: es decir, a no implicarme. Eso es lo que hizo el filósofo Pirrón de Elis en el siglo IV a. C., cuando una fuerte tempestad con olas gigantes amenazó el barco en el que viajaba. Los marineros, aterrorizados, preguntaron al sabio Pirrón qué debían hacer para salvarse, y él respondió que nada, tan solo esperar a que amainase la tormenta. Los marineros que le hicieron caso se salvaron. Pirrón era un escéptico empedernido. Se explica incluso que una vez una caída le provocó una herida abierta en la pierna, pero él, impasible, no movió ni un músculo de la cara. Practicaba el epojé: la ausencia de juicio. Y lo hacía convencido, hasta las últimas consecuencias. Es muy difícil seguir las pautas de los escépticos de una forma tan radical como lo hacía Pirrón, pero de todo se aprende, y de los filósofos griegos aún más.

Hacía semanas que la relación con Rai se había enfriado. No hacía falta tener un sexto sentido para deducir que después de la gran tirada de caña en el ataúd de madera, nuestra relación estaba en coma. Suerte de las clases de filosofía, que eran lo que más me mantenía despierto y lo que más me motivaba, ya fueran lecciones sobre escépticos o clases de lógica sobre el conjunto vacío. Notaba que la carrera me sentaba bien, como un traje hecho a medida. En cambio, otros compañeros habían abandonado. No es una carrera fácil, es más densa de lo que parece, se ha de leer mucho —al final

seguí el consejo de la Bolaño— y requiere una pasión y un interés máximos por lo que se hace. No acaba Filosofía el que sabe de filosofía, sino el que quiere adentrarse en la historia del pensamiento. Miraba a mi alrededor, durante las clases, y veía que en las gradas había menos gente que en aquellos primeros días, cuando podías quedarte sin sitio y tenías que tomar apuntes apretujado contra la pared del aula. Si el primer día éramos ciento veinte alumnos, ahora no quedábamos más de sesenta. Fuera como fuese, yo sabía que acabaría la carrera. No sabía cuándo, ni si sacaría buenas notas, pero estaba convencido de que llegaría al final del camino. Ser consciente de ello me calmaba, y me ayudaba a centrarme en los estudios día a día. La relación con los compañeros era buena, pero mantenía una cierta distancia cuando Rai se sentaba con nosotros en la mesa del bar. Hacía lo mínimo necesario para que no se notara mi incomodidad. Podía hablar con Rai haciendo ver que no pasaba nada, incluso bromeando, pero no le dedicaba demasiado tiempo y me encerraba en la biblioteca con los auriculares, escuchando música, haciendo trabajos y pasando apuntes a limpio.

Una de aquellas tardes estaba en la biblioteca mientras fuera llovía. Había estado lloviendo todo el día. A pesar de los auriculares, se oían los truenos perfectamente. Como de costumbre, me había olvidado el paraguas en casa. Me gustaba esquivar las gotas de agua bajo los balcones y las cornisas de los edificios. Pero aquella tormenta era imposible de esquivar. Bruno, en cambio, siempre lleva paraguas. Automático. Con dos botones, uno para desplegarlo y otro para plegarlo. Un día, al abrirlo, casi me saca un ojo con una varilla.

Pues eso, que aquella tarde oscura, mientras el cielo azul tormentoso cubría toda la ciudad y el agua caía por las calles

camino del mar, yo intentaba estudiar. Mientras tanto, Bruno plegaba su paraguas de un golpe de botón y llegaba a mi casa por sorpresa. Mi padre estaba en casa, tratando de colgar un cuadro en la sala de estar, cuando sonó el timbre de la puerta. Cuando le dije que yo no estaba, Bruno hizo ademán de irse, pero mi padre le pidió que entrase para ayudarle con el cuadro. Hacían falta dos ojos más, con perspectiva, para que quedase nivelado en la pared. Conversaban con fluidez sobre cualquier cosa mientras uno sujetaba el cuadro y el otro marcaba la pared con un lápiz. Que si ven a comer cuando quieras, que si tenemos una terraza muy chula... Hasta que le dijo aquello de y si un día os alargáis conversando te puedes quedar a dormir, que tenemos un plegatín. La respuesta de Bruno fue:

—¿Plegatín? No hace falta, ¿no? La cama de Pol es bastante grande. Hay confianza.

Aquel fue el primer rayo de la tarde, del que Alfonso Rubio no pudo hacer nada por protegerse. Bruno se marchó sabiendo que había hablado demasiado. Mientras tanto, yo había decidido dejar la sesión de estudio para el día siguiente. Estaba oscureciendo y tenía ganas de volver a casa y descansar. El problema era que no tenía tabaco, y me apetecía mucho fumar en el camino de vuelta, aunque se mojara el cigarrillo. Cargando mi mochila llena de libros y carpetas, me puse la capucha de la chaqueta y me paré en un bar que había junto a la universidad. Era un sitio al que solía ir, pero esta vez fue diferente: me encontré a la Bolaño. Estaba sola, con un vaso vacío sobre la mesa. Por su aspecto, calculé que llevaba al menos cinco whiskies. Le temblaba la cabeza y las manos, pero podía mantener la mirada. Yo solo tenía ganas de salir de allí, de no haber visto lo que vi o borrarlo de mi memoria. Ella me vio, nervioso, con la cabeza gacha.

—¿Adónde vas, rubito? —gritó escandalosamente.

—Hola, señora Bolaño. ¿Se encuentra bien? —pregunté, deseando que me dijera un «sí, adiós». Pero no fue así.

—¿No ve que estoy borracha? ¡Camarero, otro whisky! ¡Y quiero el de etiqueta negra!

El camarero y yo cruzamos la mirada. Entendió que nos conocíamos y que éramos amigos. En un segundo aprovechó la situación para pedirme con discreción que me la llevara de allí. Ya hacía rato que montaba el espectáculo en el bar, y no había forma de convencerla de que se fuera. Cuando bebía, era aún más tozuda. No había vuelta atrás. Tenía que intervenir. La veía tambalearse, cada paso era una aventura. Con los ojos enrojecidos por el alcohol, caminaba a traspiés. Ya me la imaginaba tumbada en el suelo, bajo la lluvia, esperando que alguien la recogiera. En un momento de lucidez, paré un taxi para volver a casa. No sé cómo pasó —a lo mejor ella me lo pidió— pero me vi dentro del taxi, sentado a su lado, acompañándola a su casa para asegurarme de que, al menos, llegaría en condiciones de entrar y dormir la mona. No recuerdo cuánto duró aquel viaje en taxi, pero se me hizo eterno. Me preguntaba mil cosas a la vez: ¿qué estoy haciendo aquí con una catedrática de Ética alcohólica? ¿Qué consecuencias tendrá este episodio desagradable? ¿Se acordará de lo que está pasando? Como si me leyera el pensamiento, y mientras buscaba la llave de su puerta una vez ante el portal, me dijo.

—He bebido un poco, pero me acordaré de todo, jovencito.

—Bueno, venga, abra la puerta ya, por favor...

Pero cómo iba a abrir la puerta si no sabía lo que hacía. Se le cayeron las llaves al suelo, las recogí y abrí la puerta. Una vez en el vestíbulo, me prometí a mí mismo que no pasaría de allí. Solo faltaría que me acabara arrastrando dentro de su casa y me buscara un problema. El panorama era desolador: los dos, completamente

empapados, y la Bolaño chocando contra las paredes del vestíbulo, intentando aguantarse en pie. Y la situación empeoró: en un segundo, cuando parecía que había recuperado el sentido común y el equilibrio, se lanzó sobre mí y, fundiéndome con la mirada, se abrió con rabia la camisa y me enseñó los pechos.

—Venga, guaperas, dame un besito...

Segundo rayo de la tarde. Y este me tocó directamente a mí. Tenía claro que debía salir de allí enseguida. Ya había tenido bastante con Rai y no me apetecía volver a la facultad con miedo por culpa de un malentendido. Vale, la había acompañado a casa. ¡Basta! Salí escopeteado en dirección al metro, deseando llegar a mi piso y, sobre todo, deseando que la Bolaño no me hiciera pagar al día siguiente la humillación que acababa de vivir. Borracha, sola, y tirándole los tejos a un alumno. Lo primero que hice en casa fue esforzarme por no pensar en la Bolaño, como si se tratase de una pesadilla que intentas olvidar tras una noche con fiebre. Me quité las zapatillas en la entrada. Yo diría que estaban para tirarlas, y si llegaban a secarse tardarían semanas en hacerlo. Los calcetines, directos a la lavadora, y cuando iba a sacarme los pantalones y la camiseta, me cayó encima el tercer y definitivo rayo, esta vez a cargo de mi padre.

—Oye... Tú y el Bruno. ¿Sois novios?

Desencajado y estupefacto, puse cara de no entender nada. ¿Cómo había llegado a aquella conclusión? No éramos novios, pero ¿por qué se imaginaba él que lo éramos? Fue entonces cuando me habló de la inesperada visita y la conversación sobre el plegatín. Recuerdo la cantidad de veces que me cagué en los huesos de Bruno Bergeron. Y ante Alfonso, tan solo fui capaz de justificarme de forma gratuita, sin haber tenido tiempo de preparar una defensa coherente. Negaba rotundamente cualquier interés sexual en Bruno,

y afirmaba con vehemencia que a mí me gustaban las chicas. Y cuanto más intentaba parecer creíble, más profundo era el hoyo que yo mismo estaba cavando. Mi padre, que no tiene un pelo de tonto, dedujo que algo debía de haber, porque el comentario de Bruno le había salido natural y terrorífico. A pesar de todo, yo, más tozudo que María Bolaño, lo negué hasta el agotamiento, entré en mi habitación y, cerrándole la puerta en las narices, di por terminada la conversación.

Había que actuar de prisa y cauterizar la herida. Seco y vestido, estaba listo para salir y devolverle la «sorpresa» a Bruno. Estaba equivocado si pensaba que zanjaríamos el tema por teléfono. Teníamos que vernos cara a cara. Me preparé mentalmente para el duelo. Por el camino, seguía lloviendo, pero ya ni notaba el agua, porque me iba calentando al pensar en todo lo que le diría cuando lo tuviera delante. Pero claro, cuando te preparas mucho una conversación, acabas enfrentándote a la cruda realidad y al final usas otras palabras. Bruno llegaba a su casa con su paraguas automático. Yo le esperaba debajo de su balcón. Me miró, y yo, en vez de decirle nada, le arranqué el paraguas de las manos y lo lancé contra la pared del edificio.

—¡Si alguien tenía que hablar con mi padre sobre mi vida privada debía ser yo! —le dije a gritos, mientras le daba un empujón que casi lo tira al suelo.

—¡Vale, coño! ¡Me he equivocado, perdona! ¿En serio has venido a pegarme bajo la lluvia?

—¡No entiendo por qué me haces esto, Bruno! ¡Es que no lo entiendo! ¿Tú y yo no somos amigos?

—Claro que somos amigos. Te conozco mejor que nadie. Y si estás así en el fondo es porque el tío ese del que estás enamorado no te hace ni caso. ¿Me equivoco?

No, no se equivocaba. No me hacía ni caso. Pero el tema del que estábamos discutiendo era otro. Le habría pegado, con ganas, si no fuera porque había madurado un poco y ya no era aquel Pol explosivo del instituto. Ahora me veía obligado a reflexionar, y a frenar mis manos cuando ellas querían resolver los problemas. Podía gritar, eso sí, e incluso rechazar abrazos como el que me dio Bruno después de soltar una obviada dolorosa:

—No siempre que te enamoras se enamoran de ti, Pol.

Era cierto. Estaba demasiado acostumbrado a conseguir todo lo que deseaba. Nunca me habían dicho que no. Follaba tanto como quería, y me había creído que era un objeto de deseo tanto para tíos como para tías. Tania se había enamorado de mí y yo de ella. Pero esta era la primera vez en que sentía lo que era que no te correspondieran. Con esta profunda sensación de frustración me deshice del abrazo de Bruno y volví a casa. Triste, solo, hundido... Me sentía peligrosamente identificado con la Bolaño. ¿Qué debía de estar haciendo? ¿Dormir la mona? ¿O darse un baño caliente con otra copa en la mano? Eso es lo que hice yo. Gloria se había llevado a mi padre al cine. Ahora me merecía un rato de descanso, tomarme una cerveza sin prisas, estirado en la bañera, disfrutando de un agua que casi quemaba, y pensando en la sabiduría de Pirrón. En una tempestad, lo mejor era no moverse, no opinar, no intervenir, no implicarse, y tan solo esperar a que las nubes, los relámpagos y los truenos diesen paso a un cielo azul y sereno.

Siempre es mejor estar bien con los demás. Eso pensaba yo al día siguiente, bajo un sol radiante, en el claustro de la facultad, mientras tiraba migas de pan a los peces del estanque. Lo único malo es que en realidad estaba mal con todo el mundo: Rai, Bruno, la Bolaño, mi padre... Ufff. Y todo por los acontecimientos del día anterior, cuando las cosas se torcieron. Estaba explicando mis

problemas a los peces —mentalmente, claro— cuando vi el reflejo de Rai en el agua. Se había acercado a mí para recordarme que el aula de la clase de antropología había cambiado, y ya no era la 105, sino la 110. Gracias. Pero antes de que me fuera, me detuvo. Yo me había propuesto dejarme ya de distancias, aceptar la derrota y mantener en la medida de lo posible el buen rollo que habíamos tenido Rai y yo desde el inicio de curso. Le pregunté cómo estaba, y el tono que usé, al parecer, le dio a entender que quería hablar de nosotros.

—Bien, Pol, estoy bien. ¿Qué pasa, que quieres que volvamos a ser amigos?

—En el fondo no hemos dejado de serlo, ¿no crees?

—Claro que no. Además, fui yo el que lo decidió.

—¿El qué?

—Pues eso, ¡ser amigos!

No entendía aquella última revelación. Al ver que no lo pillaba, sonrió con su mirada de cabroncete y me recordó el primer día de clase, cuando coincidimos en el bar e intercambiamos las carteras sin querer... ¡Se había llevado la mía a propósito! Creo que Rai siempre ha hecho las cosas para llamar la atención. No me enfadé. Incluso lo celebré. Que me hubiera escogido a mí como amigo ya era algo, pero Rai matizó su explicación, y pudimos hablar del tema clave.

—El problema es que yo... solo quería ser tu amigo.

—Yo tampoco esperaba querer algo más que una amistad. Pero hay cosas que no se pueden controlar.

Confieso que sentí la misma frustración que la noche del beso en el ataúd. Aquella conversación finiquitaba todas las expectativas que me había hecho con él. Me sentí triste, y un poco solo en mi sufrimiento. De acuerdo, a partir de ese momento seríamos

«amigos» y «nada más que amigos». Pero para llegar a ese punto habría que tener paciencia. Uno no se acostumbra a dejar de sentir atracción por una persona de la noche a la mañana, y menos si la ve cada día. Era increíble cómo había tenido conflictos justo con la gente que más me importaba. ¿A lo mejor era yo la pieza defectuosa? Si analizaba caso por caso, me daba cuenta de que no era así. Rai fue sencillamente un amor no correspondido; Bruno se había equivocado al explicarle mis intimidades a mi padre, y la Bolaño..., me la había encontrado borracha. ¿Fue un error ayudarla?

Cuando la vi cruzar la puerta de clase con gafas de sol y sentarse en una silla en el centro de la tarima, me acojoné. Pensé que habría tenido que disimular y hacer ver que no la veía en aquel rincón oscuro del bar donde había ido a comprar tabaco la tarde anterior. En clase, intentaba taparme la cara con las manos y desviar la mirada hacia las ventanas. Me preguntaba si recordaría aquel momento en que me enseñó las tetas en el portal de su casa. Si los compañeros de clase hubieran visto aquella escena, no se lo creerían. Ni siquiera yo acababa de creérmelo del todo. Lo peor de todo era pensar que quizá la Bolaño abandonaría la ética profesional y me suspendería arbitrariamente, dejando la asignatura de Ética colgada para siempre en mi historial. Iba dando vueltas a todo esto cuando se puso en pie y pidió un voluntario para manejar el proyector. Yo cerré los ojos, esperando que saliera alguien... pero de repente, como nadie se ofrecía, oí un «Usted» que me hizo abrir los ojos inmediatamente, y ¡comprobé que me estaba mirando a mí! Vale. Estaba claro que me quería apartar del rebaño para decirme cuatro cosas. En el instante en que cruzamos la puerta de clase, cuando ya no podía oírnos nadie, me adelanté y le aseguré que no

quería malos rollos, que yo solo había pretendido ayudarla. Pero, mirándome por encima de las gafas de sol, me interrumpió:

—Oiga, yo no necesito que me saque de ningún pozo. Simplemente, estoy tomando unas pastillas muy fuertes para el dolor de espalda, y a la que me tomo tres cañitas, pasa lo que pasa.

Mentía. Pero me convenía afirmar con la cabeza, aceptar la excusa barata de las pastillas y volver a clase para confundirme con el resto de los alumnos. Ella había hecho su numerito, y lo había resuelto con todo el morro inventándose un dolor de espalda. No colaba, pero al mismo tiempo era efectivo. Mejor así, pensé. Hacer ver que no ha pasado nada, intentar aparentar naturalidad. Un poco al estilo Rubio... Pero en todo caso, Pol Rubio, no Alfonso. Todavía no me había vuelto a encontrar con mi padre, después de cerrarle la puerta en las narices. Creo que aquella tarde alargué mi estancia en la biblioteca precisamente porque sabía que, al volver a casa, Alfonso me estaría esperando con la intención de aclarar conceptos. Efectivamente, en cuanto entré en casa comenzó el capítulo dos del culebrón «Mi hijo es gay y yo sin saberlo». Allí estaba, como un galgo, esperando su presa, sin mover un músculo. Las palabras de Bruno aún resonaban en su interior, y a mí me daba tanta pereza volver a justificarme, a negar, a fingir lo que no era... En definitiva, que ni le dije hola. Entré en mi habitación como lo haría una bola de billar cuando entra en el agujero. Desde el salón lo oía hablar en tono conciliador, intentando demostrar que era un hombre de su tiempo. Me acerqué lentamente, y vi que estaba esperándome mientras regaba las plantas del balcón. Como el que no quiere la cosa, me habló de su padre, un abuelo al que yo jamás había llegado a conocer.

—¿Sabes qué? Mi padre era un bruto. Con decirte que en toda mi vida una sola vez le escuché decirme: «¡Bien hecho, Alfonso!».

Así era él. Un hombre de otra época. Distante.

Creo que era la primera vez que mi padre me hablaba con aquella calma, y además, con una regadora en la mano. Dejó de regar y me miró con un aire tímido que estoy seguro que he heredado.

—Yo también he sido un poco bruto, pero quiero pensar que menos que mi padre. ¿Y sabes qué te digo? Que tú, Pol, has salido mucho menos bruto que yo.

Me dolía el cuello, estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para aguantar las lágrimas. Definitivamente, aquella conversación era un acto sincero y honesto de acercamiento y reconciliación. Siguió hablando, hasta que dijo algo que me tocó la fibra del todo:

—Eres el único de los Rubio que ha conseguido llegar a la universidad. Me gusta... que seas diferente.

Es posible que mi padre fuera un poco garrulo, o bruto..., pero cuando quiere y te mira con esa caída de ojos tierna que tiene, con cuatro palabras te hace saltar las lágrimas como nadie. Con los ojos nublados, y después de tragar saliva, respiré hondo. Notaba que él estaba esperando que dijera algo.

—Sí, papá....

—Sí... ¿Qué?

—Que es verdad que soy... un poco diferente.

La bofetada

Oti morreaba muy bien. Nos liamos una tarde, cuando preparábamos uno de los ejercicios de prácticas de Problemas Filosóficos. Había una serie de frases relacionadas con el pensamiento de Spinoza, y teníamos que indicar verdadero o falso. El alma y el cuerpo no son entidades separadas: verdad. Hay más de una substancia: falso. La substancia es *causa sui*: verdad. Y entre tanta verdad y tanta mentira, la sexualidad salvaje de Oti se fue abriendo paso durante aquella sesión de estudio. Hacía rato que estábamos apalancados en el suelo, con los apuntes y los libros esparcidos por la alfombra. Yo intuía que ella quería dejar de lado las tribulaciones de Spinoza y que prefería adentrarse conmigo en el universo de los tíos y las tías que nos gustaban. Como sabía que yo era bisexual, se mostró muy interesada en realizar un repaso intensivo de la promoción de primero de Filosofía. Y comenzó el recuento. Biel es guapito: verdad. Rai no da morbo: falso. Minerva es muy guapa: verdad. Estábamos de acuerdo en todo. Y estábamos tan compenetrados que cada vez nos acercábamos más el uno al otro... hasta que me pidió algo que fue definitivo.

—Me quito la camiseta y me explicas qué quiere decir el concepto *causa sui* de Spinoza. —Y me mostró su espalda, a modo de recompensa.

Quería que hiciera la explicación marcando mis palabras sobre su piel.

—*Causa sui* quiere decir «causa de sí mismo». Su esencia implica la existencia. ¿Lo entiendes?

Y mientras tanto, con el dedo, dibujaba lo que yo imaginaba que sería la substancia según el filósofo. Y entre un dibujo y otro, empezamos a tocarnos, y ya estaba liada la cosa...

—Pol, te haré un regalo. Tú solo has de ponerte cómodo y escuchar una breve historia. Cuando acabe, si quieres, me dejas que te coma la boca.

Se incorporó poco a poco, me acarició la barbilla con los dedos y me dijo que había aprendido a morrear de manos de Eric, el hijo del hermano mayor de su padre. «Éramos primos hermanos, por eso nunca levantábamos sospechas cuando se organizaba una comida familiar y nosotros desaparecíamos para estudiar», recordaba ella con énfasis. Eric, aquel «primo buenorro», tenía veinticuatro años, hacía cuarto de Derecho en la Autónoma y era «una máquina sexual con abdominales de acero». Ella acababa de cumplir dieciséis. Antes de que Eric la morrease por primera vez, la hipnotizó con su relato de cómo su profesora particular de violín le había enseñado a chupar una boca con virtuosismo.

—Pol, ¿verdad que cuando a uno le explican cómo ha aprendido a dar placer, todo fluye mejor? ¡Mmm! Seguro que ahora te está pasando lo mismo que a mí cuando Eric me lo enseñaba...

Acababa de recordar su experiencia y, cómo no, yo también estaba dispuesto a aprender. Los morreos y los tocamientos duraron un buen rato, y de vez en cuando nos deteníamos para comentar las ganas que teníamos de ir a la fiesta que estaba organizando Rai en su mansión. Iba a quedarse solo el fin de semana, y la cosa prometía. Todavía no lo sabía, pero aquella fiesta contribuiría a dar por terminada una historia. Rai lo había organizado escrupulosamente. Tanto que no teníamos que llevar comida ni

bebida. No habían pasado ni tres meses del inicio de curso y las fiestas estaban a la orden del día. No había semana en que no nos reuniésemos a tomar unas birras. Pero esta vez era algo que iba más allá de la fiesta del funeral que le dedicamos a Biel. A saber cómo podía acabar aquello. Oti me confesó que tenía ganas de liarse con una chica, por probar. Hace unos años me habría incomodado hablar de relaciones sexuales que se escaparan de lo convencional. Ahora entendía perfectamente que ella quisiera experimentar: ¡era lo que había hecho yo, y me encantó! Al enrollarme con Oti me quedó más claro que nunca que tanto me excita una chica como un chico. Hay quien piensa —millones de personas— que la bisexualidad es cosa de gente promiscua a quien tanto les da la carne como el pescado, o que son en realidad homosexuales que no quieren salir del todo del armario, o incluso que estamos en una «fase» que desembocará en la elección de uno de los dos géneros. Todo eso es mentira. Como siempre, todo lo que se aparte de la «norma heterosexual» está mal visto. Yo, a mi rollo. A los bisexuales nos gustan tanto los hombres como las mujeres, pero a cada bisexual le gustan hombres y mujeres en diferente grado. No tiene por qué ser al cincuenta por ciento. Hay quien se enamora de las mujeres y encuentra el placer sexual en los hombres, o al revés, o... En mi caso, me gusta el sexo con hombres y con mujeres, aunque me aportan sensaciones diferentes. Y si hablamos de amor, en mi vida me he enamorado más veces de chicos que de chicas. Simplemente, es así. El sexo nos gusta a todos. Hay mucha hipocresía en este mundo, y me da mucha pereza. Yo no tengo dobles vidas, voy de cara, no vivo el sexo como un trauma, sé lo que me gusta y punto.

Al final Rai se salió con la suya. Quería hacer una fiesta de etiqueta, e insistió mucho en que todos fuéramos bien vestidos, con

americana y trajes de fiesta. Teníamos que traer algo de color rojo, ya fuera una bufanda, un pañuelo o una corbata... Yo elegí la pajarita, de un color granate. Nada más entrar en el inmenso vestíbulo de su mansión, vi a Bruno y sus amigos de la Facultad de Historia. Los había invitado porque Rai nos dijo aquello de «traed a quien queráis», y pensé en él, aunque enseguida me arrepentí. Mientras me presentaba a Ángel, un venezolano divertido que pronunciaba mil palabras por minuto, Bruno me hizo una caricia en la cara que en aquel momento me molestó. Me lo veía venir: seguro que se pasaría la noche buscándome, como había hecho tantas veces. La verdad, ya estaba harto de aquella situación de ida y vuelta con Bruno: ahora sí, ahora no... Ahora me voy a Roma, ahora vuelvo y te tiro los tejos... Ufff. Cuando pienso en ello... qué mareo. Por muy bien que me lo hubiera pasado con él sexualmente, aquella noche era mía y yo decidía con quién la quería compartir. Por eso, para evitar más caricias como aquella, le dije:

—Mira, Bruno, te lo digo de buen rollo. No sé de qué palo vas tú, pero yo he venido a pasármelo bien.

—Pol, estoy de fiesta. Y por lo que veo, aquí hay tíos más guapos que tú.

Se molestó, pero me daba igual. En el fondo, como un ingenuo, yo todavía estaba pendiente de Rai y su flamante traje rojo, combinado con una camisa ceñida de color negro. Olvidando a Bruno, me fui a hablar con él mientras todo el mundo comenzaba a descontrolarse con el alcohol y con una música que hacía temblar los fundamentos de los edificios de Pedralbes.

—Rai, ¿dónde está Minerva? —pregunté por curiosidad.

Puso cara de misterio. Estaba claro que preparaba alguna excentricidad de rico. Y así fue. Media hora después irrumpió en el jardín un descapotable que provocó la admiración de los invitados.

Lo conducía Henry, el mayordomo de Rai, y le acompañaba, radiante, Minerva. Rai la había mandado a buscar a casa. Además, quería regalarle un viaje a Argentina y que de esta forma pudiera ver a su abuela, que estaba muy enferma. Pero el plan salió mal, porque Minerva encontró humillante el gesto del señor millonario, y delante de todos le dejó claro que no pensaba aceptar el regalo.

—¡Los españoles se creen que los latinoamericanos nos arrastramos por el piso a cambio de mil euros!

Me encantó que Minerva lo pusiera en su sitio delante de los invitados. No podía ocultar mi satisfacción al ver a la novia de Rai soltándole una bronca. Noté que Biel también disfrutaba con la escena. El caso es que, como yo, parecía disfrutar de que Rai se comiera una bronca. Cuando le dije que lo había notado, acabó por explicarme, con un *gin-tonic* en la mano, que estaba enamorado de Minerva. Me sorprendió aquella revelación, y no sabía qué cara poner, porque los dos estábamos, en cierta manera, representando un personaje en las vidas de la argentina y el señor Casamiquela. Quise decirle que lo tenía claro con Minerva, que había apuntado demasiado alto, pero no fue necesario. Biel vivía sus sentimientos con la resignación del que sabe que ha perdido antes de jugar la partida. Además, le jodía ver que Rai iba por el mundo con una flor en el culo, disfrutando de una vida regalada.

—Es guapo, tiene pasta, tiene novia y saca buenas notas. ¡Lo tiene todo, el cabrón!

Es verdad que Rai daba rabia. Mucha rabia. Parecía que todo le iba bien. Pero, en el fondo, era un solitario. Un tío sin muchos amigos, que había abandonado su vida anterior en la escuela de Empresariales y que se había refugiado en Filosofía sin saber muy bien lo que quería en la vida. Seguro que el palacio en que vivía no ayudaba mucho a no sentirse solo y aislado. Rodeado de pasillos,

salones y dormitorios, podía pasar días allí sin encontrarse con su madre. Biel se esforzó en justificar que el mundo estaba mal repartido, y que a él le tocaría trabajarse la vida mucho más que a otros. Pegó un trago largo a su *gin-tonic* y se sirvió otro. Los gritos de la gente anunciaban que la fiesta iba subiendo de intensidad. La barra libre pagada por el pijo del barrio nos permitía comer y beber sin freno. ¿Quién iba a resistirse a la tentación? Mi cabeza me decía que quizá ya era hora de poner freno a la bebida, de manera que decidí moverme entre los grupos que bailaban en la pista junto a la piscina. Buscaba a Rai entre aquel gentío borroso, pero ni rastro de él. Después de intentar encontrarlo durante un buen rato, me pareció ver a Oti en un rincón oscuro, morreándose con Amy, la estudiante americana defensora del derecho a tener armas. Seguro que se las había apañado para explicarle la historia de su primo. Entonces oí la voz de Bruno, que me abría una puerta inesperada:

—¡Yo sé dónde puedes encontrar lo que andas buscando!

El cabrón me había estado observando y se había dado cuenta de que buscaba a alguien. Sabía perfectamente cuál era mi objetivo, pero no dijo su nombre. No hacía falta. Ya sabía que buscar el encuentro con Rai formaba parte de mi plan. Me hubiera gustado mandarlo a la mierda, pero opté por morderme la lengua y dejarme ayudar. Lo seguí, dócil y agradecido, escaleras arriba, hasta la habitación de Rai. Frente a la puerta entreabierta, me hizo una intrigante seña con la cabeza. En la habitación, sobre la cama, Minerva y el señor Casamiquela follaban como si el mundo estuviera a punto de acabarse, impactado por un meteorito apocalíptico. El estómago me daba vueltas. Ella estaba ocupando mi sitio. Apoyado en la pared, tuve que asumir que entre Rai y yo jamás habría nada. Biel tenía razón. Hay gente que tiene una flor en el culo. Rai ya me lo había explicado de forma elocuente y exquisita unas semanas

atrás: solo seríamos amigos. Nada más. Me había comportado como un idiota obviando la realidad, y era necesaria una hostia como aquella para que lo entendiera y tratara de aceptarlo. Acostumbra a pasar eso cuando no quieres asumir la realidad. Me fui hacia el balcón que estaba a unos diez metros de allí. Necesitaba respirar. Bruno me seguía, para ser testigo de la derrota. Lo maldije a él y a su cara de satisfacción. Me tocaba los cojones que disfrutara siendo testimonio de mi ridícula derrota. Entonces estallé.

—Cómo te gusta que me quede hecho polvo después de ver eso, ¿eh, cabrón...? Tú querías que les viera follar. ¡Pues vale! Pero ¿tú crees que así conseguirás algo de mí? ¿Qué pretendes, provocándome de esta forma? ¿Eh? ¿Parecerte a tu padre? ¡Le darías pena a tu padre!

La bofetada que me soltó en toda la cara me dejó aturdido y me devolvió al mundo de los sobrios. Descolocado, conseguí equilibrarme con la barandilla del balcón. Entonces volví a mirarle. Le había dolido aquel comentario sobre Merlí, y me di cuenta de que me había pasado. Pero me resultaba imposible eludir la rabia que había acumulado durante la noche, porque Bruno había cruzado una línea intocable. La humillación que me había provocado exigía venganza. Pero no era necesario devolverle la bofetada. ¿Qué habría conseguido dándole un puñetazo? Quizá le habría dolido durante un rato. Pensé que era mejor un dolor más profundo: ¡el de la verdad!

—Bruno... Yo nunca he estado enamorado de ti.

El mundo se detuvo porque así lo había decidido. Estaba en un momento decisivo de mi vida. Merecía pasarlo bien, aprender de todo lo que me rodeaba en la facultad, hacer nuevas amistades y disfrutar de la vida respirando aires nuevos. ¡Si tenía que enamorarme mil veces y sufrir las consecuencias, era mi

sufrimiento! Con Bruno siempre había sentido aquella descompensación que no llevaba a ninguna parte. Él siempre había estado enamorado de mí, pero yo no de él. Mi revelación le había hecho entender de golpe qué terreno pisaba. Se había acabado la fiesta para Bruno. ¡Para los dos! Suele pasar que las amistades se rompan, o en el mejor de los casos estén condenadas a quedar adormecidas con el paso del tiempo. Cuando dices la verdad, por dura que sea, estás obligando a tomar una distancia que suele alargarse. Y, por supuesto, nunca se sabe si en el futuro los caminos volverán a cruzarse... Confieso que todo esto, aquella noche, me importaba un rábano. Para mí lo más importante era caminar libre, disfrutar de mis nuevos compañeros, aprender con los profesores y, en definitiva, progresar en el mundo que me había construido. Tenía que expulsar a los fantasmas del pasado que pudieran frenar mi futuro. La Verdad contra la Mentira. Aquí. Ahora. Nada más. Y en este «aquí y ahora», Bruno no tenía sitio.

En cambio, sí lo tenía la Bolaño. Lo que le dije, dos días después de la fiesta de Rai, en el invernadero, fue fruto de la honestidad. Y no era para menos, porque había acudido borracha a clase. No era una borrachera como la de aquel día bajo la lluvia, cuando tuve que acompañarla a casa. Sencillamente, se le notaba en las tonterías que decía, que solo le hacían gracia a ella. Todo se complicó cuando casi pierde el equilibrio. Nunca había pasado tanta angustia en un aula. Vi cómo los alumnos hablaban entre ellos, y estaba seguro de que veían lo mismo que yo, aunque no tuvieran tanta información. Cuando por fin la Bolaño terminó la clase, minutos antes de la hora en punto, la fui a ver a su despacho. No estaba. Tampoco en la biblioteca, ni en los claustros. Solo quedaba el invernadero y, efectivamente, allí estaba, tratando de abrir una botella de ginebra. No me pareció que se pusiera alerta o a la

defensiva, por miedo a que la descubrieran. Tampoco se sintió aliviada al ver que era yo el que invadía su santuario. Le daba igual. Había aceptado la autodestrucción con estoicismo. Me daba tanta pena verla así... ¿Y qué podía hacer yo? Desconocía por completo los motivos que habían provocado su adicción. Era una alcohólica total. De todas formas, yo ya había perdido el miedo a meterme en sus asuntos. Asumía las consecuencias de recibir una hostia histórica. La Verdad volvió a imponerse.

—Señora Bolaño... Estaría bien que no volviera a venir con dos copas de más a clase. Creo que no se hace ningún favor.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, jovencito? Yo no soy una profe de instituto, ¡soy una catedrática! ¡Qué confianzas son estas!

—¡Resulta que te vi las tetas! Y te recogí borracha de tu portal. ¡Por lo tanto, sí hay confianza!

Nos tuteábamos a gritos entre plantas y humedad. Noté que había una cierta proximidad entre los dos. Ella seguía resistiendo porque corría el riesgo de aceptar y dar por válidos mis argumentos. ¡Solo eran un par de copas de más! ¿Qué cojones hacía yo metiendo el dedo en la llaga y cuestionando sus decisiones? Su estrategia consistía en hacerme creer que sencillamente no había tenido un buen día y que aquello no era más que una consecuencia de aquel horrible lunes de otoño. Pero al cabo de un rato su inflexible seguridad comenzó a desinflarse. Estaba agotada, ansiosa, y la bebida la mantenía viva. Necesitaba el alcohol para no pensar en todo aquello que le provocaba amargura. Cogí la botella de ginebra y se la acerqué a la cara, con la intención de ponérselo fácil. Ambos habíamos cruzado el límite.

—Toma, bebe..., pero me parece que si das un trago más vas a empeorar y tendré que renunciar a tus clases.

—¡Oh, qué bonito! —contestó con ironía, pero con un tono que mostraba una profunda tristeza—. Pues que sepas que ya no puedo más. Antes tenía energía. Ahora no. ¡Lo siento, pero no soy tu Merlí!

—Claro que lo eres. Lo eres porque contigo tengo la certeza de que algún día voy a poder enseñar lo que estoy aprendiendo. ¿No te das cuenta, María? Por eso necesito que te cuides. Porque yo ya perdí a un maestro una vez.

Toqué la tecla exacta. Sus ojos vidriosos me lo hicieron saber. Quería hablar, pero le temblaba la cara. Alguien le había hecho entender que era necesaria. Todavía lo era, ella, María Bolaño. Pero lo había olvidado mientras vaciaba botellas y hacía más grande la tristeza que le provocaba la soledad. Fue una discusión corta, incómoda, pero eficaz. Mis palabras provocaron que asistiera a la primera reunión de Alcohólicos Anónimos. Comenzaba a dar pasos hacia delante. Sin miedo a las nuevas oportunidades. Una nueva vida sin alcohol. Poco tiempo después, esta nueva etapa de superación de la adicción, por dura que fuese, le permitió seguir dando clases en la facultad. Por desgracia, conozco profesores a los cuales les entran todos los males cuando llegan a clase. A otros, en cambio, en cuanto comienzan a explicar la lección se les van todos los males de golpe. En esto nos parecemos la Bolaño, Merlí y yo. El día en que le dije a la Bolaño que era «mi nuevo Merlí», salí de la facultad contento, orgulloso de mí mismo. Caminaba por el claustro con paso seguro, sin miedo, disfrutando de la seguridad que da el saber que has hecho las cosas bien. Qué lejos quedaba aquel primer día, cuando no conocía a nadie. Ya me sentía como en casa. Crucé el patio sintiéndome muy lleno de vida, recordando el lema de Horacio: *sapere aude*. ¡Atrévete a saber! ¡A pensar, a reflexionar, a cuestionarlo todo! Estas palabras deberían estar grabadas en los muros de la facultad, pensé mientras caminaba entre las columnas

del amplio pasillo de la entrada principal. Espontáneamente, justo antes de salir por la puerta de hierro, eché la vista atrás, y contemplé la magnitud de aquel edificio lleno a rebosar de historias. Tenía la suerte —o mejor dicho, me la había buscado— de ser uno de los miles de alumnos que estudiaban allí. Pensé que quizá no era feliz, pero tampoco infeliz. ¿No es acaso esto una definición de la vida? ¿Un punto intermedio entre la felicidad y la infelicidad? Fuera como fuese, al observar las paredes centenarias de la universidad, me sentía alegre, porque desde que había comenzado la carrera de Filosofía, mi vida era mejor... ¡Y tenía ganas de seguir!

Acabar siendo un Merlí

¡De entrada, ya puedo deciros que soy profesor sustituto de Filosofía! Faltan todavía diez minutos para que me ponga a ejercer. Quiero llegar puntual. Estoy en la cafetería, delante del Instituto Salvador Dalí. Me estoy tomando una limonada mientras veo por la ventana cómo van llegando los alumnos. Hay uno que anda como Joan Capdevila... Se le ve aplicado, debe de tener unos diecisiete años. ¿Estará en mi clase en segundo de bachillerato? Detrás de él, una chica que bien podría ser Tania, y que habla con su amiga... ¿Una Berta, quizá? Tengo muy claro que el primer día veré fantasmas donde no los hay, y que todo el mundo con quien hable me recordará a gente del pasado. He de centrarme en los compañeros profesores y los alumnos que tendré a partir de hoy. Ketty me aseguró que cubriría la vacante hasta final de curso. ¡Cuatro meses en total! Tanto esperar, y por fin ha llegado el momento... Es un triunfo, porque esto significa que en septiembre descenderá mi número en la lista de docentes. Con algo de suerte, iré cubriendo bajas que vayan surgiendo durante el próximo curso. Estoy un poco cansado de depender de la suerte.

Ayer por la mañana, cuando me llamó Ketty, no me lo podía creer. La llamada me pilló regateando un presupuesto para pintar un local del Paseo de Gracia. Tenía al cliente delante de mí, un diseñador de moda de unos treinta años, que abría su primera tienda «a lo grande». El tío era un poco estúpido. Ya me los conozco a los que son así. Jóvenes empresarios que tienen mucha pasta pero que no

se quieren gastar ni un euro en pintar el negocio. Son unos miserables. Seguramente, por eso tiene tanto dinero. Le ajusté el precio a una cantidad razonable, y el tío me quería pagar la mitad.

—No, no... Lo siento. El precio es este. Dos mil euros todo el local. La mayoría de los pintores te cobrarían casi el doble.

—Chaval, pero si esto es un extra que te sacas mientras estudias...

La madre que lo parió. Aguanté con paciencia. Estaba menospreciando mi trabajo.

—Yo ya he terminado mis estudios. Soy profesor de Filosofía, lo que sucede es que ahora mismo no tengo trabajo —contesté, orgulloso.

—Sí que tienes trabajo: ¡pintarme de blanco la tienda, que eso de la filosofía tiene un futuro bastante negro! ¡Ja, ja, ja!

El muy idiota se quedó solo riéndose de su chiste. Yo lo miraba con ira, controlando el temblor de mis cejas. No dije nada, y el muy burro notó que me había ofendido y todavía trató de arreglarlo.

—Eh, que yo también he estudiado cosas de filosofía... «El ser es y el no ser no es.» Sócrates, ¿no? ¡No entendía nada! Ja, ja, ja.

No era Sócrates, era Parménides. Pero preferí no corregirlo porque quería que en el futuro volviera a equivocarse. No estaba dispuesto a darle clases gratis a aquel gilipollas. Entonces comenzó a sonar mi móvil, que estaba en la chaqueta, tirada sobre una solitaria silla. El tío, haciendo ver que no oía nada, me iba dando instrucciones de cómo deseaba que pintase el local. Creo recordar que, en la parte del fondo, junto al probador, quería un tono de blanco roto... Pero yo ya no lo oía. Desde lejos, estaba viendo la pantalla del móvil, y como me pareció ver una K, me fui acercando, hasta leer el nombre de Ketty, iluminado como un ángel que baja a la tierra para la anunciación. Corrí hacia el móvil, porque no podía

ser que me llamase por la pintura de su casa. ¡Ya hacía una semana que había terminado el trabajo!

—Ketty... Hola, dime.

—Tengo buenas noticias, Pol. Deberías venir a Serveis Territorials.

Me quedé sin palabras durante unos segundos. Tenía al joven empresario frente a mí, mirándome con cara de «¿Cómo te atreves a coger el móvil mientras estoy hablando contigo?». Parecía claro que «buenas noticias» podía significar trabajo de profesor. Le dije a Ketty que estaría allí en diez minutos. Me puse la chaqueta y, mirando a la cara del ridículo aspirante a Giorgio Armani, me despedí quedándome bien a gusto:

—¡Felices dobladillos, Sócrates!

Y me largué. Alguna queja oí mientras salía, pero no me importaba en absoluto. Una vez en la calle, taxi urgente a la oficina, donde me esperaba Ketty. Durante el trayecto me pasaron por la cabeza mil opciones: podía ser una sustitución de una sola semana, o que estuviera lejos de Barcelona y tuviera que trasladarme fuera de la ciudad... Mejor no pensar y tener paciencia hasta estar con Ketty. Fueron diez minutos clavados. Me senté frente a ella, que me esperaba con una sonrisa que solo podía presagiar buenas noticias.

—¿Sabes que últimamente ha nevado mucho en los Pirineos?

—Humm... ¿Sí? Vale. —No acababa de pillarlo.

—Pues que sepas que un profe de Filosofía de Barcelona decidió irse el fin de semana a esquiar... y ha sufrido una triple fractura de pierna. Tiene para cuatro meses de baja ¡y te ha tocado sustituirlo!

Jamás me había alegrado tanto de que alguien se rompiera la pierna por tres sitios. ¡Vivan los Pirineos! Me abracé tan fuerte a Ketty que sus compañeros de la sección de Secundaria debían de pensar que era un joven amante que había ido a visitarla. No sé

cuántas veces le di las gracias, a lo mejor fueron treinta y cinco, y después de firmar los papeles de conformidad por la aceptación del nombramiento, sonó el móvil. Tenía un mensaje de Bruno.

«¿Vienes o qué?»

Hostia, con la urgencia de la cita con Ketty me había olvidado por completo de que había quedado con Bruno para ir a poner flores en la tumba de Merlí. La Calduch iba una vez al mes, y como esos días estaba haciendo unas pruebas de vestuario en Madrid, delegó en Bruno. No me gusta mucho visitar cementerios y siempre me había escaqueado, pero esta vez no podía dejar solo a Bruno. Le dije que pasaría a buscarlo enseguida, pero él, un poco molesto, me dijo que nos veríamos allí directamente. Imagino que se olía que acabaría por no ir. De hecho, hacía cinco años que yo no pisaba el cementerio.

Cuando llegué, allí seguía aquel camino de piedrecitas que hacían ese sonido característico al caminar. Un sonido que yo no oía desde que vine con mis compañeros peripatéticos a despedir a Merlí. Aquella triste tarde de primavera éramos muchos los que pisábamos las piedras y cruzábamos el camino de los cipreses. Ahora ya no estaban ni Millán, ni Quima, ni Gabi, ni Eugeni abrazado a Mireia. Gerard no iba cogido del brazo de Gina, ni tampoco estaban Joan ni Marc. Solo dos personas: Bruno y yo, que sin duda éramos los que más cerca nos sentíamos del mejor profesor del mundo. Cuando llegué al nicho, Bruno limpiaba la lápida. En silencio, le ayudé a pasar un trapo por aquellas letras de un epitafio que inventé unos años atrás, el mismo día de la huelga de estudiantes. Las palabras irónicas que me había pedido Bruno, grabadas a presión por el marmolista, ayudarían a que aquel maestro de la filosofía pasara a la historia. Nuestra pequeña pero universal historia:

MERLÍ
BERGERON
CALDUCH
Víctima
de la Educación Pública

Tantas veces se había quejado Merlí del sistema de educación que nos había enseñado a saltarnos las normas, y nos había hecho entender lo que repetía siempre: «Que las cosas sean de una manera no quiere decir que no se puedan cambiar». Y ahora quedaba escrito para siempre, con ironía, que había sido víctima del mismo sistema que sufría sus maldades y sus continuas insurrecciones. No solo hay «Merlís» en Barcelona. Estoy seguro de que están dispersos por todo el mundo, y te los puedes encontrar en un pequeño pueblo de Chile, o dando clase en Buenos Aires, en Brasil, en Italia o en Canadá. Para ser Merlí solo se necesita la pasión sincera por aquello que enseñas, ya sea literatura, matemáticas, física o filosofía. Tu amor por esa materia se transmite a unos alumnos a los que has de tratar como a adultos. Pero que quede claro que no solo con «Merlís» se podrá cambiar el sistema educativo de un país.

Cuando tuvimos la lápida bien limpia, miré a Bruno y lo abracé. Estuvimos un rato así. Después, casi a punto de llorar, le expliqué que ese día me iba a cambiar la vida.

—Tengo trabajo, Bruno. Me han llamado hoy. Por eso he llegado tarde. Se acabó pintar paredes. Comienzo una nueva vida, con mis alumnos... y contigo.

Me miró con una expresión de duda. ¿Qué quería decir eso? Y llegó el momento de la respuesta a la pregunta que me había hecho

en el teatro: «¿No va siendo hora de que nos casemos, malote?». Pues el malote había decidido.

—Bruno... No quiero casarme contigo. Estamos bien, vivimos juntos. La perspectiva de una boda me da algo de miedo.

—Ya lo he notado. ¿Qué creías?

—Eso no quiere decir que en un futuro no nos casemos. Seguramente, sí. Solo pido... tiempo. Para adaptarme a la nueva vida que comienzo. Bruno, tú sabes que he tenido que superar muchas cosas en la vida...

—Sí, claro que lo sé.

—Ahora me toca concentrarme en mi pasión, y hacerlo bien. No quiero decepcionar a nadie. Ni a mí, ni a ti... ni a Merlí. Y sé que viviendo a tu lado podré ser mejor profe. Porque te quiero mucho, Brunete.

Me miró con los ojos húmedos.

—Yo también te quiero, tete.

No es que sea muy romántico darse un morreo delante de una lápida. Pero así lo sentimos. Puede que no hubiera boda, pero a los dos nos tranquilizó sellar y fortalecer nuestra relación con aquel beso. Después nos pasamos más de media mañana paseando por la Barceloneta, abrazados y tomando el sol en un banco. Aprovechando aquellos momentos para imaginar cómo serían las aulas donde me iba a estrenar como profesor.

Y aquí estoy ahora, ante la puerta del Instituto Salvador Dalí, y me alegro de que le hayan puesto el nombre de un genio a un instituto, y que este instituto sea el mío. Estoy a punto de abrir la puerta del instituto, nervioso como aquel primer día en que entraba en la universidad. He vivido tantas cosas desde entonces... Y estoy orgulloso de mí mismo. ¡Sí, puedo decirlo en voz alta y sin miedo!

Yo, Pol Rubio, el alumno poco prometedor que «si no trabaja más, repetirá», el que no tomaba apuntes y aprobaba por los pelos, ya soy profesor de filosofía.

¿Estás aquí, Merlí? Sí... Lo sé. Te siento muy cerca por mucho que físicamente ya no estés. Eres un ángel de la guarda que me protegerá de los padres y madres enfadados con el profesorado, de los alumnos impertinentes y de los cambios que la política tenga previstos para esta siempre maltratada asignatura de Filosofía.

Tú ya lo decías: «Se la quieren cargar, parece que le tengan miedo. Miedo a la reflexión, a que se cuestionen las cosas. Nos quieren sumisos y silenciosos. ¡Pues que se vayan a la mierda!».

Merlí, tío... Sí, ya sé que no te gusta que te llamen tío... He llegado hasta aquí gracias a ti. Es como si ahora mismo te oyese: «¡Ni hablar de dejar los estudios, Pol Rubio!».

Te estoy muy agradecido, amigo. Me descubro ante ti, hago una reverencia, y te prometo esto:

Yo, Pol Rubio, acabaré siendo un Merlí.

Camino por un pasillo que me recuerda, con sus paredes desgastadas, al instituto Àngel Guimerà. No quedan muchos alumnos fuera de las aulas. Solo dos, un chico y una chica, que entran riendo en la clase de primero de bachillerato. Mi primera clase como profesor. Antes de entrar, respiro profundamente... y una vez dentro, se hace el silencio. Soy el nuevo. Me examinan de arriba abajo. Hago ver que no estoy nervioso. Sonrío, aparentando seguridad, y pronuncio las palabras que me cambiaron la vida:

—Me llamo Pol Rubio y quiero que os empalméis con la filosofía.

Yo, Pol Rubio
Héctor Lozano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Héctor Lozano, 2020
© Editorial Planeta, S. A, 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22534-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta